

SELECTA

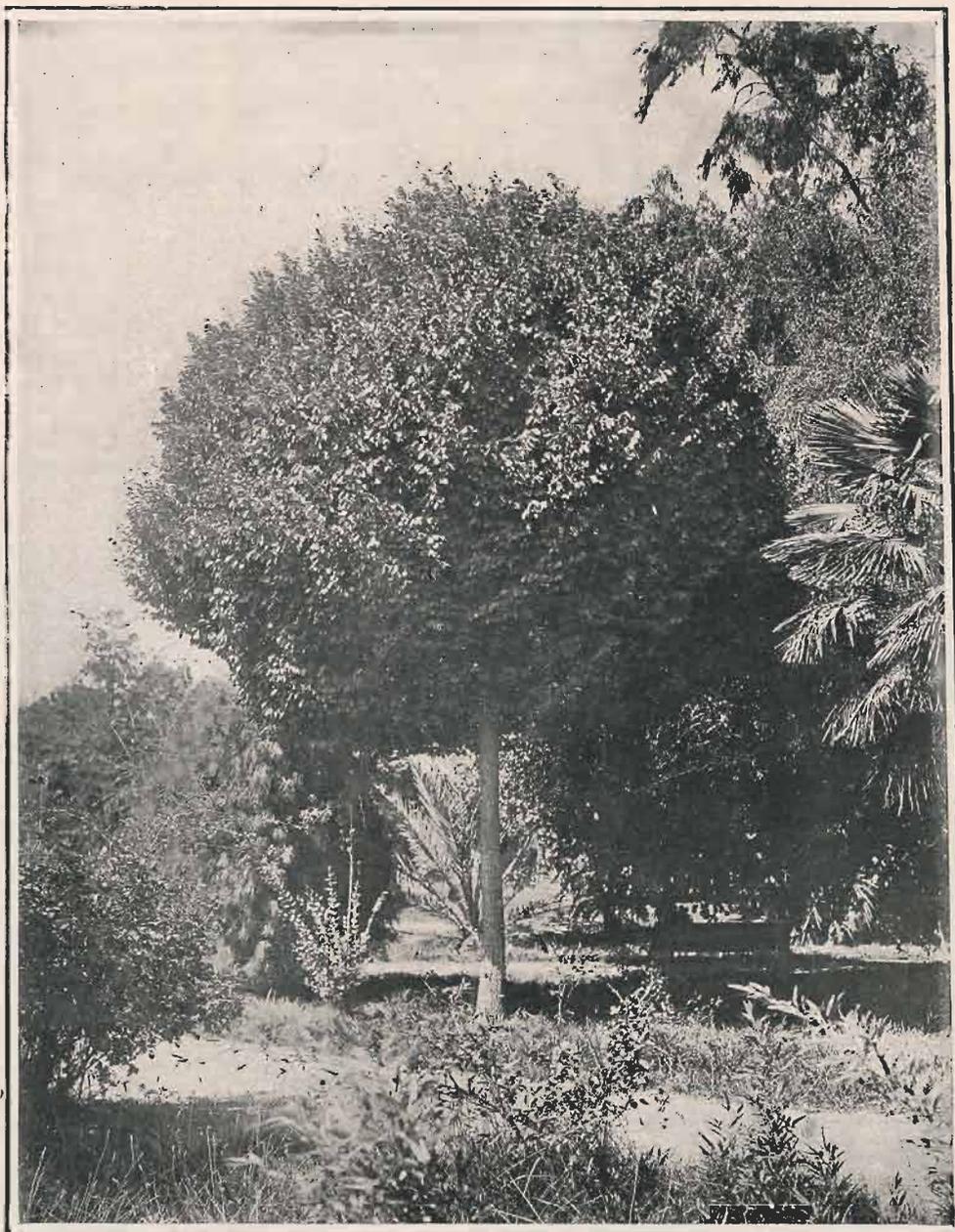


REVISTA MENSUAL

AGOSTO

AÑO II N.º 5

1 PESO



SUMARIO

Pág.	Pág.		
Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco.....	163	Alberto, el nuevo Rey de Bélgica.....	173
El pintor de Quo Vadis.....	164	Emilio Thuiller.....	174
El valor en el arte, por A. Bórquez Solar.....	171	La manufactura de Sèvres, varios grabados....	176
"Los intereses creados", por Iris.....	174	El choclo de Chile, ilustraciones de P. Subercaseaux.....	179
La manufactura de Sèvres.....	176	El maestro de escuela.....	186
El choclo de Chile, por I. Conchalí.....	179	Bajo las ramas, cuadro de Paul Chabas.....	187
Un entierro, por Santiago Rusiñol.....	181	Costas salvajes, cuadro de Maurice Perronnet...	188
El último jefe español en Arauco, por Ernesto Toro y Toro.....	186	Una reparación urgente, cuadro de A. Guillaume	189
Triste episodio de nuestra historia, por Enavan	189	Cabeza de mujer, cuadro de Le Roux.....	190
Rachilde, por Evangelina.....	192	Toma de velo, cuadro de E. Renard.....	190
Don Eusebio Lillo, por Fernán Ruiz.....	193	Peleas y Melisandro, cuadro de E. Blair Leighton	191
Rosina Storchio, por Kean.....	195	Partida de voluntarios en 1791, cuadro de E. Bou-tigny.....	192
Desde mi tierra, por E. de la Barra Orella....	196	Don Eusebio Lillo.....	193
Alberto Belle Roche.....	200	Primer ensayo del Himno Nacional Argentino en 1812, cuadro de P. Subercaseaux.....	194
Juan de Dios Peza, por Antonio Orrego Barros	204	Rosina Storchio.....	195
El llanto, por Emilia Pardo Bazán.....	206	Desde mi tierra, ilustraciones de P. Subercaseaux	196
GRABADOS		Alberto Belle Roche, varios grabados.....	200
Una mística, cuadro de Sir Luke Fields.....	162	Hacienda "Los Nogales".....	203
El pintor de Quo Vadis, varios grabados.....	164	PAGINAS EN COLORES	
El recién llegado, cuadro de Walter Dangley...	171	Ursus aplastando el toro.....	167
La hora de los niños, cuadro de A. Chevalier Talyer.....	171	Adoradores de Baco, cuadro de Luis Graner	
Retrato de la señora H..., cuadro de Marcel Baschet.....	172	Fabricante de encajes, cuadro de C. A. Lenoir	199

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año II
Número 5

COMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Agosto de 1910

DIRECCION
TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



UNA MISTICA

CUADRO DE SIR LUKE FIELDS, DE LA ROYAL ACADEMY



HECHOS Y NOTAS

La Municipalidad de Santiago ha discutido últimamente la importantísima cuestión de si las señoras deben ir ó nó con sombrero al teatro, inclinándose á prohibirlo: ha entrado, pues, de lleno, en materia de modas. Ése es el dominio, por excelencia, del bello sexo, el terreno sacrosanto, al cual no pueden penetrar los hombres sin gravísimo peligro. Las damas aceptan siempre, sin discusión, la dulcísima tiranía de las modas. Los hombres nó. Las orgullosas y las humildes, las ricas y las pobres, las serias y las frívolas, todas aceptan humildemente sus dictados.

Es natural, ya que la grande, la invencible fuerza femenina reside, triste es decirlo, en sus trajes, en sus joyas, en lo que deslumbra, en lo que brilla, en lo que fascina, en lo que atrae. El objeto principal de las mujeres en la vida, es la conquista del hombre, el arte de seducir, el dominio de los salones, el cetro de la elegancia, la fuerza del poder, adueñándose de los corazones de los hombres. Bien saben que su prestigio se realiza con el encanto de las hermosas joyas, con la seducción de las sedas, con la filigrana de los encajes. El corte de un gran sastre da realce á las líneas, desprende el busto, adelgaza el talle. Muchas veces la mujer más mediocre, sale transformada de manos del verdadero artista que la toma entre sus dedos mágicos, la cubre con su tela deliciosa, entona su color, busca su línea, redondea sus formas, y la convierte en diosa moderna, cien veces más temible que la antigua.

En el teatro, sobre todo, es donde se notan los mayores progresos de la coquetería femenina. Pues allí es, precisamente, donde los señores ediles se han empeñado en dar la batalla.

La moda había impuesto el sombrero á las señoras, para cierto género de espectáculos; viene la mano pesada del guardia y les dice:

—Quítense ustedes el sombrero porque incomoda á los hombres. Aquello es como el fin de la galantería, el término del antiguo periodo caballeresco de nuestros padres y de nuestros abuelos.

Mas, en rigor, acaso tienen razón los que combaten el sombrero en la sala; esto les priva de su legítimo derecho al espectáculo.

Ellas, sin embargo, persisten. Ocultan sus hermosas cabecitas rubias ó morenas bajo un sombrero enorme, mientras nosotros sonreímos, como sonreían los padres ante los hijos mimados. El sombrero fenomenal se adornará con plumas de valor subido, acaso de mil francos; se le adornará con encajes de á mil pesos y con cintas que nada representan pero que valen un tesoro. Las modas, unas veces suprimen el pecho y las caderas, otras los abultan, pues el arte consiste, como decía un escritor, en andar unas veces vestidas de campanas y otras de paraguas.

¿Qué han conseguido los médicos con sus prescripciones? ¿Qué los mandatos de la higiene en contra del corsé? Nada más que un enorme fracaso, aún cuando les afirmaba que con él se deformarían sus cuerpos, y acaso también padecerían sus hijos. Ha sido inútil cuanto se ha dicho en contra de ese instrumento de tortura, al afirmarse que con él se disminuyen las inspiraciones pulmonares y los recursos vitales. Ellas saben, en cambio, que su corsé les dará la forma esbelta y el talle flexible que la moda ordena.

La moda obedece á una secreta necesidad de la mujer, á su aspiración al cambio, á su índole de capricho, á su necesidad de ser siempre diversa y de ser la misma, á un tiempo. Las diversas combinaciones de colores, la variación en las líneas, y en el corte, obedecen á una secreta ley, más que á un capricho. No es posible creer que esas líneas rítmicas que embellecen el cuerpo femenino, puedan durar eternamente, pues la esencia misma de la

moda es su inestabilidad, su variación perpetua, su cambiar continuo. Mañana como ayer, hoy como antaño, los trajes se parecerán, sin ser iguales; veremos las modas del imperio, las de la Restauración, las de Luis XV, las Médices, adoptadas repentinamente, ó impuestas por alguna actriz en boga. Y todos, hombres y mujeres, las seguirán necesariamente, empujados por el inevitable afán del cambio, por la inestabilidad humana.

La moda no necesita ser hermosa: le basta simplemente, con ser moda, con ser ley de elegancia. Así, cuando contemplamos algún cuadro de otros tiempos, ni siquiera muy lejanos, quedamos sorprendidos con su aire de fealdad horrible, con lo extraño de sus colores y de sus líneas. En las viejas tapicerías de antaño, del tiempo de Enrique II, aparecen damas de peinado que alcanza á veces media vara de largo, adornados con un par de cuernecillos abominables.

Hoy día, las cosas van cambiando. Los grandes modistos parisienses, son artistas de alma, no simples cortadores. "Cuando un cuerpo es bonito, ha dicho uno de ellos, es preciso mostrarlo como si estuviera desnudo, en la plenitud de su belleza". Y no solamente son las damas del mundo equívoco las que se complacen en la línea, sino también las más puras, las altas, las santas; hasta la reina Alejandra, la que dió al Rey Eduardo, en su lecho de su muerte, aquel beso que conmovió á todo un pueblo, fué una de las más elegantes damas de Inglaterra, y sus trajes, pintados por Heleu constituyen las perfecciones mismas de la línea femenina. Es que mediante el respeto de la línea, puede realizarse el prodigio de la desnudez casta de las antiguas estatuas de la Grecia y del mundo antiguo.

Este debe ser, sin duda, el más alto propósito del verdadero artista, pero no es el mismo del obrero de modas. Este último pretende disimular los defectos del cuerpo femenino. A eso obedecieron, sin duda, los largos borceguines del tiempo de Enrique, y las cinolinas del tiempo del segundo Imperio.

Para muchos, las variaciones de la moda solo dependen del interés visible de sastres y de modistos, que se arruinarían si las modas no variasen, ni sufrieran alteraciones en el transcurso de los años; puede ser que esto éntre en pequeña parte en esto, mas, principalmente, obran las razones de psicología dadas anteriormente por nosotros, y acaso, también, esa fiebre de la mujer contemporánea por gastar, esa ansia inmoderada de derroche, nacida con el súbito desarrollo de las grandes fortunas.

Los Estados Unidos, con sus maravillosas improvisaciones de fortunas gigantescas, con su despertar súbito á la vida del arte, con su necesidad de sorprender y deslumbrar, imponiendo al dinero como la más poderosa de las fuerzas modernas, ha iniciado un despliegue de lujo no sospechado hasta el presente por las viejas sociedades europeas. No es posible condenar el lujo, sin duda, pues favorece el desarrollo del arte y el vuelo del espíritu, dando alas á la imaginación y alimento á la industria. Pero en países jóvenes y modestos, como el nuestro, en donde la vida se inicia, es preciso que solo imitemos de los viejos pueblos aquello que se encuentre al alcance de nuestras condiciones económicas. Nuestras modas deben ser sencillas, y las cabezas de nuestras damas son muy chicas para sombreros demasiados grandes.

Sobre todo, en el teatro, en donde suelen servir de biombos más ó menos elegantes. Da ganas de decir, entonces, lo que expresaba en una representación de ópera cierto caballero á un vecino que hablaba fuerte: "Le ruego que eleve un poco el tono, pues su voz me agrada más que el aria de Aída".

Luis ORREGO LUCO

El pintor de Quo Vadis



RECORDAREIS, sin duda, la pregunta que un Congreso literario planteaba recientemente á los escritores del antiguo y del nuevo mundo; dado caso de que todas las bibliotecas del universo se quemaran, si pudierais salvar un sólo libro, ¿cuál preferiríais?— La Iliada, respondieron algunos helenistas. La Biblia, respondió el mayor número. Muchos aún entre éstos últimos, agregaron, sencillamente, Los Evangelios. No sé bien si, sin repartir la elección entre los Evangelios canónicos y los Apócrifos, los innumerables aficionados á la adorable leyenda de Jesús no hubieran hecho bien al responder: “Que perezcan aún los Evangelios, siempre que su imperecedero recuerdo quede entre los hombres un día visitados por Dios”.

¿Qué historia de las tan á menudo engañosas de Alejandro, sin tumba segura, ó de César cuya tumba jamás ha sido encontrada, pudiera compararse con la de Aquel á quien dos mil años de adoración sobrehumana conservan todavía, para los siglos futuros, desde el miserable establo de su cuna hasta la inno-ble cruz de su agonía, las imperecederas reliquias de su vida toda entera? ¿A dónde se ha ido la clámda de oro revuelto en la cual Agamemnón, rey de los reyes, arrojó en Micenas á los doce jefes de la Iliada? Y hé aquí aún la pobre túnica sin costuras envuelto en la cual el humilde hijo del carpintero José pronunció las primeras palabras de piedad que haya escuchado el mundo, oído las multitudes hambrientas, alimentadas con los panes milagrosos por el profeta, en torno del lago de Genesaret. ¿En dónde habrá caído el puñal de Bruto, ensangrentado, según se dice, por la más bella sangre que jamás haya corrido por las venas de un hombre?

Y hé aquí todavía las espinas, hé aquí los clavos, hé aquí la cruz de un monarca nuevo que la piedad humana proclamó un día, para que después, de ese símbolo de ignominia se levantara lo que el mundo tiene de más desgraciado y de más conforme con sus comunes é inevitables destinos.

La humanidad recibió de la Cruz las supremas enseñanzas que nos han conducido al desarrollo de la más alta civilización que contemplamos. Con el Evangelio, ha comenzado la transformación del mundo, recibió su ley de bondad y de mansedumbre, de amor y de igualdad para todos, de caridad para los caídos, de indulgencia y de caridad de mansedumbre.

Pero todo ésto no podía realizarse sin una terrible y prolongada lucha que ha llenado y ensangrentado las páginas de la historia, con la sangre de los mártires, con los sacrificios de los héroes, con la voz elocuente de los apóstoles, con el saber de los filósofos, con el martirio de los ascetas, con la virtud de los santos.

No es esta la hora de trazar la epopeya de la propagación del Cristianismo á través del mundo. Chateaubriand se hizo célebre con su libro de Los Mártires; Sienkiewicz ha pasado á la celebridad de golpe, con la publicación de su libro “Quo Vadis”, una de las novelas de mayor resonancia de los últimos tiempos, que comenzó con una tirada de cien mil ejemplares, y que ha sido traducida á todos los idiomas del mundo. Un gran pintor, Jean Styka, se ha elevado á la más alta celebridad con sus magníficos cuadros en que

reproduce las más emocionantes escenas de la obra del gran escritor polaco. Ha necesitado, para eso, inspirarse en las obras de los grandes escritores que han escrito sobre la historia de Roma, como Tácito, Suetonio, Plinio, Bosio, Canino, De Rosi, Raumeister, Duruy, Blanc, Allard y tantos otros. Decíamos que la historia de las persecuciones romanas era una epopeya. Nos encontramos con el gran pintor polaco, en plena época de Nerón. Sienkiewicz le ha inspirado de una manera sobrecogedora, en su “Quo Vadis”.

Veamos lo que á propósito de ese libro y ese autor escribía, hace algunos años, el señor don Augusto Orrego Luco:

“Quo Vadis” es la coronación de la brillante y larga vida literaria de un escritor polonés que desde 1874 principió á despertar la atención de la crítica europea en una serie de “Ensayos” publicados bajo el pseudónimo de “Litvos”. Su “Hania”, su “Viaje al través de la estepa” y el “Encendedor del faro”, revelaron grandes cualidades descriptivas y la penetrante mirada del psicólogo en el joven escritor.

Entrando más tarde en los dominios del drama histórico dió á luz novelas: “Por el fierro y por el fuego”, “El diluvio”, “Messe”, “Wolodyjowsky”, en el cual al lado del artista se mostraba un investigador escrupuloso y sagaz.

Más allá de las fronteras de su patria no había llegado, sin embargo, á esa popularidad de los grandes escritores que le conquistó “Quo Vadis”, casi de improviso, circulando rápidamente por el mundo, traducido en casi todos los idiomas, despertando igual interés entre los que van á buscar en este género de escritos las vivas emociones de un drama; en los que quieren estudiar los detalles de la vida de un período interesante y lejano de la historia, y en los que tratan de darse cuenta de la honda transformación que sufrieron los espíritus al abandonar las creencias del paganismo romano, y entrar en esa cosa nueva y extraña que se llamaba el cristianismo.

Como concepción dramática, como exhumación de la vida romana, como análisis fino y penetrante de una evolución moral, el libro de Sienkiewicz, es verdaderamente interesante, mostrando á cada paso raras y poderosas facultades en su autor.

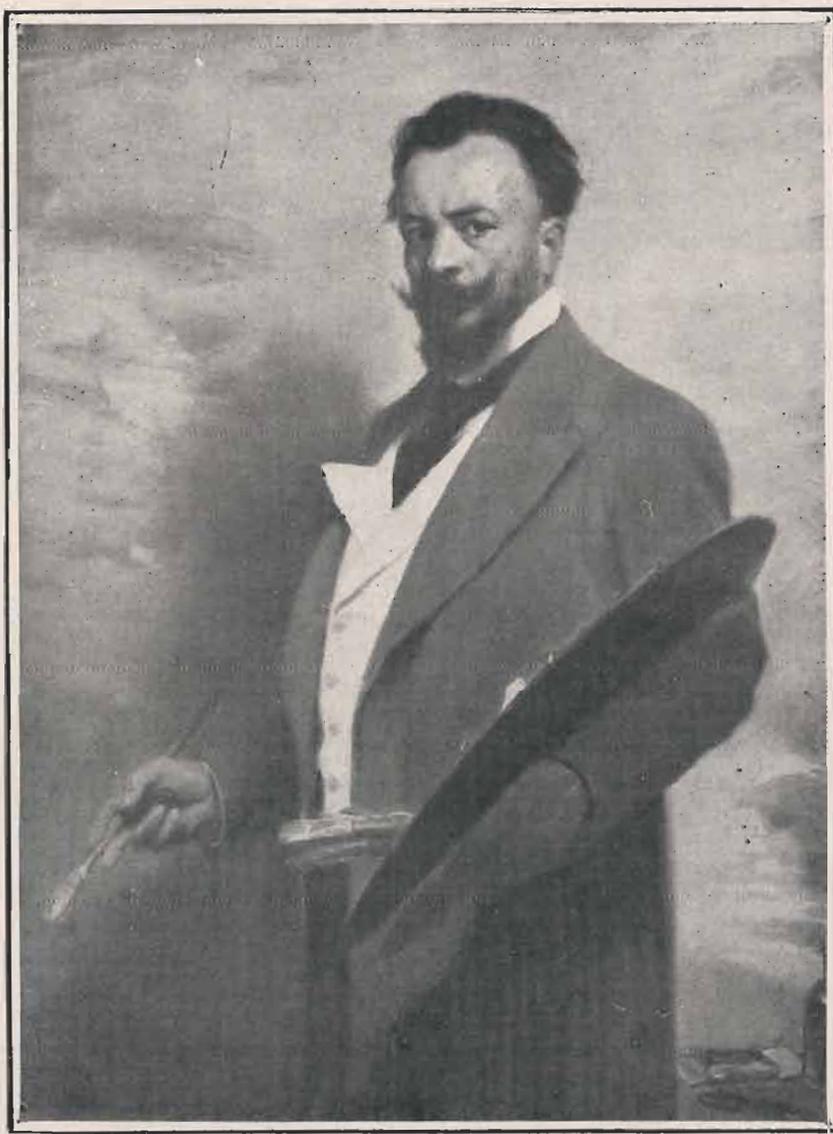
El interés del drama se sostiene, vivo y palpante, desde las primeras hasta las últimas páginas del libro, atravesando una serie de incidentes que el autor aprovecha con un arte admirable para irnos haciendo recorrer todos los detalles de la vida roma-

na, entrelazando así las peripecias de su historia con una profunda y escrupulosa investigación arqueológica.

Ese interés es más vivo todavía para los que han conocido en la historia los personajes reales que el escritor polaco hace figurar en su novela.

Petronio, Séneca, Tigelino, están caracterizados con una asombrosa novedad de colorido. Y si es cierto que no había grandes dificultades para reproducir las líneas acentuadas y severas de la fisonomía del filósofo, era indudablemente obra difícil la reproducción de la ondeante fisonomía de Petronio.

Ese árbitro soberano de la distinción y del buen gusto, envolvía su cinismo, su corrupción profunda, su amarga y desdeñosa experiencia de la vida, su indiferencia absoluta por el bien y el mal, en exterioridades siempre graciosas y elegantes, que lo hacían aparecer como un hombre superior hasta en los momentos en que



Retrato de Jan Styka, pintado por él.

más se arrastraba su carácter. Ese brillante patricio fascinó á su época, y Tácito mismo no pudo desprenderse de esa secreta simpatía al trazar su retrato en "Los Anales".

Toda la aversión que debía inspirarle el familiar del César, la atenuaba el hombre de mundo con su elegancia distinguida, el escritor ingenioso con el aticismo de su frase. Al asomar en su imaginación la figura de Petronio, le recordaba al mismo tiempo los crímenes siniestros de Nerón y las páginas risueñas de "Satiricón".

Todo contribuía á hacerlo amable, desde su hermosa figura "hasta el descuido en sus discursos y en sus actos, que, como dice Tácito,—dejaban entrever no sé qué abandono de sí mismo y lo ayudaban á agrandar más por su aire de franqueza". Su muerte misma desarmaba la severidad de los más inflexibles y rigurosos moralistas.

Cuando ya no pudo soportar el peso de esa atmósfera de temores incesantes, la fatiga de esa lucha de intrigas en que la vida de palacio le agotaba, resolvió poner término á su vida con la más soberana indiferencia. Reunió á sus amigos, y en medio de un festín, en medio de la embriaguez de los perfumes y la música, teniendo á Eunice entre sus brazos, se fué dejando sangrar. Distribuyó espléndidos recuerdos y le mandó á Nerón un sobre, que encerraba la burla más sangrienta, y la historia de sus más secretas y repugnantes orgías. Después de enviar ese testamento de ironía y de castigo, concluyó de morir entonando una canción alegre.

Pero ese héroe de la corrupción elegante había desplegado en el gobierno de Bitinia hermosas y grandes cualidades de carácter, y en medio de su vida voluptuosa había escrito, en un estilo de pureza admirable, páginas en que pintaba las groserías sin nombre de la vida de su tiempo. Ese lenguaje tan puro sobre ese fondo de cieno, despertó más tarde entre los críticos al mismo tiempo la admiración y el reproche, que en un lenguaje de intraducible energía lo llamaban: "auctor purissime impuritatis".

Tal era ese espiritual marsallés que llevó á Roma el arte alegre de las Galias y despertó con su ingeniosa pluma una admiración que encontraba todavía un eco entusiasta en los tiempos de Luis XIV. Es bien sabido que el gran Condé pensionaba un lector para que todos los días le leyese y comentase á Petronio.

Se comprende que es difícil obra la de hacer revivir á un personaje semejante; hacerlo hablar y hacerlo escribir, poniendo en sus labios y bajo su pluma palabras que no lo hagan salir del marco profundo, sagaz, espiritual y elegante que encierra su carácter.

Sienkiewicz ha sentido esa dificultad tentadora y la ha salvado con admirable fortuna. El Petronio de su libro, es el Petronio de la historia.

Al lado del drama y de los interesantes personajes que en él se mueven, hay, como ya hemos dicho, en la obra de Sienkiewicz, un trabajo escrupuloso y severa exhumación histórica.

No sería exacto decir que la vida romana aparece allí en todos sus detalles, y que el autor se ha propuesto vulgarizar en ese libro los hábitos y las costumbres de aquel tiempo. No ha sido ese, evidentemente, su propósito, al abandonar á cada paso con cierta



MUERTE DE NERON

CUADRO DE JUAN STIKA

desdenosa indiferencia los detalles ya demasiado conocidos de esa vida. Pasa sobre ellos en silencio. Sus personajes se mueven en un escenario que no les llama la atención, recorren las calles y las plazas preocupados solo de sus intereses y pasiones, sin que los detengan ni la grandeza de los templos, ni el esplendor de los palacios. No nos describe el traje que llevan esos personajes en su vida diaria. No nos lleva á la cocina para hacernos saber cómo se preparaban sus comidas, ni nos hace la historia de los vinos que se servían en su mesa. Todo eso lo supone conocido.

Pero en cambio, hay una precisión admirable, una riqueza escrupulosa en los detalles pocos conocidos de esa vida. El se ingenia para hacer que el mismo personaje, por ejemplo, que recorre la Vía Apia, sin que le llamen la atención los monumentos que encuentra en su camino, tenga una oportunidad para indicarnos al pasar, la entrada de una famosa librería, ó el sitio en que se hallaba una célebre taberna. Esos refinamientos de la investigación le dan á este libro un interés especial; esa prescindencia de los detalles conocidos formaban parte, á nuestro juicio, de la concepción artística de la obra.

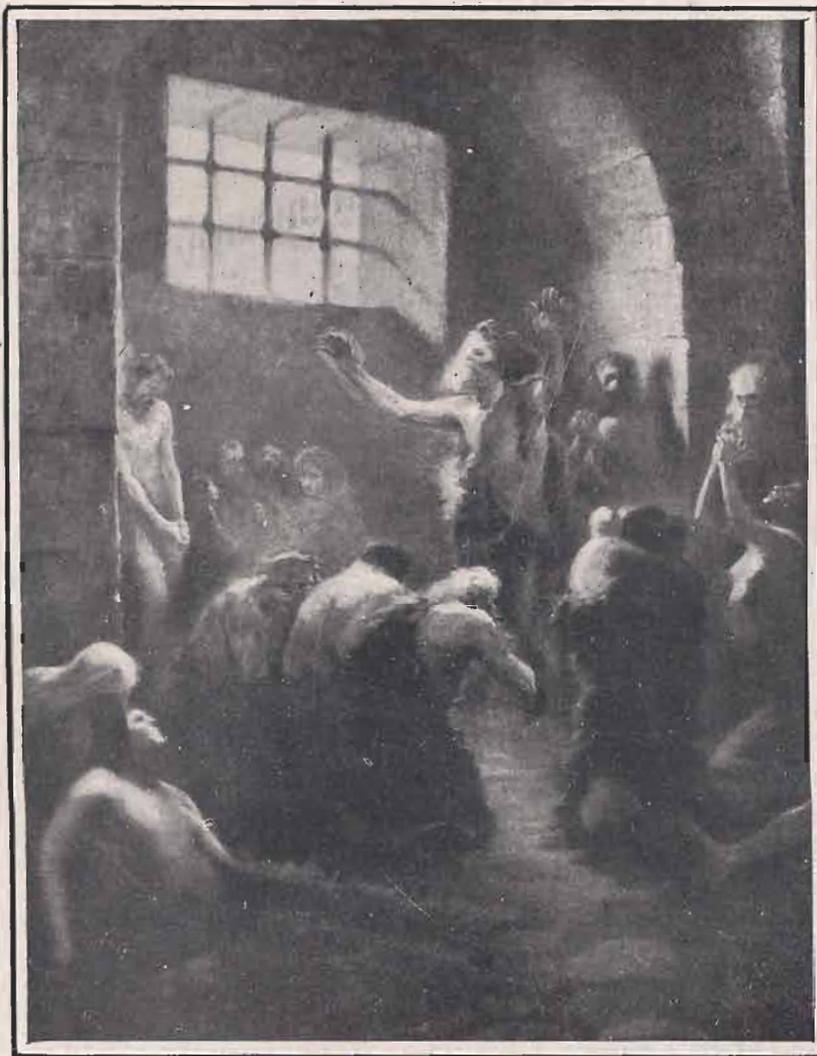
En estos grandes cuadros históricos hay siempre una serie de escenas obligadas que caracterizan la época y que tienden á dar cierto aire banal á la obra de arte. No se podría hacer una pintura de los tiempos de Nerón sin que en ella aparecieran las espléndidas y monstruosas orgías de palacio, las llamaradas del incendio que devoró la antigua Roma, los horrores del circo y la

persecución de los cristianos. Son los rasgos característicos de la época.

De antemano sabemos, pues, que los personajes de la novela van á tener que atravesar esas escenas, y que las peripecias del drama tienen fatalmente que arrastrarlos á la sala de los festines imperiales y á la arena de los gladiadores en el circo. Reproducir una vez más esas escenas, ya tantas veces repetidas, es una mortificante exigencia de esos cuadros, que Sienkiewicz ha tratado de salvar obedeciendo á las exigencias de un arte superior.

Supone que esas escenas nos son ya conocidas y solo vagamente las indica. Y si insiste en la pintura del incendio de Roma, es para rehacerlo por completo, con una riqueza y un esplendor de colorido que le dan á la escena un aire nuevo, dejando pálidas las más animadas y más vivas descripciones anteriores. El incendio de Roma en el "Quo Vadis" tiene toda la novedad de una creación.

Había todavía otro peligro en una exhumación de ese período. Era necesario que fuese profundamente verdadera, de un realismo sin reservas, y que pusiera delante del lector las torpezas desnudas de una época monstruosa, los vicios romanos en la época de su mayor disolución, vicios sin nombre y torpezas tan groseras, que hacían presentir el pudor hasta á los escritores latinos. Ese realismo feroz, habría despertado la indignación de



En los subterráneos del circo

cualquier público de nuestros días.

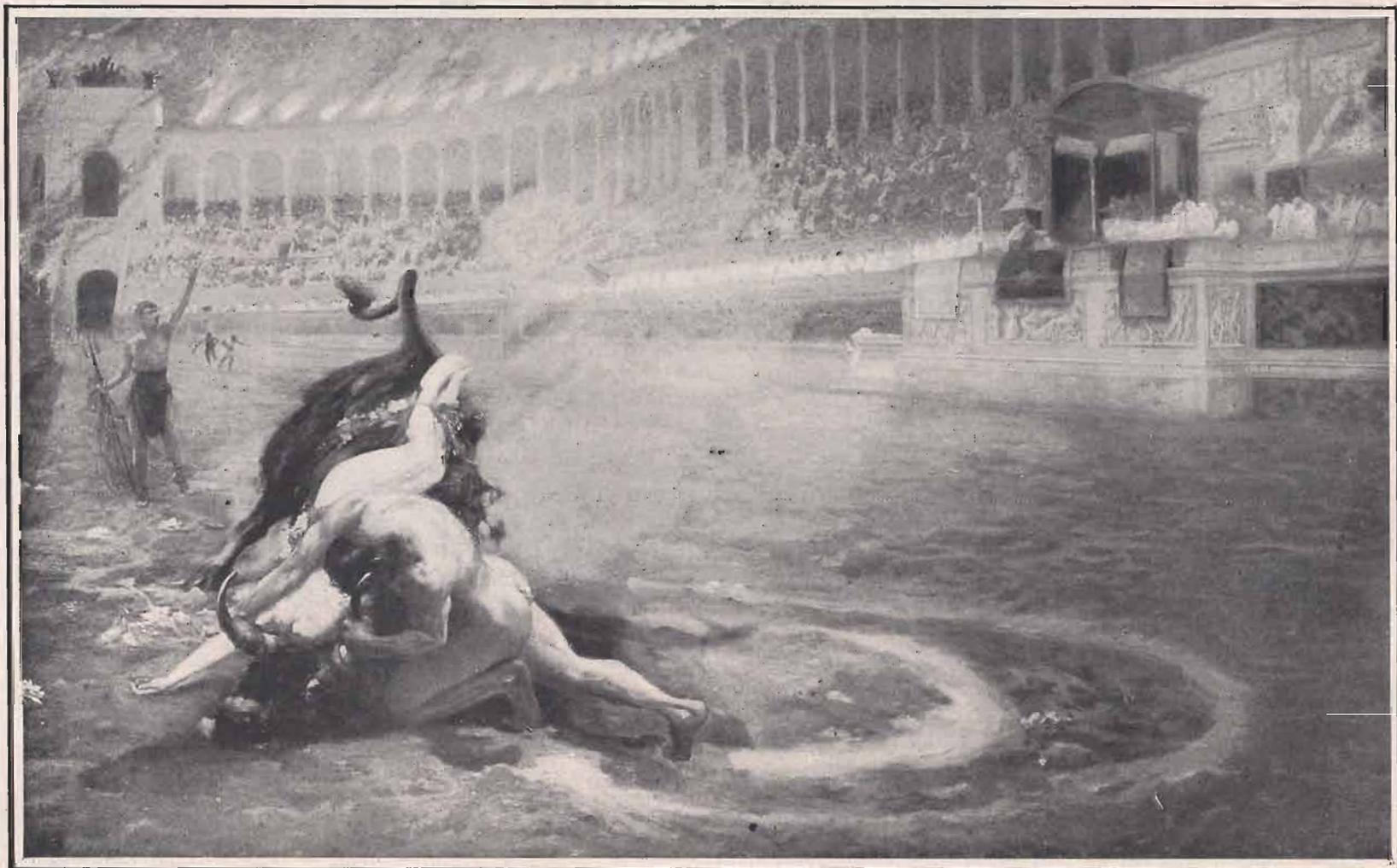
Sienkiewicz ha tenido que hacer esfuerzos de arte admirables para salvar ese escollo. Su pintura de una orgía imperial es de un realismo completo. Pero él no nos cuenta la orgía. Nos pinta las impresiones que va recogiendo el alma virginal de Ligia, nos dice lo que ella ve, arrojando así un velo de candorosa inocencia sobre esas desnudeces del libertinaje romano. Nosotros comprendemos todo lo que significa lo que Ligia ha visto, y la escena que se depura al pasar por el alma de esa muchacha inocente, se refleja en nuestro espíritu con todo su horror repugnante.

El cuadro de Sienkiewicz está lleno de esas delicadezas del arte, que le han permitido reproducir la verdad sin lastimar el pudor.

Pero ese historiador sincero, en toda la parte de su obra que se refiere á la vida política y social del tiempo que nos pinta, abandona su crítica escrupulosa y severa el terreno sólido de los documentos históricos cuando se trata de la vida religiosa de aquella época. La tradición, á que no dá cabida en su historia política, hace una entrada triunfal en su historia eclesiástica.

La figura de Nerón, que es al mismo tiempo una figura de la historia de la Iglesia, ha tenido que resentirse de esa mezcla de los dos criterios.

Para darnos cuenta del valor de este libro y de las tendencias



Ursus luchando con el toro

que lo han inspirado, necesitamos recordar que en los últimos años había hecho cierto camino una reacción muy profunda en la apreciación de Nerón.

El tirano siniestro y diforme, sobre cuya frente había estampado Tácito una marca de fuego; el asesino de su madre, su mujer y su hermano; el incendiario de Roma, que había entregado á las llamas los recuerdos y la gloria de su propia patria; ese político sanguinario y feroz que había llegado al trono en medio del crimen y se había mantenido en el poder apoyándose en la corrupción y el puñal en medio de un delito monstruoso y grotesco, principiaba á presentarse bajo una faz muy diversa.

La popularidad de Nerón, el amor con que la plebe guardó su memoria hasta muchos años después de su muerte, las coronas con que manos desconocidas adornaban piadosamente sus bustos en las plazas públicas, parecieron encontrar un eco al través de los siglos.

Una serie de trabajos históricos encabezados por la obra monumental de H. Schiller, y el libro admirable de Wiedemann encontraron favorable acogida, sobre todo entre los socialistas de la escuela alemana. Willbrand llevó al teatro al nuevo Nerón.

Era un joven que había subido al trono cuando apenas tenía diecisiete años, y había muerto al cumplir los treinta y uno. Esas solas cifras, hábilmente manejadas bastaban para envolver todo su reinado en un velo de inteligencia á atenuar el peso de la responsabilidad moral.

La fortuna ó la desgracia habían elevado á ese muchacho á una altura vertiginosa, habían puesto en sus manos un poder sin límites, y habían puesto á sus pies una sociedad corrompida. Todas las tentaciones abajo, encima de él nada, y todos los medios de satisfacerlas en sus manos. ¿De quién era la responsabilidad si él caía?

Es verdad que llevaba en sus venas la sangre criminal de Agripina; pero Séneca había sido su maestro, Séneca había cultivado su espíritu y el gran filósofo había modelado su alma, y ¿acaso la educación no borra la herencia?

Es verdad que había muerto á su madre; pero ¿no está acaso plenamente demostrado que él no hizo más que anticiparse al asesinato de que iba á ser víctima y que su madre preparaba? Es verdad que mató á su mujer y á su hermano; pero aquellas fueron duras exigencias de una situación difícil. Eran muertes necesarias para arrebatarse el pretexto á los que querían quitarle la vida. Si la ley suprema de la conservación no lo justifica todo, lo excusa todo.

Y luego, ese muchacho, embriagado con la omnipotencia, era un artista, un músico, un poeta; una de esas naturalezas que sueñan algo grande, sobrehumano, que miran con horror lo que es vulgar y sienten con avidez la necesidad imperiosa de emociones nuevas y extrañas.

Si entregáis el mundo como un juguete á una de esas naturalezas morales, debéis esperar algo inaudito.

No os debéis sorprender si compone música, si escribe verso, si los sabe declamar y siente la necesidad de un auditorio. No os debéis sorprender si Nerón sube á la escena en Nápoles y se presenta ante el pueblo en el disfraz de un comediante. El artista busca el aplauso, como el agua su nivel.

Y así, los filósofos del cesarismo y del socialismo, van pasando la esponja sobre todas las manchas de su vida para concluir diciéndonos: no seáis crueles con el pretexto de que Nerón fué cruel. Sed indulgentes.

Esos sofismas políticos no habrían producido tan honda impre-

sión en los espíritus, si no se hubieran presentado envueltos en una atmósfera de erudición histórica asombrosa, con todo el esplendor de encantadoras formas literarias y en una época en que los viejos sueños del imperio turbaban de nuevo la conciencia universal.

Volvió otra vez el imperio de la fuerza á gobernar el mundo; volvió otra vez á enmudecer la conciencia universal en presencia del éxito triunfante que todo lo absuelve y justifica, que todo ennoblece y diviniza.

Otra vez el carro de la victoria paseaba por el mundo, haciendo pedazos en su carrera triunfal y desdénosa la verdad y la justicia de los débiles, escuchando solamente en su camino el ruido de la admiración y del aplauso.

El libro de Sienkiewicz es un libro de reacción, en que Nerón aparece de nuevo con los colores odiosos con que los antiguos historiadores los pintaran; tal vez se siente demasiado el empeño que ha puesto el escritor en exhibirnos las miserias que ocultaba esa grandeza imperial, tal vez ha recargado demasiado los colores,

pintándonos un Nerón que en todo su libro,—que abraza algunos años,—sólo se ocupa de exhibiciones teatrales, de sus versos y sus vicios. Solo hemos encontrado una frase, en que recuerda su tremenda lucha en contra de la aristocracia y del Senado. Esa pintura es excesiva; pero se explica debajo de la pluma de un polaco, que no puede ver levantarse esa política imperial sin recordar que su patria ha sido despedazada por las manos salvajes de la fuerza. Y esto, en parte también, nos hace comprender el éxito enorme que esa protesta ardiente en contra del imperio de la fuerza debía encontrar en el alma de la Polonia oprimida.

El "Quo Vadis" es, como hemos insinuado, un profundo estudio psicológico, en que el autor penetra hondamente en las intimidades del espíritu pagano y del espíritu que formaban las nuevas enseñanzas, haciéndonos tocar toda la distancia que separa la manera de sentir de los unos y los otros, en presencia de los mismos afectos y emociones; haciéndonos tocar, en cierto modo, la revolución enorme que operaba el cristianismo.

Ese análisis es de una finura y de una delicadeza sorprendentes y habría bastado por sí solo para

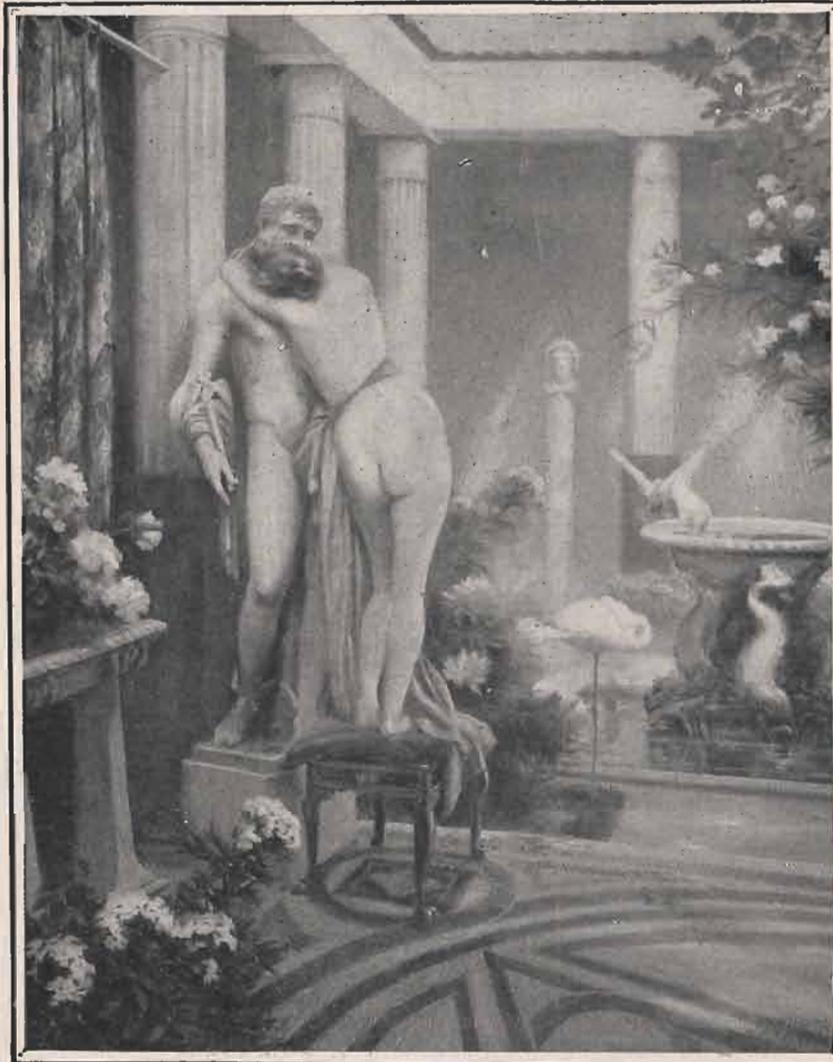
hacer de este libro una obra de arte. Sienkiewicz nos pinta una conversión, para dar relieve á ese contraste en la manera de sentir de un mismo hombre, colocado en las mismas condiciones y variando solamente sus creencias.

Al entrar en la nueva Iglesia, encuentra Vinicio las figuras de los doce apóstoles cristianos, aún cuando la enérgica y poderosa figura de San Pablo, apenas emerge en este libro de la ancha sombra que proyectaba la bondadosa y suave figura de San Pedro.

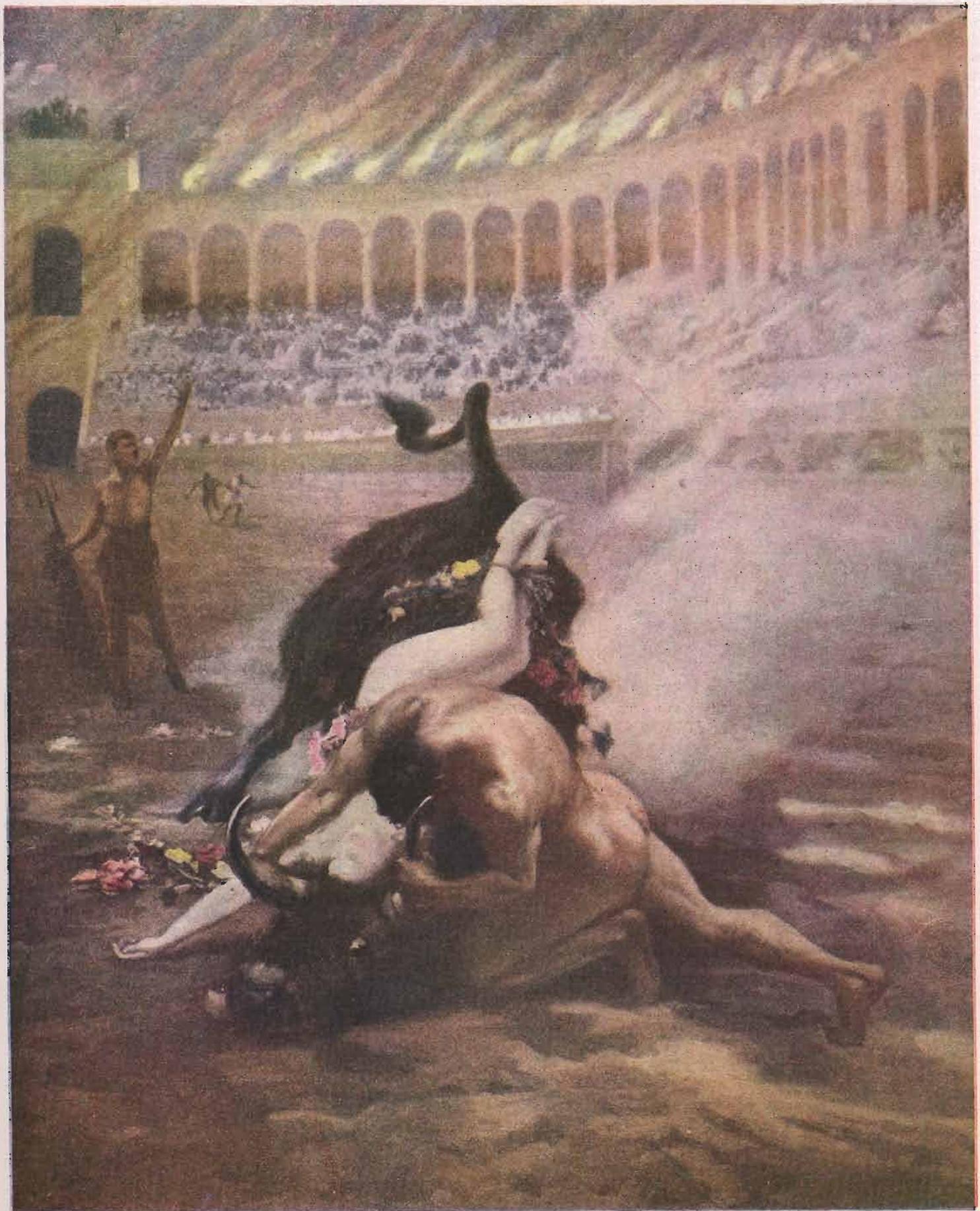
El retrato que hace Sienkiewicz del pescador de Galileo, que los acontecimientos colocaban á la cabeza de la nueva Iglesia, es una obra genial.

Con un arte asombroso, sólo aparece San Pedro en situaciones que producen sus palabras hondas y conmovedoras impresiones.

Llega un momento en que Ligia, la virgen cristiana, siente que el amor á Vinicio la domina, que la arrastra á pesar suyo. Quiere huir, alejarse del peligro que la asedia, de aquel amor que es ya una obsesión. Busca un refugio en Crispus, su maestro, viejo, severo, sumergido siempre en un éxtasis religioso, apoya la idea de la fuga; pero no encuentra palabras de perdón para un amor que le parecía criminal. Sentía indignación y horror al sólo pensamiento de que Ligia, sobre quien había velado con tanto esmero, á quien había amado, á quien había confirmado en



El beso de Eurice, cuadro de Jan Styka.



URSUS APLASTANDO EL TORO
"QUO VADIS"—POR JAN STYKA

la fe, á quien había mirado como á un blanco lirio que crecía en tierra cristiana, sin que ningún aliento del mundo lo empañase, pudiera haber dado cabida en su corazón á un amor que no fuese el amor divino. Quería ofrecerla al Redentor como una perla, como una joya acabada por sus propias manos. De ahí venía el desencanto que le llenaba el rostro de asombro y amargura, y que le hacía reprochar á Ligia aquel amor como un crimen que no tendría ni excusa ni perdón.

En los momentos mismos en que Crispus dejaba caer, sobre esa pobre muchacha anonadada, todo el peso de su indignación abrumadora, entra Pedro acompañado de Pablo de Tarsus. Ligia se arroja á sus pies desesperada. Pedro dice: La paz sea con vosotros.

Y viendo á aquella mujer en esa situación, trata de averiguar lo que ha pasado. Crispus le repite la confesión de Ligia, la huida que prepara, y le pinta el pesar que siente al ver que el alma que había ofrecido á Cristo, tan pura como una lágrima, se ha manchado con sentimientos terrenales, y dejado arrastrar por el amor de un pagano. El apóstol escucha en silencio, y colocando su mano macerada sobre la cabeza de la joven, vuelve los ojos al presbítero y le dice: ¿No has oído decir, Crispus, que nuestro querido maestro estuvo presente en las bodas de Canaan, y que allí bendijo el amor entre el hombre y la mujer? Y después de un momento de silencio añade: Crispus, ¿crees tú que el Cristo, que permitió á María Magdalena arrodillarse á sus pies y perdonó á la mujer adúltera, abandonaría á esta niña, que es tan pura como un lirio de los campos? Levantando después la cabeza de Ligia le dijo:

—Mientras no se abran los ojos de aquél á quien amas á la luz de la verdad, huye de él; pero reza por él, y sabe que no hay

ningún pecado en tu amor. No te desesperes, no llores, y te digo que la gracia del Salvador no te ha abandonado, que tu súplica será escuchada, y que después de los días de pena vendrán días de alegría, y levantando los ojos el cielo la bendijo.

Vuelve á aparecer Pedro en el libro en una escena conmovedora y profunda, en que Vinicio le descubre las inquietudes, las dudas desesperantes que torturan su espíritu.

—¿Qué hay en el fondo de vuestra confianza?—pregunta el tribuno,—ustedes ven que soy sincero. Iluminen esta oscuridad; yo sé que la Grecia creó la sabiduría y la belleza, que Roma creó el poder. ¿Díganme ustedes qué es lo que ustedes traen? Si hay alguna luz detrás de sus puertas, ábranas para que yo la vea.

—Traemos la caridad,—dijo Pedro.

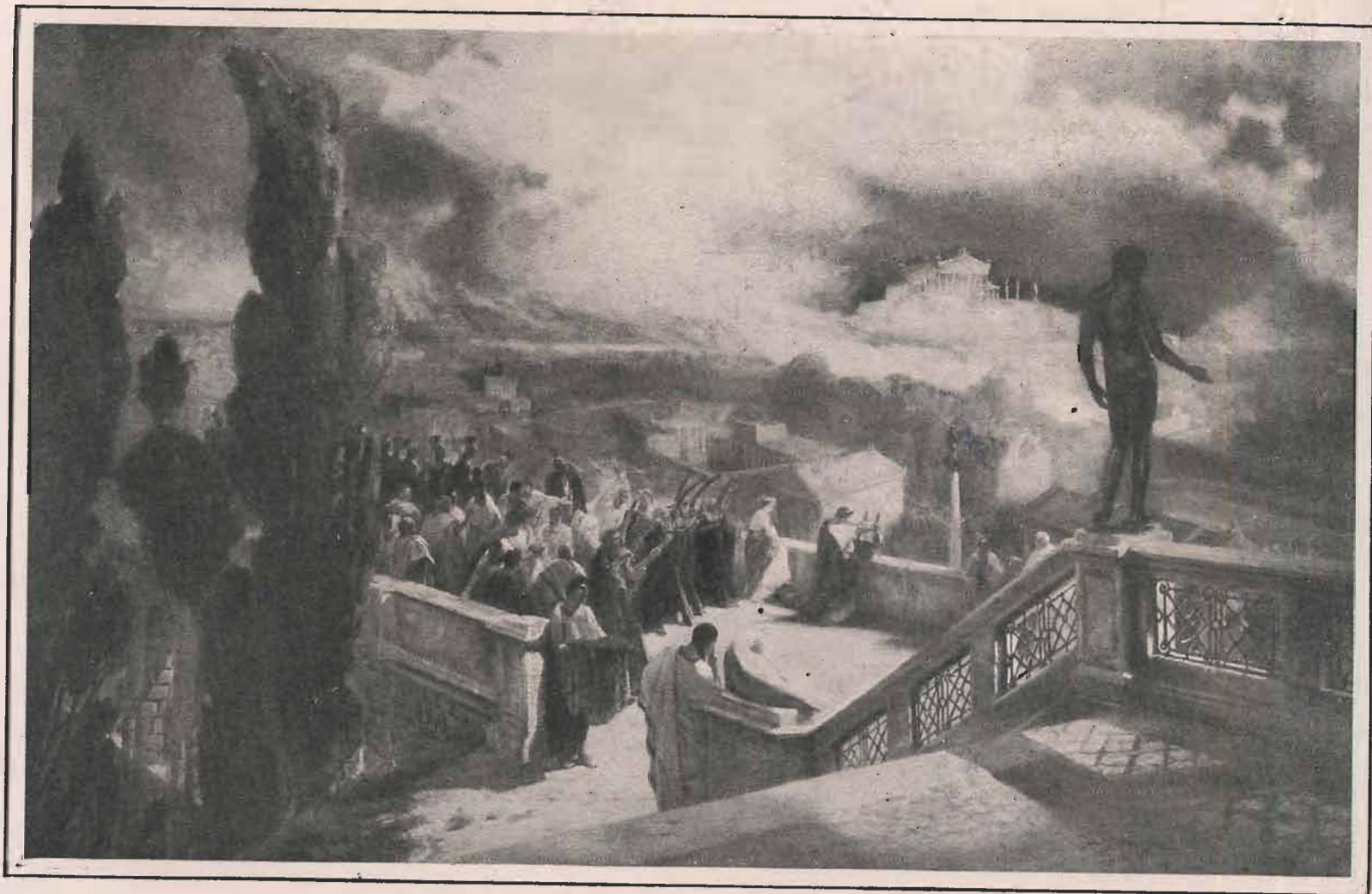
No hay que añadir nada á estas palabras de una sublimidad tan sencilla, tan profunda, tan reveladora.

Y así, en cada una de las escenas en que el Apóstol se presenta, Sienkiewicz pone en su actitud y en sus labios algo que despierte una conmovedora emoción.

En la escena final de aquella vida, Sienkiewicz concentra todo el poder de su paleta, toda su fuerza de emoción, para producir un cuadro que quede indeleblemente grabado en el espíritu.

La figura de Pablo de Tarsus no tiene ese relieve. Acompaña al Apóstol en silencio. Solo de tarde en tarde dice algo que deja vagamente entrever que aquel espíritu poderoso, voluntariamente se coloca en una situación secundaria ayudado del sencillo pescador, que aparentemente dirigía la nueva Iglesia, que en realidad Pablo organizaba para una lucha en que iba á conquistar el mundo.

"Quo Vadis" es una de esas hermosas obras de arte, que después de haber conmovido y encantado algunas horas de la vida, dejan para siempre el recuerdo ennoblecedor de lo que es grande.



EL INCENDIO DE ROMA.



EL BANQUETE FLOTANTE DE NERÓN EN EL ESTANQUE DE AGRIPPA

CUADRO DE JAN STIKA

El Valor en el Arte



S una cosa muy bien averiguada que el que se dedica al Arte y se consagra á él por completo es porque tiene un alma valerosa. No teme contrariedades, asechanzas ni ataques, que sabe, por anticipado, que se le podrán delante en incansable porfía. Un amor de esta naturaleza, capaz de los sacrificios, que da su vida en holocausto, y voluntariamente, es un hermoso amor porque es un amor heroico, y eleva á la creatura á una perfección supra-terrestre. No hay que con-



El recién llegado.—Cuadro de Walter Dangley.

fundir esta pasión heroica con ninguna otra vulgar. Este amor á la belleza es completamente desinteresado y de modo admirable de este desinterés deriva sus más puros é intensos placeres que son como su recompensa de anteriores amargas y dolores.

Ahora bien. Se necesita valor para seguir la profesión de Belleza. Pero eso sí que no la podrá seguir cualquiera que no sienta por ella decidida vocación. La mayoría inhábil para comprender con claridad la misión de los elegidos, no podrá, tal vez, jamás, soportar sin ojeriza ó mal disimulado rencor á los que son creadores ó perpetuadores de la belleza del mundo, de la vida de la naturaleza, del pensamiento. Es perfectamente razonable que se envidie al que vale más cuando no se puede alcanzar su valer; así como sería perfectamente explicable que los batracios de un tremedal murmuraran de las cuatro estrellas de la Cruz del Sur.

Por eso, pues, á tí, poeta, pintor, músico, escultor, que te afanas por dar la belleza para recrearte y para que los demás en ella se recreen, se te pondrán muchos obstáculos en tu camino para que tu lengua no cante y para que tus manos permanezcan inactivas; porque todos los hombres son iguales en el concepto de la brutalidad.—¿Quién eres tú, agrega, para que pretendas ser superior? ¿No naciste también de madre?—Claramente; pero el caso del buey Apis engendrado por el rayo en una ternera y que tenía una estrella en la frente era el milagro divino. Los antiguos creían que los hombres superiores tenían un *demón* que les inspiraba sus discursos y obras admirables. Vosotros no queréis creer en el *demón* de los modernos.

El valor del artista para consagrarse á sus tareas á pesar de la hostilidad ó malquerencia, se sostiene y se alimenta de sí mismo, de la conciencia del propio valer y de las alegrías que la perfectibilidad de sus obras proporciona. Este estado de satisfacción interior no es á ninguno otro comparable: es de una absoluta y límpida pureza y de gran intensidad en su beatitud. Si fuese permitido yo diría que tiene la claridad de un lago en una montaña, del agua de este lago en que se reflejan y centuplican las luces de los astros. Cuando se disfruta de este benéfico momento el individuo se aísla, permanece extraño é indiferente á cualquiera otra cosa que no sea su realización de belleza y en su armonía interna

no hay ni un eco débil de lo que está fuera. Entonces como en un placentero adormilamiento no se oye la algarabía del vulgo, ni la voz de la mala intención, ni se siente la menuda pedrea de los que parapetados tras el respeto ambiguo á los clásicos, á lo convencional, ó á lo venerable, según ellos, ocultan su raquitismo ó su ñoñez.

El primero y más sincero aplauso se lo otorga entonces á sí propio el autor; así como es capaz el mismo para sí mismo de la más severa é incisora censura. Y ante este aplauso, ó ante esta censura, los demás que vienen de Juan á Pedro resultan emvalidecidos. Por esto si yo después de una larga reconcentración mental tengo la feliz concepción de un bello y original pensamiento, me alegro en él primeramente, y si logro sacarlo al mundo en carne y en espíritu y puede ponerle su atavío que le corresponde en una estrofa graciosa de corte, armoniosa y llena de majestad en su difícil sencillez lírica, no me regataré el aplauso con justificado fundamento, y tendré una gran compasión anticipada por el Zoilo que me aguarda embozado en la esquina y por el infeliz ciego y sordo á pesar de sus grandes y mansos ojos y de sus más grandes orejas.

Talvez este goce, esta deleitable recreación en la bella obra propia, sea el manantial más fecundo del cual se nutre el valor artístico. Así se comprende que él se mantenga firmemente en pie, no solo ante los obstáculos señalados, sino ante los ataques de los mismos cofrades. Esto es singular; pero no es cabalmente explicable. Vemos entre nosotros (y en otros países americanos se observan en mayor grado) que los que cultivan el Arte, y, en general, los que viven vida mental, no solo se consideran rivales sino que se juzgan enemigos. Es claro como la luz meridiana cuánto mal nace de aquí para el individuo, para la cultura social y para el Arte mismo. Conocemos literatos que siendo pacíficos y tolerantes por temperamento, se tornan irascibles si oyen alabanzas para la obra de otro escritor. No es raro el espécimen. En el campo de la pintura se acentúa este mal. No sé yo por qué los pintores más en particular son enemigos irreconciliables los unos de los otros. En nuestras anuales exposiciones pictóricas ellos denigran hasta con virulencia, niegan el valor de sus cuadros, califican de marracho una pintura que revela talento y estudio, y en el mismo



La hora de los niños.—Cuadro de A. Chevallier Tayler.

Salón su ira mal contenida se retrata en sus pupilas torvas, y sus sordas palabras de crítica acerba perturban el solemne silencio del templete de la Quinta. Estas animosidades tienen después un violento estallido en la prensa diaria, por allí donde toda historia banal tiene su sitio y toda pequeñez de la vida ciudadana su natural asiento. Y á pesar de todo nadie se desanima, ninguno se desilusiona; todos siguen en la tarea con igual firmeza y brío. Su



RETRATO DE LA SEÑORA H...

CUADRO DE MARCEL BASCHET

amor al Arte es más fuerte que todo; su valor para seguir cultivándolo es invulnerable.

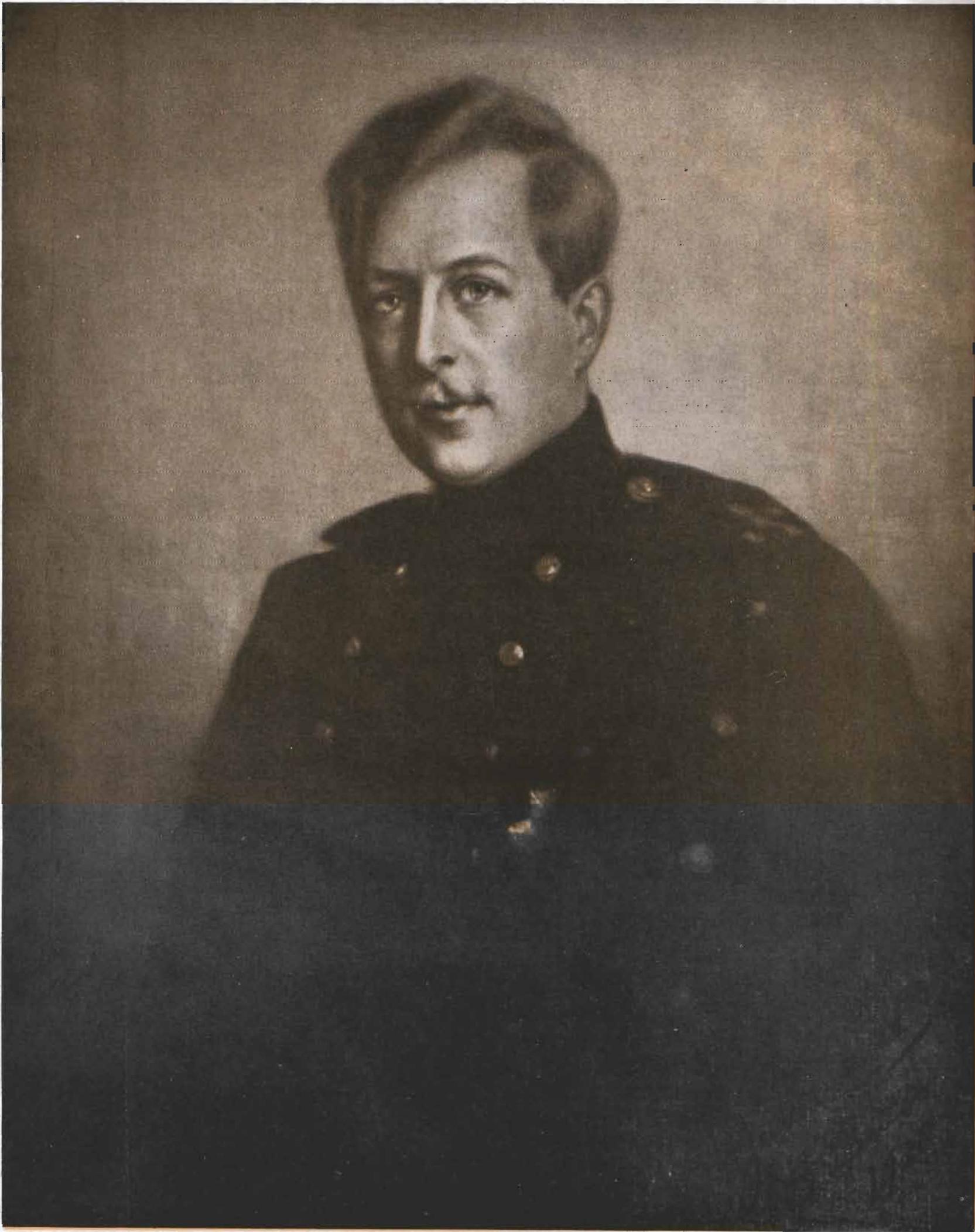
El valor artístico es admirable, pues, entre nosotros, porque persiste aún sin estímulos. Los aplausos de la colectividad llegan muy tardíos para el poeta, para todo colaborador de belleza; las comodidades de la vida, más tarde aún. O no llegan jamás. Lo que si no se hace esperar mucho es el sobajado párrafo de algún envidioso gacetillero, que anuncia la aparición de la obra mental, y es eso de ordinario insustancial y mal intencionado, atrocemente ramplón y de una cursilería desesperante. Y para anonadaros ese que presume de crítico, cuando todavía no merece ser ni traperero en el basural de la vida de la urbe, se permite daros lecciones de belleza y hasta de moralidad en el Arte. Es él quien fabrica reputaciones, el que da patente de talento, el que babea celebridades, con

una audacia y con una insolencia que solo son comparables con su ignorancia. Es una lástima que no haya una ley de la República que autorice ahorcar á estos bárbaros.

Talvez sea el mayor dolor del espíritu superior el oír la gárrula charla de las mediocridades. Es un pesar silencioso; es como un desgarramiento. Figúraos el dolor de un lirio injuriado de una babosa en la noche. Y, sin embargo, todo se soporta y la labor se continúa como en obediencia á una orden que viniera de más allá de las estrellas.

Por todo esto, pues, yo digo que nuestro valor artístico es un valor superior á todo otro, un valor heroico; que músico, pintor, poeta, escultor en Chile, y en América, en estos albores de civilización, de cultura integral, son poderosos espíritus de elección con una fortaleza de titanes par salir vencedores de la muerte.

A. BORQUEZ-SOLAR



ALBERTO EL NUEVO, REY DE BELGICA

Cuadro de Julio Krant

Los Intereses Creados

No conoce el genio de Benavente el que no haya asistido á la representación de "Los Intereses Creados" ni admira á Thuillier el que no haya visto á Crispín.

La obra y su intérprete genial se adaptan como el guante á la mano.

Tiempo há que no recibía una emoción de arte más exquisita, más intensa que la que me ha proporcionado esa pieza moderna y no obstante vieja, actual, y sin embargo, con un sabor clásico que parece privilegio del tiempo.

Es una mera farsa que contiene toda una síntesis de humanidad palpitante. La obra escrita de hoy lleva todas las características, todos los sellos auténticos de esta raza terrestre en los distintos tiempos.

Ya sea que el hombre se vista de Arlequín, de Polichinela, de Mosquetero rife, llora, canta y ama, con la misma inconsciente amargura, con la misma ligereza aturdida que hará reconocerse como hermanos al primero y al último habitante de este planeta.

La pieza es auto todo el magnífico símbolo del desdoblamiento de nuestra personalidad.

En suma, la vida entera no es más que la lucha de dos personajes que tenemos adentro: el de espíritu y el de carne.

Todos llevamos en nosotros dos enemigos irreconciliables: nuestros ideales y nuestras realidades. No se acomodan fácilmente los sueños con las imposiciones prácticas de la vida inferior.

Benavente nos presenta en el señor y su criado Crispín la doble faz de nuestra personalidad. En cada ser humano se disputan el predominio, el señor de los altivos sueños y el modesto criado que realiza la vida material entre picardías y embustes.

Para que el señor despliegue sus alas el criado necesita arrastrarse. Sobre este doble juego está hecha la vida. De muchas concesiones á las realidades vulgares se suelen nutrir los grandes ideales.

En esa servidumbre á la cadena que nos ataca á la tierra, crecen las olas que nos pasearán á través del espacio... ¡Cuánto nos despreciaríamos si no nos sintiéramos mejores que nosotros mismos! Si á través de nuestras caídas no palparan y se estremecieran las olas de nuestros ideales!

La pieza comienza á la antigua usanza, por un prólogo que nos introduce á la farsa. Prólogo que el señor Thuillier dice de manera maravillosa, con una finura, con una intención, con un acento que nos parece escuchar en él viejas páginas de Cervantes. Los conceptos profundos, ingeniosos, envueltos en frases amplias, redondas y sonoras nos reconcilian con el castellano.

Sentimos como un remordimiento de haber pensado que la lengua

está vieja y no posee ya las sutilezas, las flexibilidades ó las vaguezadas, que el alma moderna requiera en la expansión de su avance.

El prólogo de "Los Intereses Creados" reivindica los fueros de la lengua castellana que en plena vejez continúa siendo grande, rica, clara y vibrante. El castellano no será nunca la lengua de los psiquismos hondos, pero es la expresión de todos los heroísmos y de todas las nobles exaltaciones del espíritu. Los arranques del

alma humana han encontrado en ella su reflejo más hermoso y más cabal.

En el prólogo nos invita el criado del gran señor, ó sea la humanidad baja á reír un momento, con esa risa sana y sencilla que alivia las miserias, que acalla los dolores, que aleja las dudas, con esa risa que es el común privilegio del rico y del pobre, del sabio y del ignorante, del viejo y del joven.

El autor sólo pide que añeís cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chochea... El arte no se resigna á envejecer, y por parecer niña, finge balbuceos. Y he aquí como estos viejos Polichinelas pretenden hoy divertirlos con sus niñerías... Reíd como reían los humildes de entonces que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura!

El prólogo nos invita á reír, á deponer por breves momentos la carga diaria, á olvidar que somos almas viejas para sentir como creaturas de un día que pasan y mueren!...

Se levanta el telón sobre una decoración al estilo de las comedias clásicas.

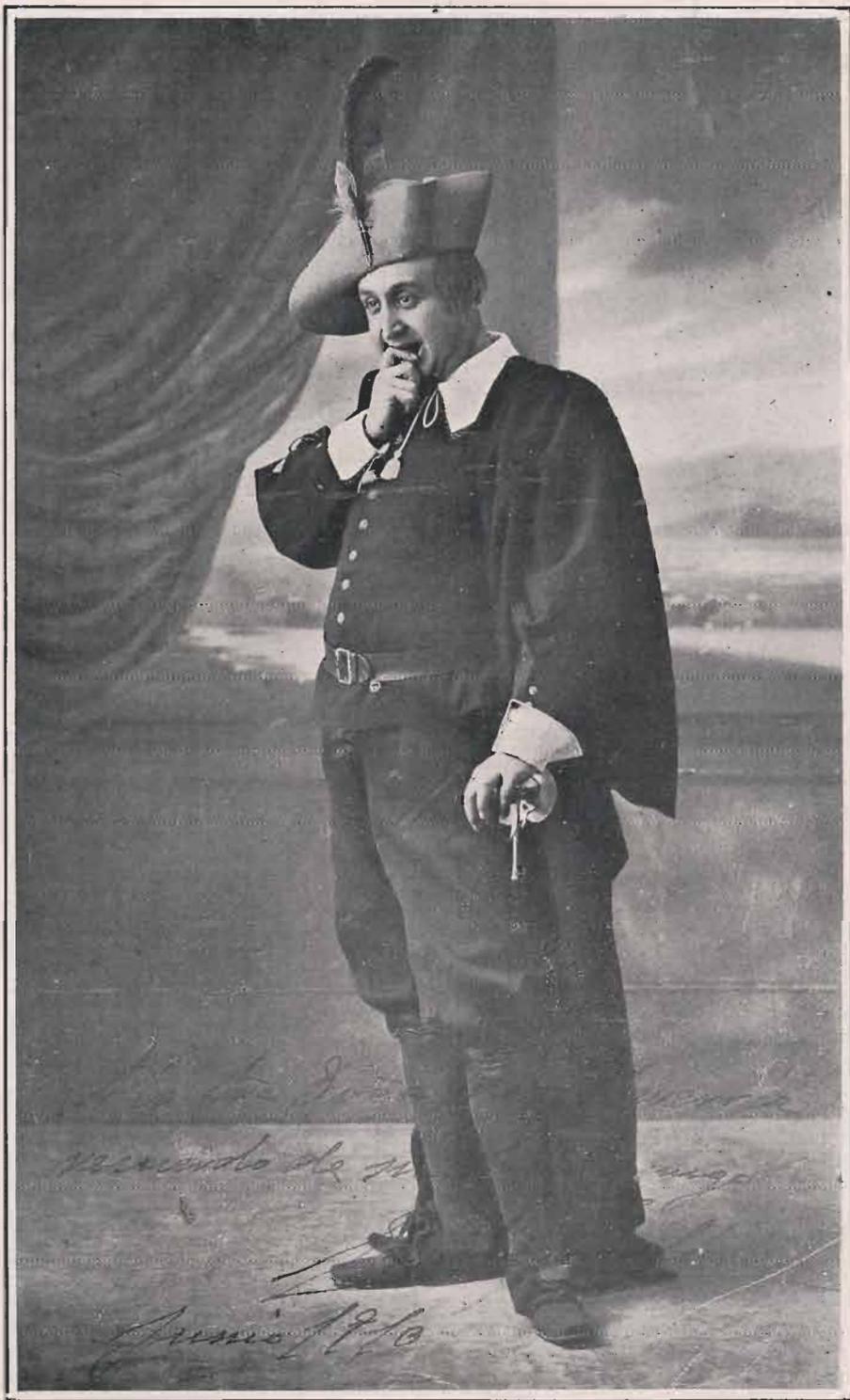
El señor y su criado llegan á una ciudad desconocida y llaman á la puerta de una hostería. Ambos van por la vida sin más caudal que su ingenio, la elevación del uno y la desvergüenza del otro. Mientras el criado es arrogante, bien plantado, espléndido, el amo es pequeño, débil, tímido. El personaje que representa la parte inferior de

la vida tiene toda la arrogancia del ser que actúa en su elemento propio, y por el contrario, el actor que simboliza el alma debe ser débil, delicado, indigente y tímido como que está viviendo fuera de su centro de acción.

Los seres que están armados de todos los tributos humanos disponen de tantas fuerzas para luchar en la vida, como son de desvalidos en el mundo aquellos otros seres que poseen las energías espirituales, de que carecen los primeros.

El ser humano material, por decirlo así, pertenece al sexo masculino, tanto como el alma humana, es femenina por su delicadeza, por su intuición, por su desarme. El criado procura hacer la vida práctica de su amo mediante las farsas que despliega para engañar hosteleros, arlequines y soldados.

El señor Thuillier vestido de mosquetero con un sombrero de



Emilio Thuillier

anchas alas remangadas que encuadra gallardamente su tipo varonil, y envuelto de manera gentil y airosa en amplia capa negra, toma en este papel una persuasión de acento, una firmeza de ademán que lograr allanar todos los obstáculos de la vida de su amo.

El señor no sabe cómo saldrán de la hostería sin pagar el consumo, pero el criado le dice que descansa en su astucia, que ya que tienen que tratar con hombres de mucho sirve el entendimiento.

Eso que sabe tan bien el criado "tratar con hombres" lo ignora absolutamente el señor en su calidad de espíritu superior que desconoce las bajezas terrestres.

Crispín rico en recursos de ingenio, logra abrir á su señor un gran crédito y lo hace tratar como príncipe, explotando las ingenuidades de todos. "No se hable de pagar que es una palabra que ofende". Ese es el tono en que se ponen todas las cosas.

Crispín crea un gran auge en torno de su señor, á fin de que haga un casamiento ventajoso con la hija del señor Polichinela que es muy rico.

El garbo, la desenvoltura, la redondez de acento y la firmeza que pone el señor Thuillier en la encarnación del personaje hace que lo eleve á una grandeza legendaria. No encarna en Crispín un tipo determinado sino una humanidad entera de fuerza, de astucia y de valor.

Se da una fiesta en casa de doña Sirena, el amo asiste precedido de su misterio y de su fama, allí conoce á la hermosa Silvia y se enamora de ella.

En el plan de Crispín entraba el amor fingido, pero el amor verdadero supera sus expectativas.

Polichinela y Crispín pertenecen á la misma ralea y se han conocido de antiguo. El criado cambia de táctica para con su camarada; en vez de alabar á su señor lo denigra y se hace solidario con su antiguo amigo en contra del amor naciente del amo por Silvia.

Crispín y Polichinela han remado juntos en los mares de la vida, y cuando ya uno descansa el otro sigue bogando bueno es que lo ayude. "En esta galera de ahora eres tú más fuerte que yo, rema por mí, que la vida es muy pesada galera y yo llevo remado mucho".

Por encima de todas estas intrigas el amo y Silvia llegan al jardín iluminado por la luz de la luna. Se escucha una música lejana en dulce acompañamiento al sueño de amor.

La armonía nos introduce al reino de las almas, allí donde está lo único trascendental de la vida, lo único que sobrevive á nuestras miserias de un día, la única verdad de nuestras mentiras pasajeras: ¡el amor!

Silvia declama una poesía con sabor antiguo, que trae una elevación súbita de las almas por el sentimiento.

Esa poesía nos trae la hora del alma que traspaasa la banalidad de nuestras horas terrestres. ¡Como si para esa hora se hubieran hecho todos los silencios, todas las dulzuras y todas las grandezas!

La canción evoca la estrella tutelar que está allá arriba, que es nuestra madre, como si el amor que nos escoltó á nuestra entrada en el mundo, siguiera velando por nosotros desde la altura... y presidiese á nuestros propios amores.

La noche callada, la música arrulladora cobija á los amantes y Crispín se aproxima lentamente y pone entre ellos la sombra de su capa negra, cual gran símbolo de que el amor ó sea la fusión de las almas se elabora aquí abajo al abrigo de la personalidad humana...

Nuestra pobre escoria es el instrumento del desarrollo de la parte divina que se contiene en el hombre. Lo inferior de nosotros mismos cobija el amor y le permite germinar en sus propias miserias hasta dignificarse y elevarse...

No desdeñemos ya tanto la capa de Crispín en esas apariencias groseras que desarrollan lo mejor que tenemos, que es nuestro corazón.

Aquel final de acto es de una poesía romántica, siempre antigua y siempre nueva porque corresponde á todas las edades de la humanidad.

Alma del silencio que yo reverencio,
tiene tu silencio la inefable voz,
de los que murieron amando en silencio
de los que callaron muriendo de amor!
de los que en la vida por amarnos mucho
tal vez no supieron su amor expresar!
¿No es la voz acaso que en la noche escucho
y cuando amor dice, dice eternidad?

Hay una honda inspiración en esa melopea que murmuran los amantes cobijados bajo el manto de Crispín cuya sombra unificadora, constituye la mejor elevación de las almas.

Y el mismo Crispín en su buen juicio humano también lo proclama entre irónico y triunfante, en un gesto solemnemente evocador del señor Thuillier.

"¿Quién podrá vencernos si es nuestro el amor?"

La creación de Benavente llega en ese instante á alturas de ensueños, logrando reunir en un minuto supremo lo que la vida tiene de culminante en el desarrollo de su ley esencial.

Los dos amantes cobijados por la capa de Crispín, ocultos tras de ellos proclaman esa unidad que es condición de vida y que solo se alcanza en el amor por el tributo que se paga á la naturaleza inferior.

El amor se realiza en sombras, en miserias, en dolores, dentro de nuestra conciencia humana, pero trasciende á lo alto en luz, en belleza, en armonía... y forma el sólo vínculo que une el tiempo á la eternidad, el espíritu á la materia y el hombre á Dios!

En el tercer acto se ha estramado aquella situación falsa en que Crispín y su amo llenos de deudas, después de endeudar también á otros son víctimas de todos los acreedores que se reúnen desesperados á reclamar su dinero.

El engaño está descubierto y la justicia con enormes folios acumulados de antiguo, cae sobre ellos.

Son impostores escapados de otras ciudades y que están abrumados por el peso de las pruebas... pero los cálculos de Crispín no pueden salir fallidos. Ha creado muchos intereses en torno y todos esos intereses están empeñados en salvarlos á ellos para resguardarse de la ruina.

El interés común de los acreedores está en que el amo tenga dinero para pagarles y ese dinero debe venir del enlace con la hija de Polichinela.

Pensó bien Crispín al creer que teniendo el amor por aliado todo estaba conseguido.

Surgan discordias entre amo y criado. No quiere el señor seguir engañando á su amada sobre su propia condición.

El amor necesita de la verdad y de la justicia. Podemos mentir para todos en el mundo, pero si amamos verdaderamente la mentira cesa.

En el amor entramos á vivir en una esencia de nosotros mismos que excluye toda sombra, que prescinde de toda apariencia, para no contar más que con la verdad interior.

En balde trabaja Crispín por disuadir á su señor de la inconveniencia de las revelaciones que pretende hacerle á su amada. La más vulgar prudencia humana aconseja ocultar lo bajo, lo mezquino, lo pobre que poseemos pero el amor que se siente omnipotente burla la prudencia humana y proclama la verdad.

El amo confiesa á Silvia su vida aventurera y su indigencia pero ¿qué le importa á ella si se aman? ¿No es acaso el amor una riqueza soberana?

Llega la justicia armada de todos sus atributos severos. Se acumulan papeles sobre una mesa y se hacen razonamientos legales que en la red cada vez más embrollada de aquellas fórmulas huecas ven alejarse la cuestión más y más de la sanción que persigue.

El militar dá por último un sablazo sobre la mesa del tribunal, y entonces se cambia se procedimiento, porque ha entrado en juego la violencia.

La gente tribunicia alta y menuda está admirablemente caracterizada en aquellos tipos.

Crispín en medio del desorden trata de unificar los intereses privados en un interés común.

Todos quieren recuperar su dinero y el único recurso que se presenta es el matrimonio del amo con Silvia. Unidos todos en el interés común, incluso la justicia, se conjuran los elementos desmenuados para vencer la resistencia de Polichinela, y se realiza aquella unión, fruto de los intereses creados, que corona el amor, principio y fin de todas las cosas.

La creación artística se encarga de probarnos que la vida entera con sus injusticias y miserias concurren en último término á producir el amor y que en el amor todo se redime, se purifica y se eterniza.

Cuando ya van á casarse, Crispín que ha asistido á esta farsa con una cara mefistofélica, de encantadora burla á los manejos egoístas que mueven á los hombres, dice á su amo que ha cumplido su misión y que quiere retirarse.

La vida material, grosera y egoísta termina, cuando á través de los corazones se han reconocido las almas...

La máscara terrestre y carnal era la enseña por medio de la cual dos almas habían de descubrirse y fundirse. Crispín ya no es necesario.

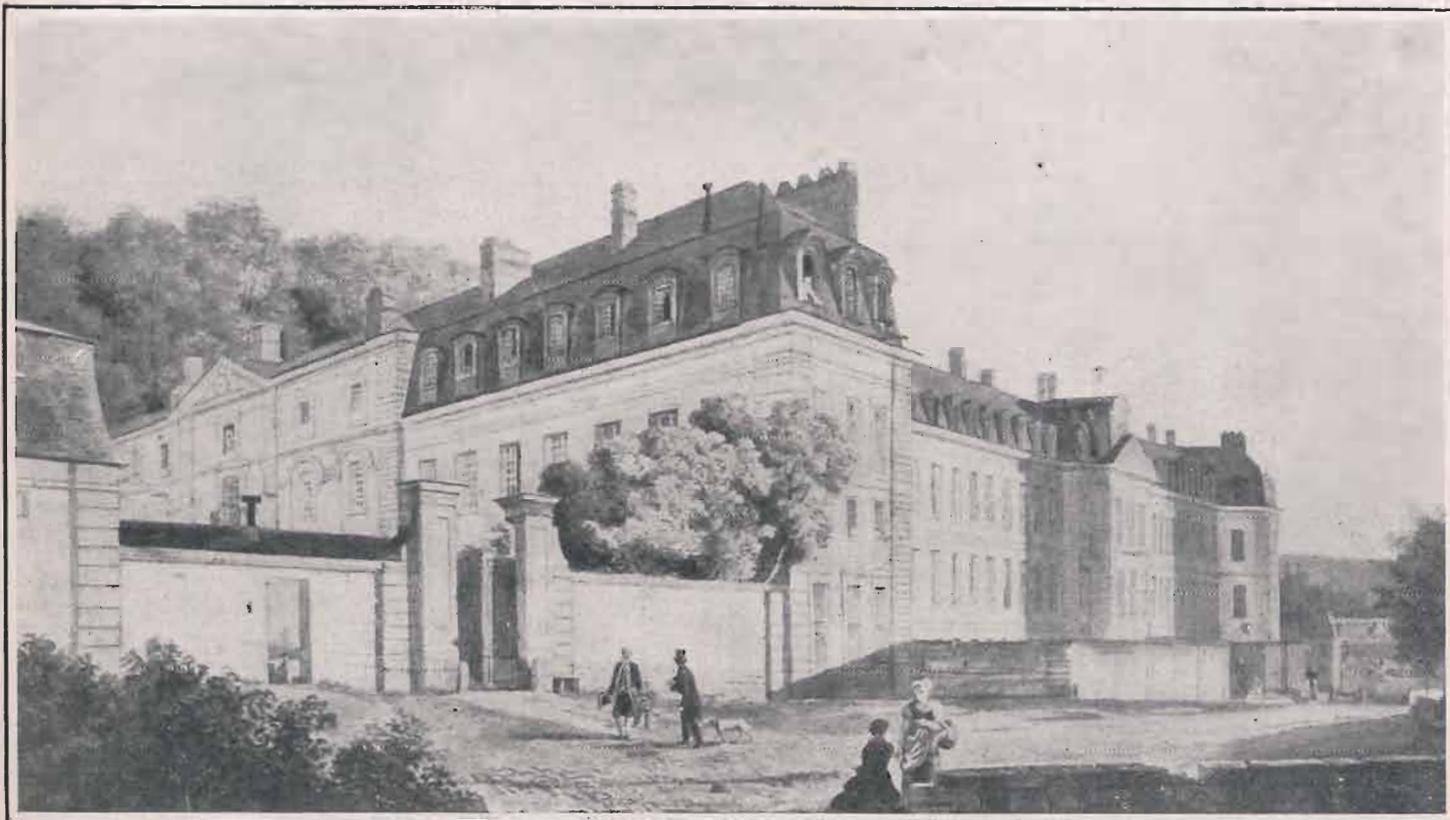
La farsa va á terminar y Silvia se encarga de decirnos que todo ha concluido pero que queda lo mejor, lo único divino que poseemos: ¡el amor!

Nos dice que en la vida somos simples muñecos movidos por hilos invisibles, pero que entre todos esos hilos descienda á veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz de luna ó luz de sol, el hilo del amor y que ese es el único que en medio del burdo y complicado mecanismo humano, nos une á lo alto y nos liga al infinito.

El amor es un hilito de luz que nos suspende al cielo, que nos amarra del tiempo breve á la vida eterna...

"No todo es farsa en la farsa que hay algo divino en nuestra vida, que es verdad y es eterno y no puede acabar cuando la farsa acaba!"

LA MANUFACTURA DE SEVRES



La Fábrica Real de Sèvres en 1840

SI aceptamos aquel principio que con precisión casi axiomática establece que sólo los países que no tienen historia pueden reclamar para sí la patente de felicidad indisputable, debemos, en honor á la verdad histórica, anotar en primera línea el nombre de la modesta aldea de Sèvres entre el número de los pueblos que tienen derecho á ser considerados como un rincón feliz del orbe, pues que su despertar á la vida activa, nerviosa, mundial, vino á producirse allá por el siglo XVIII, después de un prolongado sueño, durante el cual apenas si dió señales de vida. En efecto, el historiador encuentra bien poco que rastrear en su pasado. Se asegura que Juana de Arco, la gloriosa virgen francesa, antes del combate de Croix-bosset, librado en territorio de Sèvres, vino á postrarse de hincos en las gradas de la iglesia de Saint Román, donde rememora este hecho un cuadro de Paul Hippolite Flaudrin, que representa el paso de la gran heroína. Se habla asimismo de un *signeur* de Sèvres, Henry de Lèves, quien, por sentencia del Alcalde de París, fué facultado "para enderezar y poner en vigencia la justicia y horcas patibularias á dos pilares, como en otros tiempos" y que gozó del privilegio de encerrar en su castillo, mediante retribución, aquellos prisioneros del Châtelet que no debían participar de la suerte de sus compañeros, al acogerse á los beneficios de la gracia real, concedida con ocasión del paso de los reyes por París.

Pero es preciso llegar á la segunda mitad del siglo XVIII para abordar la verdadera historia de Sèvres. Esa celebridad adquirida en un día estaba marcada con un sello de eternidad; su irradiación estaba destinada á ser imperecedera, y aún hasta en las regiones más remotas, el nombre de Sèvres evoca el concepto de una de las instituciones que hacen mayor honor á Francia.

Encajonado en un estrecho valle que dominan pintorescas colinas arboladas y en cuyo fondo ha extendido sus ramificaciones; atravesada por un camino carretero que une á París con Versailles, y que él estrecha hasta tal punto que



"Las Cuatro Estaciones". Modelo de Carrier-Belleuse.



El Vaso de "Aibi". Composición de Bleuville.

las ordenanzas reales hubieron de prescribir medidas rigurosísimas para asegurar el libre paso de los carruajes de la Corte, el pueblecito de Sèvres debía, en virtud de su proximidad de ese palacio de Versailles, que ya desde fines del siglo XVIII había llegado á ser la principal de las residencias reales, debía, decíamos, salir de su humilde condición gracias á la instalación de cierta manufactura de porcelanas que el Rey había tomado bajo su alta protección.

El descubrimiento del secreto de la fabricación de la porcelana, esa materia preciosa, cuyas cualidades exclusivas: blancura, transparencia, limpidez, eran artísticamente realzadas por el brillo y la variedad de las decoraciones que la revestían, había llegado á constituir una de las grandes preocupaciones de la época. Ya desde la antigüedad habían provocado la admiración de todo el Occidente esas hermosísimas piezas de porcelana traídas del fondo del Asia, ad-



Vaso "La Ronda Infantil". Modelo de Dalou.

miración muy fundada, por cierto, y que se hacía extensiva á todo cuanto provenía de esas misteriosas regiones del Extremo Oriente; aún se cree que los famosos vasos muoeranos tan apreciados y buscados por los romanos, no eran sino jarrones de porcelana de la China, transportados en grandes cantidades al Cairo por las caravanas que atravesaron el Asia Central allá en los últimos decenios del siglo XVI, época en que ya los navegantes portugueses los importaban en Europa.

Las investigaciones hechas para descubrir el secreto de la fabricación de estos preciosos objetos de arte, sólo debían llegar á una solución más ó menos satisfactoria hacia el fin del siglo XVI, correspondiendo á Florencia el honor de haber alcanzado, antes que ningún otro pueblo de la nación del arte por excelencia, á una perfección muy halagadora en esta rama de la cerámica, pero las llamadas porcelanas de los Médicis no tu-



Bajo-relieve "La Cerámica" de J. Coutan, autor del monumento Vicuña Mackenna.



Piezas de porcelana entrando al horno. En Sèvres.

vieron larga vida, y si queremos señalar otras tentativas coronadas de éxito, debemos avanzar un poco hasta llegar al último tercio del siglo siguiente. Así, podemos desde luego mencionar a Rouen y en seguida a Saint-Cloud, donde se enorgullecían talvez algo prematuramente de haber dado en el secreto de la manufactura de porcelana idéntica a la de China. Fué tal la boga de las porcelanas de Saint-Cloud, que hubo de despertar naturalmente la envidia y codicia de muchos individuos dedicados a la explotación de diversas industrias pequeñas. Esto, sin contar con las deserciones de antiguos operarios ya muy entendidos en el arte de esta manufactura, quienes establecían en Chantilly (1825), Menecy y otros puntos, fábricas rivales. Entre estos operarios prófugos cábenos ocuparnos de los hermanos Dubois, quienes después de ponerse al corriente muy circunstanciadamente de todos los procedimientos operatorios de la fabricación de esta porcelana en la fábrica de Chantilly, llegaban a Vicennes, donde eran recibidos con los brazos abiertos por Orry de Fulvy, hermano del Controlador General de las Finanzas del Estado, y quien desde hacía muchos años se dedicaba a estudios muy pacienzudos y ensayos infructuosos por debelar el secreto del procedimiento de la fabricación de la porcelana.

Los Dubois, instalados en la torre del Diablo y parte de las dependencias de la Intendencia, en el castillo de Vicennes, subvencionados por el Rey, que desde el primer momento se interesó vivamente por el buen éxito de la empresa, llegaron a resultados muy mediocres. Ante la inminencia de un fracaso completo, comprendieron que lo más prudente era desaparecer.

Orry de Fulvy, que tenía la fe del minero en la feliz coronación de sus esfuerzos, no se desanimó con esto, y muy al contrario, dedicó todas sus energías a vencer los inconvenientes que le salían al paso en sus experiencias, tan inopinadamente interrumpidas. Para la prosecución del trabajo echó mano de un operario muy hábil llamado Gra-

vant, que era el brazo derecho de los hermanos Dubois. Después de cuatro años de estudios y labor constante, ya en 1745 se hace conceder el privilegio exclusivo para establecer en el castillo de Vicennes una Manufactura de Porcelana, tipo Sajonia.

Preciso es dejar establecido que desde más de treinta años atrás, ya se fabricaba en Sajonia la verdadera porcelana dura, cuando aún en Francia apenas se había llegado a la fabricación de una porcelana artificial, que para diferenciarla de la alemana, llevaba el nombre de porcelana blanda. Pero, ya que esta última estaba llamada a ser la cuna de la prosperidad de Sèvres, no debe ser motivo de gran pesar para los franceses el que los alemanes los hayan anticipado en el descubrimiento del secreto de la fabricación de la porcelana de China.

El Rey había tomado bajo su alta protección la Manufactura de Vicennes, y en 1753 le había discernido el título de manufactura Real de porcelana de Francia, con la facultad de marcar sus productos con sus cifras. Asimismo disponía que el establecimiento sería trasladado a Sèvres, a los dominios de un cierto señor Lully, y ya desde 1756 los artistas y los obreros estaban instalados en las construcciones equipadas ad-hoc para constituir un taller modelo.

Madame de Pompadour había tomado decididamente bajo su protección la manufactura de porcelana, después de haber sugerido esta translación a un sitio que quedaba igualmente cercano al Palacio de Versailles y a su castillo de Bellevue y obtenido el discernimiento del título de establecimiento real, con los privile-

gios y prerrogativas que ello implicaba. Pronto organizó las exposiciones: tales en Versailles, tomando ella personalmente una parte muy activa en la venta y promoviendo en esta manera la boga de las porcelanas de Sèvres, en competencia con la de las porcelanas de Alemania, en medio de esa corte que se ingeniaba en buscar todos los medios imaginables de complacer, de agradar a la favorita.



Porcelana esmaltada. Modelo de J. Chéret.

(Concluirá)



Comenzó Ribera por dar banquetes en los que, con gran escándalo de todos, introdujo la moda de los brindis de Flandes...

EL CHOCLO DE CHILE

UNA de las obras más interesantes que se han escrito sobre nuestro país, es, sin duda, la "Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano", escrita por el R. P. Diego de Rosales, de la Compañía de Jesús, "dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid".

El Padre Rosales dedicó su trabajo "al Rey de España don Carlos II N. S."

De los mil episodios que él relata con tanta gracia como abundancia de detalles caseros y pintorescos, aprovecho este que figura entre las tradiciones nacionales con el nombre de "El Choclo de Chile", y que tiene, á mi juicio, todo el sabor, aunque un poco más picante, de una parábola clásica.

Púsole en acción el famoso y turbulento Gobernador don Alonso de Ribera, sirviéndole como de apóstoles un grupo de capitanes de su ejército.

Pero para la mejor comprensión del cuento, no estará de más quitarle un poco el polvo de los siglos á la figura de ese arrogante soldado que tenía todas las de la ley como los soldados de su tiempo: las armas, el juego, el vino y el amor, todo esto dentro de un supremo temor á Dios y una licencia de costumbres que hacía santiguarse espantada á la timorata sociedad de Santiago de principios del siglo XVII.

Después de Pedro de Valdivia no había venido á Chile un jefe de más renombre y experiencia que don Alonso de Ribera. Discípulo de los más grandes capitanes de su tiempo, "hechura de Alejandro Farnesio", dice uno de sus biógrafos, contábanse sus hazañas por las funciones de guerra en que se había encontrado.

"Después de haber visto (el Rey) con grande atención las lástimas y miserable estado de este Reino (Chile), mandó al Consejo Real de Indias que le propusiese una persona tal cual la necesidad presente le pedía. Y luego le propusieron á Alonso de Ribera, que había sido sargento mayor y cabo de un tercio en Flandes, abonándole mucho el conde de Fuentes y haciendo relación á Su Majestad de las victorias y grandes hazañas que había hecho á vista suya".

En 1599, Ribera quedó nombrado Gobernador y Capitán General de Chile. Tenía cuarenta años de edad ó poco menos, y contaba veinticuatro de servicios bajo las banderas del Rey.

En Abril de 1600 salió de España, y en Febrero de 1601, después de dos meses de residencia en Lima, desembarcaba en el gran puerto de Concepción, á donde fué á cumplimentarlo el Gobernador interino don Alonso García Ramón, nombrado por el Virrey del Perú en la esperanza de que el Rey confirmara en propiedad su nombramiento.

De modo que por este lado, si Ribera no fué recibido en las astas del toro, no entró á este reino con el pie derecho, porque á

juicio de todos sus habitantes, García Ramón era el mejor de los hombres y el único que podía pacificar el Estado de Arauco ó **Flandes Indiano**, nombre que solía dársele en honra del valor invencible de sus hijos.

* *

Cuando entró Ribera en el Reino, "estaban las cosas de Chile en el más miserable estado que jamás se habían visto, porque las ciudades de las fronteras reducidas á fuertes, cercados del enemigo y en grande aprieto; casi todo el reino asolado, los indios todos alzados, soberbios con las victorias y haciendo cada día juntas para conseguir otras mayores.

"No había camino seguro ni estancia poblada, y hasta los domésticos de Mapuchu y Maule estaban conjurados y esperando una buena ocasión para rebelarse, y con tal mortal odio, que había indio sirviente en la ciudad de Santiago que tenía enterrada media fanega de sal para en matando á su amo salarle con ella".

Para hacer frente á esta conjuración formidable, Ribera no encontró sino una tropa profundamente desmoralizada. Los soldados no hacían vida de cuartel: dormían en sus casas, de modo que para cualquier acto del servicio era preciso notificarlos uno á uno con la debida anticipación. Su ignorancia de las cosas más elementales de su profesión "es en esto en tanta manera, decía Ribera, que ha sido milagro de Dios, conforme á su proceder en la guerra y en la paz, que no los hayan echado de la tierra y degollado muchos años há".

De los del refuerzo que había venido con él, se expresaba con igual franqueza, diciendo: "Por todos son 291; 131 de ellos de Cádiz; 28 viejos; 72 bisoños, y los 94 que no han entrado de guardia en este puerto por inútiles".

Con la impetuosidad y energía que gastaba en todos sus actos, don Alonso se entregó á la tarea de sacar un ejército de esa masa informe de desperdicios y destrozos. Viejo soldado de infantería que era, comenzó por dar á este elemento la importancia que le correspondía, haciendo desde luego desmontar á los infantes, los cuales hacían las marchas y peleaban á caballo.

El plan de sus antecesores había consistido en dividir el ejército en tantas porciones como ciudades precisaba socorrer, con lo que no se auxiliaba positivamente á ninguna, y, en cambio, se proporcionaba á los indios fáciles triunfos. Ribera, por el contrario, concentrando sus tropas en un solo cuerpo, resolvió construir fuertes en las fronteras y no dar un paso adelante sin dejar afianzados el dominio y la paz en el territorio que pisaba.

El tiempo con sus lecciones dióle luego la razón, aún cuando nunca él ni otro alguno de sus sucesores pudo vanagloriarse de haber vencido el amor soberbio é inextinguible con que el araucano defendía la libertad y la propiedad de sus tierras.

Conforme con sus ideas, Ribera, rodeado de un brillante cortejo de capitanes, "todos de mucha fama y de grande nombre", y al

frente de quinientos soldados marchó en socorro de Arauco, "llevando la guerra por delante desde la Concepción".

* *

Más que cansado de ver lástimas de la guerra, descosido de preparar sus futuras campañas, dándose, entre tanto, un desquite proporcionado á los trabajos que había padecido, don Alonso se vino á pasar en Santiago el invierno de 1602; pero tales proporciones tomó, á lo que parece, aquel merecido descanso, que el recuerdo de esa corta temporada quedó para eterna memoria entre los pacíficos vecinos de la capital, como más tarde el del año del Terremoto y el de la Avenida Grande.

Las cosas no eran para menos en medio de la austera pobreza y de la modorra conventual en que vegetaba aquella sociedad timorata, que aún no salía de su primer período de formación.

Comenzó, enefecto, Ribera por dar banquetes que nadie había visto hasta entonces, y en los que, con gran escándalo de todos, introdujo la moda de los "brindis de Flandes, con muy gran descompostura y fealdad, poniendo las botijas de vino en las mesas sobre los manteles y brindando con mil ceremonias por cuantos hombres y mujeres le vienen á la memoria y á la postre á los ángeles, porque así se usa en Flandes". (1)

Tras de esto se dijo que había traído de Lima una moza "á la cual metió en su propia casa y la tuvo en ella con tanto desenfado como si fuese su mujer legítima", hasta que, con no menos escándalo, la casó con uno de sus protegidos, siguiendo en esto el ejemplo y usanza de Pedro de Valdivia.

Pero no era lo más pecaminoso aquello de las comilonas y tragos á revienta ojales y botones, sino que en pos de todo eso, se jugaba con igual ardor á todos los juegos permitidos ó vedados, como los dados, el treinta por fuerza, primera y otros semejantes, en los que más de uno de los concurrentes había quedado "allí perdido".

La iglesia, por su parte, con la cual iba á meterse en breve en dimes y diretes, le acusaba de no acercarse al confesionario ni comulgar ni en la Cuaresma ni en la Pascua.

Y si los acusadores de aquel grande hombre de guerra y de estado no le echaron en cara otras debilidades y flaquezas, fué únicamente, como dice uno de ellos, por tratarse en lo demás "de cosas que no se pueden decir por no ofender los oídos".

(1) Don Crescente Errázuriz en su obra "Seis años de la Historia de Chile" ha publicado algunos párrafos del documento en que se refieren éste y otros hechos que Rosales pasa en silencio.

A pesar de pesares, Ribera seguía viviendo en Santiago como en el mejor de los mundos y tan ajeno á los golpes y mandobles que le tiraban sus contrarios, como á los demás desagradados,—sociales, políticos y religiosos,—que le ocasionaban las violencias, despreocupaciones y veleidades de su carácter.

Sin embargo, de aquellos burdos y añosos troncos de la conquista, algunos retoños debían de haber nacido ya en tierra chilena, es decir, una juventud más tolerante con los pecados de cuartel y más sensible á la seducción de las glorias militares, porque el joven, arrogante y afortunado general fué atrayendo hacia sí, de entre los herederos más conocidos, un grupo de entusiastas admiradores, al cual se juntaban los oficiales y soldados que en las campañas europeas habían ido dejando, como él, de ciudad en ciudad, el pelo de la dehesa lugareña.

Luego la evidencia de los frutos que producía el avance de la línea de los fuertes en la frontera, que era la base de su plan de campaña, logró al fin imponer en el ánimo de todos la realidad de sus méritos, á sus debilidades privadas, si las tuvo, ó á las exageraciones de la malevolencia vecinal.

En ley de verdad, nadie podía desconocer que, mediante sus esfuerzos, las armas españolas habían recobrado su prestigio perdido en cien derrotas; que se había recuperado en gran parte el territorio reconquistado por sus dueños, desde Maule al sur; que con esto la tranquilidad había vuelto á los ánimos, y que el trabajo de los campos, abandonados hasta entonces, se reanidaba en condiciones de producir al país los beneficios de su única industria.

En tan favorables condiciones, Ribera emprendió su cuarta campaña de Arauco.

* *

—Pero, ¿y el choclo? preguntará el discreto lector.

A eso iba, precisamente; pero con mejor acuerdo dejó la palabra al padre Rosales, con la ortografía de su tiempo.

"Salió todo el campo bien prohibido con la abundancia de Purén, porque de trigo anexo, de cebada y frijoles se halló mucho sustento en los trojes (fuera de lo que tenían sembrado), y se metió (Ribera) victorioso en Catiray. Allí tomó consexo sobre si entraría en el Estado de Arauco, y ubo contrariedades, porque como el consexo es como las cuerdas de la vigüela, que se compone de diversas vozés, siempre ay algunas que disuenen, hasta que todas se tiemplan y conforman. Las dificultades que pusieron algunos que deseaban volverse á sus casas, fueron que el invierno



estaba cerca, los infantes cansados y los caballos flacos. Y vencidos y conformes los de la consulta, marcharon por el Estado de Arauco (que era lo que Ribera tenía resuelto hacer, sabiendo que á la postre todos sus consejeros concluirían por encontrarle razón en todo).

"Entró (Ribera) por Lonconomal, con mucho recato, en cuyo valle llegó á una chacara de maíz primerizo, y arrancando con sus manos una mazorca para darles á entender á sus consejeros como le avía de decir cada uno claramente lo que sentía, sin lisonjar su parecer ni irse tras él, mostrándoles la mazorca ó chocla de maíz les dixo: "Ya parece que está maduro este maíz", y viéndole todos dixerón que sí, que ya estaba maduro.

"Y guardándole al disimulo en la faltriguera, llegó á otra chacara, y hizo que cojía otro choclo y sacó el mismo dixo: "este sí que está mexor granado", y tomándole todos dixerón: "este

sin duda está más en sazón que el otro", y haciendo lo mismo tercera vez, quando se los mostró diziendo que exedía á los demás, respondieron: "que sin duda era mucho mejor".

Y diziéndoles que era el mismo, los dexó confusos y bien enseñados á no irse tan fácilmente por lisonjar con el dicho del Gobernador, y quedó en proverbio "el choclo de Chile", y cuando uno se ba tras el parecer de otro sin discurso y por lisonja, dizen luego que es el Choclo de Chile".

Los indios, que por estar más lejos no habían oído la parábola de Ribera, salieron de su emboscada para decir á voces y como prueba de que el general se equivocaba al creer que sus triunfos terminarían la guerra:

"Así españoles, que venís á comer lo que nosotros hemos trabajado, hastáos de nuestros maizes y hartáos de ver el sol, que pronto moriréis..."

I. CONCHALI

UN ENTIERRO

Caía la tarde y un ahogado bajaba por el Sena.

El agua lo arrastraba como una esponja, lo hundía cabeza abajo, lo extendía después, volvía á girarlo de nuevo panza arriba y lo arrastraba, lo arrastraba majestuosamente como algo que le sobrase y quisiera escupir en las orillas.

De cuando en cuando encontraba un remolino y se detenía; sacaba un ojo á flor de agua como si se quisiera orientar en su viaje; un ojo sin fondo con la mirada muerta de un muerto; daba una vuelta suave como si se hundiera otra vez y seguía su camino abajo siempre.

A veces no enseñaba más que un hombro, un pedazo de trapo mojado, un zig-zag de reflejos, la sombra de la cabeza hundida en el agua: todo junto era algo desolador que iba río abajo siempre, sin ruido, en busca del camino de la otra vida.

Allí, sobre el puente de Austerlitz el cielo se rasgaba en grietas rojas, derramando fuego; desde el río subía una niebla ligera y azul como humo del agua; la tierra se dormía entre los arrullos de la noche; en la corriente se reflejaba luz moribunda del día; oscurecía todo; y el muerto continuaba rodando iluminado por aquel último rayo de luz que era para él como un beso de adiós, el único beso que se llevaba de la tierra.

Al pasar por debajo de un puente lo vieron algunos curiosos y avisaron que el río arrastraba á un muerto.

Corrieron bastante para alcanzarlo, pero no corrieron bastante á prisa: la obscuridad le había abrazado ya entre sus brazos; la obscuridad negra como la tinta, que ocultaba aquel último viaje, aquel bulto sin alma, que se llevaba escondido entre sus pliegues misteriosos.

En aquel misterio y en la obscuridad del cielo horrible, nadaba inmóvil rodeado de hielo, de hielo como cristal que resbalaba y le seguía, más helado aún á su contacto. En aquella obscuridad el viento silbaba, barría el agua, rebotaba en los muros de las orillas, y de rechazo levantaba una polvareda de lodo y espuma; pasaba anullando por los arcos de los puentes y corría desahogado, loco, anhelante, dejando la muerte tras de sí. Entre aquel misterio oíase el coro de la ciudad de París que se agitaba y gritaba como una fiera apocalíptica de cien mil bocas; gritos nocturnos de un pueblo que quiere vivir; rumores formados por los estremecimientos del frío, de espasmos del placer, de cantos de angustia, de bostezos, de una alegría macabra; gritos de vida lanzados sobre aquel muerto que la ciudad escupía lejos de sí.

En las tinieblas convertíase el río en espejo, en cisternas, en un remanso sin playas; por él no cruzaban ya los vapores, en las orillas reposaban las bareas, y la aguja de Notre Dame parecía un trazo de carbón sobre un paño negro. A distancia, subía hacia el cielo una claridad rojiza de ciudad que se enciende; en lo alto de los puentes lucía alguna luz encarnada como ojos sin cejas; y desde abajo, desde la vacuidad del principio, desde aquellas aguas muertas, levantábanse efervescencias de luces azules, vapores de lodo en fermento, vaho de tumba, velos como humo iluminado por una vaga aureola.

Forjada de aquella claridad azul, embozada, y erguida sobre el agua, se deslizaba la sombra de la muerte siguiendo y vigilando al muerto. Por entre los pliegues del sudario asomaban y se destacaban en la sombra, los huesos blancos; pendían las manos sin nervios, y la guadaña, abandonada sobre el río, trazaba en el

agua una huella, un hilo de plata que seguía al cadáver perezosamente.

Al pasar por delante de la Morgue, por en medio de los dos canales, pareció detenerse. En la ventana de la casa de los muertos brillaba una luz enfermiza, la luz de los ahogados, la claridad moribunda de la lámpara triste de la otra vida que, como un reloj de arena, se vacía eternamente. Pareció que se detenía, dió una vuelta misteriosa llena de dudas y esperanzas de ahogado, sacó un ojo negro y siguió su camino mucho más á prisa.

Corriendo por medio del río nada le detuvo, sólo él seguía la corriente en aquella hora. El río era suyo, bien suyo, y nadie, nadie en la tierra sabía que aquel muerto, muerto y todo caminaba; nadie sabía ni de dónde venía ni adónde iba: era un muerto en libertad, arrastrado á la ventura, nacido en brazos de la santa independencia, un muerto robado á la tierra por las aguas.

Siempre corriendo río abajo, cruzó por todos los muelles de París, por las dos islas, á lo largo de la hilera de casas, al pie de las ventanas cerradas; al cruzar por debajo de cada puente le sacudía con violencia el estruendo de la vida; caían sobre él cartas, cartas de amor quizá y, los tristes destellos de faroles que se apagaban; en el tránsito de puente á puente sentía otra vez el reposo de los muertos; y así cruzó todos los puentes, todos, hasta que salió de aquel París que lo escupía y se encontró en pleno campo, en plena naturaleza.

Ya allí el cielo pareció aclararse. No era el cielo de la ciudad manchada de humo y del vaho de las multitudes; era el firmamento inmenso bordado de estrellas; estrellas blancas, estrellas rosadas como pupilas que contemplaban la tierra, como chispas de corazoncillos encendidos, como lucecitas azules del color de los astros.

Una estrella brillaba sobre el río, triste é inmóvil como faro solitario; más triste que las otras y blanca como una lágrima. Pendía del cielo como una lámpara; era la estrella de la muerte; la estrella que el ahogado vió al nacer, la que él siguió toda su vida y la que le arrastraba ahora aguas allá como imán de su destino. Ella le conducía y le guiaba; ya cruzaban pueblos acurrucados bajo los bosques, ya llanuras desiertas, ya playas desoladas; á veces las cañas del río inclinándose le detenían; las sílfides salían del agua para verle pasar, las ondinas sacaban, asustadas, sus cabezas; oíase rumor de suspiros, gemidos de la noche, cantos sin palabras, el paso de fantasmas deslizándose, y sentía al pasar como un aire helado de los espíritus que volaban rozando la corriente, de ensueños que huían, de espectros y de sombras que el viento arrastraba.

Guiado por la muerte, se paró un instante junto á una barca; tendido en ésta, un marinero borracho vió al muerto inmóvil; vió aquel ojo vacío, aquel ojo negro rodeado de tinieblas, y se asustó; quiso gritar y no pudo, y al ver que se alejaba siguiendo el camino de la estrella, se quitó la gorra y se descubrió como si pasase un entierro. No se engañaba; aquel cadáver navegando, aquel bulto sin forma, era un entierro que marchaba río abajo, el entierro de un sér que se euterraba á sí mismo.

Abrigado por la noche nadie le acompañaba; iba solo, sólo como un muerto; el paisaje le servía de sudario; y el agua de coche; caminaba hacia el gran cementerio, hacia aquel mar tan amplio donde no tendría más ataúd que el agua sin fondo, ni otras paredes que el cielo sin techo ni muros.

SANTIAGO RUSIÑOL

El último Jefe Español en Arauco

APUNTES HISTÓRICOS



A independencia de Chile no era ya un problema en la época que voy á recordar á mis lectores. Nuestros ejércitos habían batido y desalojado de todas partes á los españoles, soldados tan valientes como desgraciados, no tanto por sus derrotas cuanto por haberles ligado el honor á la más indigna de las causas. Todos los pueblos al norte del Maule empezaban á organizarse su administración política, en-

vultuos en esa especie de desorden y alborozos producidos por la extrañeza de su nueva vida, por la inexperiencia de las nuevas instituciones y por el carácter y hábitos guerreros contraídos en catorce años de campañas, combates, derrotas y victorias. La misma provincia de Concepción, que talada durante ese largo período por ambos ejércitos, incendiada y saqueada por los salvajes y montoneros, no salvó del furor de la revolución, sino la feracidad de sus campos y las espesuras de sus bosques, parecía revivir y convalecer, semejante al soldado cuyas heridas mortales empiezan á cicatrizar después de una curación larga, difícil y penosa. Benavides, el más formidable de los verdugos que en aquellos tiempos devastaron esta provincia, había subido á la horca, en la plaza principal de Santiago el 23 de Febrero de 1822.

Sin embargo, aún quedaba, en uno y otro lado del Bío-Bío, varias guerrillas de realistas, bien así como esas nubecillas perdidas que vagan por la atmósfera inmediatamente después de la borrasca.

Una de estas bandas, comandadas por el coronel Pico, era la más numerosa y temible. Su jefe unía á la bravura, la dureza sanguinaria á que se había habituado, en muchos años de esa guerra á muerte, que se hicieron, á lo último, los campeones de Fernando y los independentes. Varias tribus araucanas, aliadas suyas, la acompañaban en sus correrías halagadas por el incentivo del robo y de la matanza. La guerrilla de Pico, ni daba ni pedía cuartel: el incendio y toda clase de atrocidades dejaban señalados los sitios de sus campamentos, teatros de sus ataques y las huellas de sus marchas y contramarchas. En aquella fecha ya no se trataba de defender ó de reconquistar el país. Una rabia infernal, la sed de sangre y de venganza, el instinto exterminador del tigre

mantenían la lucha y agitaban á los combatientes. Pico era un español de 40 años, alto, robusto, de rostro atezado y de maneras y hábitos salvajes, lo mismo que la vida que llevaba y la profesión que ejercía, su mirar misántropo descubría al montonero, dos hondas cicatrices desfiguraban notablemente los perfiles naturales de su cara, sus fuerzas habrían hecho honor á cualquiera otro hijo de Castilla, á cualquier cacique araucano; y eran ellas el único prestigio que mantenía alguna subordinación en la horda que se hallaba bajo sus órdenes. Desconfiado por carácter, ó más bien, por las circunstancias y los hombres de que veía rodeado, no tenía otro amigo que un perro, al cual, no obstante había puesto el nombre de "Insurgente" y era este animal su sola guardia cuando dormía, la sola escolta que cerca de él marchaba.

El 31 de Agosto de 1824, campó esta montonera en Quilapalo, lugar inmediato á la cordillera y al origen del caudaloso Bío-Bío.

Habiendo concluido la estación de las lluvias, Pico se proponía activar las hostilidades y aventurarle todo por conseguir, sino capitulación que no se atrevía á esperar, una salida por mar del territorio de Chile, donde ya no le quedaban sino peligros infructuosos que correr. No se había puesto á precio su cabeza; pero cualquiera se hubiera recomendado en gran manera, presentándola, después de una victoria ó á consecuencia de una traición, á los jefes y autoridades patriotas: en este punto, Pico conocía mejor que nadie su posición azarosa.

Las aguas de Julio y Agosto no habían permitido la movilidad de la guerrilla, ni el recibo de comunicaciones de los pocos amigos que quedaban á Pico en el territorio ocupado por los independentes. Ignoraba el número y puntos en que se hallaban éstos, las fuerzas de las plazas y cuantas más circunstancias era preciso saber para obrar con probabilidades de acierto. A fin obtener estas noticias, despachó por una y otra banda del Bío-Bío, varias espías y correos, y determinó esperar su vuelta en el campamento que se día había tomado. Cien infantes, único resto del lucido ejército, que bajo las órdenes de Osorio, fué victorioso en Cancha Rayada y vencido en Maipo, cubiertos con piezas andrajosas de todos los uniformes usados por ambos ejércitos durante la guerra de la independencia, formaban la flor de la guerrilla de Pico. Estos ocuparon, en Quilapalo, los escombros de una choza, antigua morada, al parecer, de algún vaquero, por los majadales que aún se veían en su alrededor. Las tribus araucanas tomaron alojamiento más á campo raso y en diferentes puntos. Su algazara, gritos y abullidos resonaban día y noche en los bosques, como si les hubiesen invadido millares de bestias feroces.

Pico tomó posesión de un rancho desamparado, que á distancia de una cuadra, á retaguardia de la línea daba su frente á éstas, y su espalda á un huerto cercado con una paliza de troncos de roble. La humilde habitación no tenía más que una entrada sin puerta, circunstancia que pareció doblemente peligrosa al coronel español para el caso de una sorpresa. Sin embargo, como nunca acostumbraba manifestar temores y desconfianza delante de sus aliados y subalternos, mandó colocar su cama en uno de los rincones del rancho sobre un catre de palo, que, en un abrir y cerrar de ojos,

tejeron con "boquí" dos de sus asistentes. Allí recibió á sus amigos y dió órdenes á sus oficiales.

Llegó la noche y más tarde la hora de retreta. Pico, después de establecer en persona varios puestos á vanguardia y retaguardia del campamento: después de recorrer todos los puntos donde creyó conveniente presentarse, se retiró á su alojamiento sin llevar más compañero que á su inseparable "Insurgente". Le quitó el freno al caballo, amarróle ensillado á uno de los palos del rancho; puso un gran poncho á la puerta á guisa de colgadura, animó su fuego y tomando en seguida un enorme cuchillo, metióse bajo el catre y abrió en la "quincha" un agujero capaz de dar salida á un hombre, echándose por él á la rastra. Seguro así de una retirada por el lado del huerto, se fué á la cama y se entregó al sueño. El "Insurgente" se acurrucó entonces al pie del catre, en el hoyo de un hogar apagado después de una larga fecha, é inmediato al que,



Monumento al maestro de escuela en la Argentina, por el escultor Benlliure



BAJO LAS RAMAS

CUADRO DE PAUL CHABAS

en esa noche, echaba una agradable llamarada. A estas ó parecidas precauciones daba Pico la preferencia sobre las centinelas y guardias que aparentaba no creer necesarias. Sus guerrilleros nunca le juzgaron por ello sino como doblemente impávido y valiente.

II

¿Conocéis las orillas del Bío-Bío y las de sus tributarios Laja, Duqueco y Vergara?

¿No las conocéis? Lo siento. Allí podrías gozar de las delicias de la naturaleza virgen, de la naturaleza antes de ser conquistada y asolada por la civilización; de las naturalezas con sus ríos, bosques, lagos, montañas y cascadas, con sus aves y bestias, con sus perfumes y el ruido armonioso de sus movimientos y vida.

Las vastas comarcas que bañan y recorren aquellos ríos han sido, durante tres siglos, el teatro de la guerra entre los araucanos y sus conquistadores, ó más bien, entre los araucanos y los que han pretendido conquistarlos. ¡Vano empeño, único imposible que han encontrado sobre la tierra la fuerza, la maña y el valor! Pero esta guerra no ha podido destruir sino á los hombres: las bellezas y las gracias naturales del territorio permanecen en su estado primitivo, en su lozanía admirable. Lo único que, á duras penas, ha logrado establecer allí la civilización, es una línea de fortalezas, en las cuales se mantiene hasta hoy encerrada, como si le hubiese puesto sitio, esa naturaleza invencible que tan inútilmente pretende rendir y avasallar.

En la época de mi relación, casi todas esas fortalezas se hallaban en ruinas, á consecuencia de haber sido tomadas y perdidas sucesivamente por ambos partidos beligerantes. Al fin de la lucha, en 1824, los independientes sufrían dentro de ellas diarios asaltos de los salvajes y montañeses que se paseaban por los llanos, bosques y guaridas de que están rodeadas aquellas plazas.

Luis Salazar, guerrillero patriota, ocupaba con los suyos, el 2 de Septiembre de 1824, la de Nacimiento, una de las más introducidas en la tierra de Arauco. Salazar había nacido como todos los soldados que le acompañaban, bajo los muros de estas fortalezas, lo que excusa á todo el mundo de averiguar si eran ó no valientes. Nacimiento se ha hecho célebre por un contingente de leones con que se suscribió para sostener la lucha gloriosa de nuestra independencia.

Principiaba á amanecer: Salazar de pie sobre la muralla oriental del recinto, dirigía investigadoras miradas hacia las márgenes opuestas del Bío-Bío y del Vergara que confluyen en aquel punto.

Cerca del comandante dió un ruidoso bostezo un centinela, que llamó así la atención de su jefe, obligándole á preguntarle:

—¿Qué tal noche, Coronado?

—Ni más ni menos que las otras, mi comandante. Mucho frío, mucha vigilancia, ni un trago, ni un solo godó al frente para calentar el cuerpo.

—Luego los tendrás encima...

—O ellas me tendrán á mí, mi comandante.

—Están en Quilapalo desde antes de ayer. Siniago, que acaba de pasar, me da la noticia...

—¿Siniago, mi comandante? ¿El que ahora dos años se pasó á los godos cuando nos quitaron en San Carlos la caballada?

—El mismo.

El centinela hizo un gesto muy feo, meneando la cabeza á uno y otro lado. Salazar continuó:

—Según éste dice, el canalla de Pico se dirige á atacarnos con más de cuatrocientos hombres entre indios y españoles. Nosotros somos treinta y dos... no hay esperanzas de refuerzos...

—Es verdad, no somos muchos,—dijo el centinela algo pensativo, escarbando suavemente el suelo con la punta de su sable desenvainado.

De repente, al cabo de un rato de silencio, la respiración de Coronado se agitó visiblemente, alzóse con orgullo su cabeza, brillaba en sus ojos un rabioso coraje, su rostro tomaba gradualmente un color obscuro de sangre y se sacudía su labio superior abierto apenas del bozo de los veinte años.

—Mi comandante,—gritó frenético el joven centinela,—es preciso que ese demonio muera.

—¿Quién?

—El godó Pico, el infame va á ver que no se necesita sino una vida para acabar con la suya.

—Coronado, ¿estás loco?

—Sí, comandante.

—Pero, ¿dónde, muchacho bárbaro?

—En medio de sus matuchos, mi comandante. Pues ¿que hay algún mar, entre ése y yo, que me impida alcanzarlo?

—Las treinta lanzas de Pico jugarían en el aire con tu cadáver, como esas golondrinas, que ahí ves, se disputan la caza de un insecto. Mejor sería...

—No, comandante. Si usted no pone á mi disposición cuatro soldados bien montados, me tiro al foso, y moriré como un menecato, porque usted no ha querido que muera como valiente.

—Bien te conozco, amigo: Lorenzo Coronado, es el más valiente de cuantos encierran y han visto nacer estas murallas.

Pero temo que vayás á morir inútilmente... Díme, muchacho, ¿qué piensas hacer?

—A punto fijo no pienso otra cosa que alcanzar al godó. En cuanto á la elección de los medios... Dígame usted, mi comandante, ¿cree usted que Siniago venga pasado? ¿él que no há mucho se fué á los enemigos? Que me empuen si no es una espía de Pico, á quien ha estado sirviendo de asistente; por lo tanto es preciso asegurarse. Mire usted, mi comandante, voy á decir á Siniago que mi intención es ir á matar á Pico donde le halle, donde le encuentre; que para ejecutar mi propósito, necesito que él mismo me dé su opinión y consejo sobre el mejor medio de obtener éxito, perdiendo ó salvando la vida, que esto no entrara en la cuenta, pero que si yerro el golpe, si escapa de mi puñal el godó brujo, cuatro balas harán pasarse, al amigo Siniago. Buen cuidado tendrá con esto de endilgarle á la empresa de un modo infalible. Obtenidas las noticias que quiero, me voy con mis cuatro hombres á Quilapalo, cuyos rincones conozco lo mismo que las melladuras de este sable, mejor que las troneras de la plaza de Nacimiento. Si alguno ha de morir, no serán los compañeros que le pido á usted, mi comandante.

—¡Dios te guíe!—exclamó Salazar, arrojando un profundo suspiro y estrechando en sus brazos al centinela. Salazar se despedía así de aquella interesante víctima, como un sacerdote se despide de un condenado á muerte, cuando al pie del suplicio se lo reclama el verdugo.

Al ponerse el sol, salieron cinco jinetes á gran galope sobre el puente levadizo de la fortaleza, desfilaron por la izquierda sobre el Vergara, y después de pasar esta río en un barquichuelo, Salazar les vió desaparecer en las montañas de Negrete.

III

Era poco antes de la media noche del 3 al 4 de Septiembre. A dos tiros de fusil del campamento de Pico, cuatro hombres estaban agazapados entre unos espesos matorrales. Uno de los mojonetes del rancho de este jefe se divisaba desde aquel punto, como una sombra triangular más negra que la obscuridad de la noche. La guerrilla, que había recibido la orden de ponerse en marcha sobre "Santa Bárbara"; á la madrugada inmediata, dormía silenciosa en el campo. Pico roncaba en su cama, poseído del primer sueño, pero un ladrido de alarma del "Insurgente" le hizo saltar al suelo y tomar sus armas. Puso el oído: no distinguió ningún ruido sospechoso. Sin embargo, el perro dirigiendo el hocico hacia el huerto, no cesaba de refunfuñar instintivamente.

—Algún perro indio quiere robarme mi caballo,—dijo Pico; y salió del rancho embozándose en un desmedido "calamao".

Poco después volvió tiritando de frío.

—Por mi abuelo,—dijo mirando al perro,—que si vuelves á darme otra falsa alarma, te ahoro con este lazo en ese tijeral.—Echó en seguida leña al fuego, secóse los pies humedecidos é iba nuevamente á recostarse, cuando el "Insurgente" tornó á ladrar con mayor fuerza, como si estuviese más próximo el motivo de su extrañeza. Pico le hizo rodar de un puntapie hasta las cenizas del fogón. El animal convencido con esto de que sus avisos eran impertinentes, se hizo un rollo en el suelo; y, como su amo, quedóse muy pronto dormido en un sueño profundo.

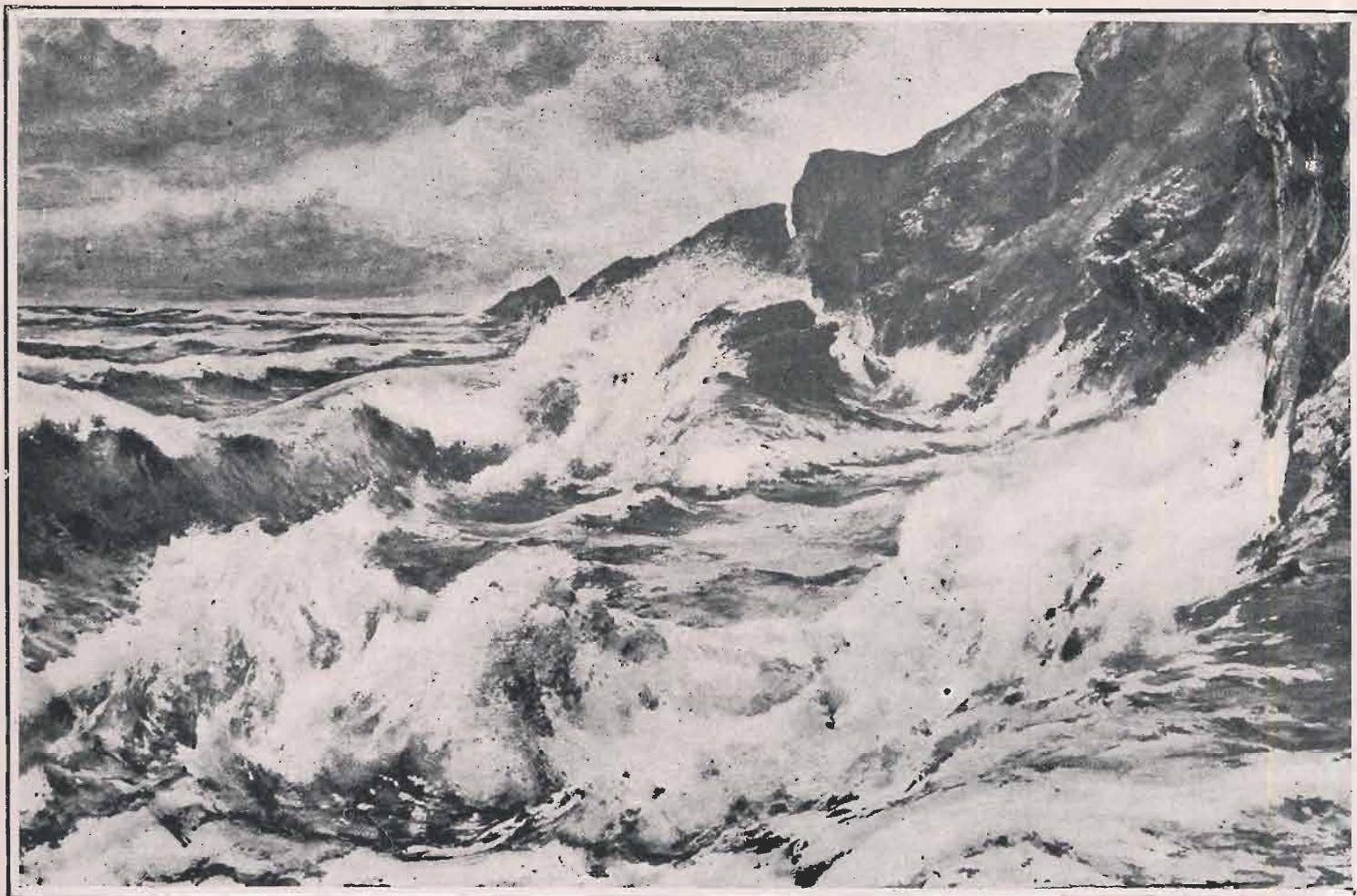
Aún ardían los tizones que el jefe guerrillero añadió al acostarse, y su luz alumbraba escasamente el rancho. Un hombre, de cabeza á pies descubiertos, entreabrió la cortina que pendía en la puerta, y sin hacer más ruido que una hormiga, siguió adelante hasta ponerse á dos varas de la cama de Pico. Sáltase encima el perro de éste, pero el bruto se ensarta en un largo puñal que le recibe por la mitad del cuerpo, su grito de ataque se confunde con los ahogados alullidos de la muerte. Un instante después, Pico y el agrasor luchan cuerpo á cuerpo, aquél por tomar sus armas, éste por herir con la suya; el español da voces y recibe puñaladas. Hubo un momento en que á impulsos de un rodillazo que dió á su contrario en el estómago, se vió libre de sus forzados brazos; y aprovechándole metióse, herido y atolondrado bajo el catre, buscando el agujero practicado, tres noches antes en la "quimcha". Pero el atrevido independiente volvió á la carga y á cogerla con furor frenético: sus cuerpos rodaron juntos en el nuevo terreno, juntos se arrastraron y juntos salieron por la brecha. El último campeón de Fernando en las tierras de Arauco, lanzó al fin un quejido de muerte, al perderse en su garganta el puñal patriota.

A este tiempo toda la guerrilla se hallaba en movimiento. Alarmada por las voces extrañas que se habían oído en el campamento, la confusión llegó á su colmo con algunos tiros que salieron en ese mismo instante de unos matorrales de la izquierda. Todos fijaron la atención en aquel punto: nadie daba razón de lo que era, aunque ninguno dejaba de repetir: ¡Patria! ¡El enemigo! ¡El enemigo!

Coronado, llevando en la mano izquierda, de los cabellos la cabeza ensangrentada de Pico, se retiró del campo, por entre los guerrilleros, que aterrados, considerándose rodeados de patriotas, no afinaban más que á montar á caballo y ganar el bosque.

Una hora después, los cinco nacimentanos, que se habían reunido en un punto señalado, galopaban en los suyos de vuelta de su expedición, y espantados con la magnitud de su triunfo, iban en pos de Coronado sin atreverse á averiguarle si era ó nó cierto que llevaba la cabeza de Pico á la grupa.

ERNESTO TORO Y TORO



LA COSTA SALVAJE

CUADRO DE MAURICE PERRONNET

Triste Episodio de Nuestra Historia



A crónica es una sencilla relación de acontecimientos que el narrador presencié y que los cuenta para complacer, así como los abuelos refieren los cuentos, que oyeron en su niñez, á los nietos que, con curiosidad, los escuchan. No pretendo decir que éstos que yo voy recordando á medida que los escribo, tengan el sabor delicado y delicioso de los "cuentos de la abuela". Son solo descarnadas reminiscencias las que hoy les presento.

El bombardeo de Valparaíso y sus preliminares ocuparán hoy la atención de los benévolos amigos que lean esta incorrecta relación.

Ese triste y vergonzoso episodio de nuestra vida de joven, ó más bien diré de infantil nación.

Fué doloroso como los latigazos que un padre dá á un niño calavera.

Como á los hijos pendencieros nos trató España, pues que pudiendo destrozar las valiosas ciudades de nuestras costas, que mar los establecimientos florecientes y valiosos de Lota, Coronel, Lebu, Tamaya y otros, desbarbar en esos lugares indefensos, no lo hizo.

¡Ah! cuán dolorosos fueron aquellos largos meses de inquietud, de locas esperanzas, de locos proyectos, de loca desesperación! Más de una cabeza negra se volvió canosa, más de un alegre porvenir se tronchó, más de un hombre sano se volvió loco.

Habría que haberlo visto, para poder comprender lo que constituía la defensa de las costas.

Pobres soldados harapientos y desarmados, que más que otra cosa, parecían cadáveres galvanizados. Diezmadas las guarniciones y el país entero, por el tifus y las viruelas, los soldados tenían hambre y frío. Creedme que no exagero, pues yo los ví. Pude asisirllos, socorrerlos, pude, gracias sean dadas á Dios, saciar su hambre; alentarlos y aún confortar á algunos en su lecho de muerte; oí á varios con voces bajas y roneas, como si vieran desde muy lejos, decir: "¡Viva Chile! ¡Mueran los godos!" Los ví en las calles de Talcahuano y en las de Tomé, casi extenuados en el suelo y, reposando sus cabezas sobre el tramo de piedra de las puertas, descansar ahí devorados por la fiebre. Estos eran los que los hospitales y lazaretos *daban de alta* para recibir á los que, más enfermos, golpeaban á sus puertas.

Del Norte al Sur todas las ciudades se veían pintorescamente rodeadas de carpas de lonas, como si todas estuvieran protegidas por cuadros del ejército. Esos eran los lazaretos de apestados y tifoidea.

Como lo veis no se podía confiar en que nuestras costas estuvieran defendidas; los españoles no ignoraban la situación del país, puesto que á ellos nunca les faltaron *almas caritativas* que, durante el bloqueo, les suministraran víveres frescos y carbón en abundancia.

Me he apartado del objeto de esta relación y, pidiendóos me excuséis, principio.

Allá por el año 1864 fundeó en Valparaíso una poderosa escuadra española. Era la primera que llegaba á nuestras aguas después de jurada la independencia. La mandaba el almirante Pinzón descendiente directo del piloto que dirigió las galeras de Colón.

Traía misión de paz y acercamiento de sus antiguas colonias. La montaban jóvenes y apuestos marinos, una Comisión Científica y tropa de línea.

La recepción que al principio les hizo la sociedad fué cortés,

cautelosa y digna. "¿Qué trae á éstos por aquí?" se decían los viejos *pipiolos* con verdadero temor; los *plucones* se callaban, frunciendo el entrecejo. La Comisión Científica preocupaba á todos.

El pueblo, que solo veía en ellos á los enemigos de antaño, se alejaba murmurando al divisarlos; pues frescas estaban aún, en la memoria de todos, las relaciones oídas de sus padres de las crueldades de los "Talaveras de la Muerte", los terribles sufrimientos del éxodo á Mendoza, donde nuestras más opulentas damas sirvieron de cocineras, lavanderas, nodrizas; tuvieron puestos de sopapillas mientras sus esposos, hijos, hermanos *guerreaban* en la patria, contra los soldados de España.

General zozobra y descontento reinaba en todas partes, cuando se anunció la llegada á Santiago de Pinzón y de su comitiva. La componían ésta jóvenes, apuestos y simpáticos marinos, hombres de cabellera cana y de ojos de fuego. La Estación estaba llena de curiosos, una multitud silenciosa y fría. Los cocheros de Gobierno y el edecán de S. E. los esperaban para darles la bienvenida; también se encontraban allí para estrecharles las manos, don José María de Sessé, chileno de origen por su madre, educado en el Colegio de Nobles de Madrid, en cuya corte su padre ocupó una gran posición; aliado, por su esposa, á las familias de los príncipes Pío, al duque de Fernán Núñez y á otros igualmente nobles, don Juan de Dios Correa de Saa, el general Blanco, don Alonso de Toro y muchos otros caballeros distinguidos y notables.

A lo lejos, mirándolos de soslayo, un grupo compacto y silencioso de *hijos del país*, que parecían— ¡tenerles unas ganas!

Ceremoniosas visitas se hacían á los *españoles*, los que inmediatamente las devolvían, mostrándose muy galantes y respetuosos con las señoras, amables y deferentes con los caballeros. A Pinzón se le veía en todas partes y acabó por ganarse todas las voluntades. Era hermoso, alto, grueso, joven aún, alegre, decididor, muy gracioso. Era el huésped deseado y festejado en casa del Presidente de la República, de su Ministro don M. Antonio Tocornal G., de los señores Correa y Toro; en las del general Bulnes, del coronel Sessé, de la señora E. Solar de Valdés cuyas lindas hijas hacían de su casa un hogar encantador y una de ellas era



UNA REPARACION URGENTE

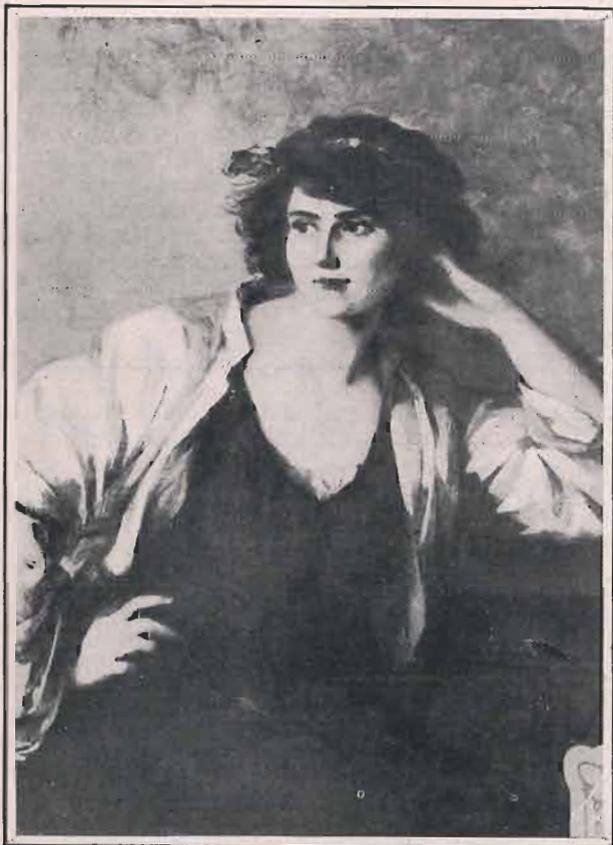
CUADRO DE A. GUILLAUME

la esposa de don Dionisio Roberts y Prendergast, secretario de la Legación de España, cuyo ministro, el señor Tavira, era un amigo decidido de nuestro país.

Entre los jóvenes marinos venía Fausto Saavedra, hijo menor del duque de Rivas, que fué el que se ganó más voluntades por su gracia, su juventud, su hermosura y picardía; C. Rodríguez y San Martín, que pronto fué almirante; Duelo, Ossa, pariente cercano de los Ossa de Chile y de un tipo muy parecido y tantos otros que dejaron hondas simpatías y que se despidieron afligidos prometiéndolo eterno y constante amor. ¡Viejas historias! Tan viejas y tan nuevas.

Los festejos al almirante Pinzón y á su comitiva fueron suntuosísimos. Se desplegó un lujo inusitado en los banquetes, los bailes, las funciones teatrales; se le murmuraron, al oído, adhesiones entusiastas á España y profundo desaliento por el presente Gobierno republicano. Viejas damas aristocráticas, cuyas madres habían sido damas de honor de la reina María Luisa, le confiaban su nostalgia por la vida de la corte. El crédulo español se imaginó que ése era el juicio de todo el país y poco á poco olvidó su primitiva reserva y lanzó confiado, frases que despertaron inquietud y desconcierto.

La estadía en Santiago se prolongaba, la desconfianza crecía... Los españoles esperaban nuevos buques que reforzarían la ya nu-



CABEZA DE MUJER CUADRO DE LE ROUX

merosa esenadra. ¿Para qué? ¿Luego irían á Lima, pues tenían una deuda que cobrar al Perú! Pero, ¿para qué ese despliegue de fuerzas?

Un buen día almirante y su comitiva se despidieron, dejaban la gente de Santiago y ellos también llevaban, sin duda, un malestar inexplicable que parecía anunciar futuros disturbios. Los jóvenes lo atribuyeron á dolencias de amor, los otros á quebrantos de salud ocasionados por los muchos festejos.

Poco tiempo después zarpó de Valparaíso la escuadra española con rumbo al Callao. ¡Iba cargada de... amor, de recuerdos, de lágrimas! Pronto se convirtió todo aquello en olvido, luego en odio que duró muchos años, el que ya, felizmente, ha desaparecido, por completo, volviendo á ser sincera la simpatía y el cariño que nos une.

Volvió Santiago á su vida tranquila y colonial: se forraron los muebles riquísimos de lampas, se cubrieron los grandes espejos de pesados y valiosos marcos dorados, las arañas, los candelabros; se puso la llave á los salones, se guardaron los servicios de plata maciza y todo quedó cual era antes. Se hablaba con más libertad de la *madre patria*, se podía ya mostrar simpatía hacia ella, sin que se llamara "godos" á las personas que así se expresaban. Y las jóvenes suspiraban con frecuencia pensando en las lindas frases de amor que habían oído.

De repente estalló como una bomba, la noticia venida del Callao, y vieja ya de más de un mes, de la reclamación Maza-medo apoyada por la esenadra fondeada en su rada y fuerte de varios otros barcos que habían llegado de España.

Terrible fué la conmoción que sacudió á todas las clases sociales de Chile. Recorrian las calles grupos de gente gritando: "¡Viva el Perú! ¡Mueran los godos!" á los que se asociaban niños, jóvenes y viejos. Se vanagloriaban los que no habían recibido en sus casas á los *traidores*, se comentaba la hospitalidad tan franca que se les brindara con mengua y vergüenza general. Familias enteras se disputaban, con las vecinas llamándose "godas", "patriotas hambrientas" y otras lindezas.

En casa de una familia con título de Castilla y que nunca se desentendió de pagar sus derechos de "Anatas", contribuyendo también con su óbolo á los gastos que la guerra de Tetuán ocasionaba á España: de visita otra señora con su hija, tan noble como ella y de mayor posición en el país, se habló, como era natural, del asunto que á todos preocupaba. La visita censuró la ciega confianza con que se había recibido á los españoles. Con fría ironía le contestó á la dueña de casa:

—¿Qué quieres tú! ¿Somos tan novedosos! Lo que á mí me extraña es que hoy, nuestras niñas más finas y delicadas se expresen como mujeres de calles atravesadas...

—¿No las he oído yo!—replicó la señora patriota.

—Querrás decir mejor, Mercedes, que se te ha acostumbrado al oído,—dijole sonriendo con rabiosa malicia la otra.

Amistad esta, casi secular, pues que venía desde los abuelos se rompió allí para siempre.

La escuadra española había tomado posición de las Islas Chinchas como indemnización de una fuerte suma que los peruanos,

desde largos años, le debían sin lograr obtener más que notas muy correctas y llenos de promesas engañosas. Al enviar la notificación de ese acto al gobierno peruano, usaron con poco tino, los españoles, la palabra *reivindicación*. Fué ésta como una chispa eléctrica que encendió el patriotismo en todas las Repúblicas del Pacífico.

Chile, como siempre, se lanzó á la lid, lanza en ristre, con espíritu quijotesco y mal aconsejado.

Cayó el Ministerio Tocornal desaheritado, porque con juicio y prudencia preveía los fatales acontecimientos que iban á sobrevenir. No faltó quien los llamara: "Godos cobardes".

Pobladas les gritaban insultos, apedreaban sus casas!

En medio del más loco entusiasmo subió el Ministerio Covarrubias, que embriagado por la lisonja y el auge popular firmó la declaración de guerra, y lanzó, en medio de atronadora algazara, la famosa nota cuya redacción todos los literatos se disputaban y que hoy, ni uno sólo, si vinieran, querría conocer. Principiaba así: "Poniendo á Dios por juez y al mundo civilizado por testigo de nuestra contienda..." Ni el juez ni el testigo parecieron darse cuenta de la contienda!

Así Chile, el país próspero, sensato, progresista, se lanzó solo: sin armas, sin ejército, sin marina, sin dinero, sin alimentos, sin preparación alguna á tan descabellada guerra... ¡sólo por defender al Perú que tan bien le pagó... Ah! si Cervantes hubiera vivido, cómo habría reconocido en él á su héroe inmortal!

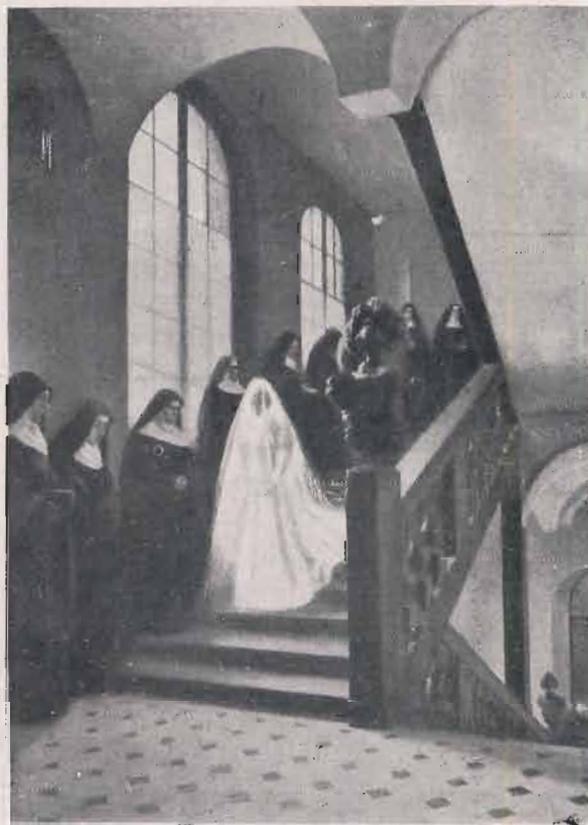
El pueblo recorria las calles ébrio de alegría; se reunía al rededor de las estatuas de sus héroes. Guillermo Matta peroraba al pie de la de Freire. Luis Rodríguez Velasco lo entusiasmó hasta el delirio improvisando al pie de la de San Martín, en versos sonoros y patrióticos, su inmortal "Soy yo, mi general. Viejo soldado—Dispuesto á dar mi postrimer aliento—Cuando finé de mi sueño despertado—Al bronco son del clarín guerrero, etc. (más ó menos). En su loco desvarío creían todos que podrían resistir, con sólo el ímpetu de su valor heroico, el ataque de una nación europea.

Se desprendieron las señoras de sus joyas, de sus servicios, de la plata labrada, que era muy abundante en toda casa rica, para que se acuñaran monedas que pagaran los gastos de la guerra!... heroica é infructuosa generosidad!

Se formaron comités en todos los barrios de la ciudad, presididos por personajes, para recolectar fondos y allí entregaban los ricos objetos valiosos, los pobres su óbolo conmovedor y generoso.

Y al mando del almirante Paraja, que había reemplazado á Pinzón, se presentó la Escuadra española en la rada de Valparaíso á intimar el bloqueo de las costas, si no se daba pronto reparación al insulto que las turbas habían hecho á la bandera española izada á la puerta de la casa del Ministro Tavira.

Viendo ya la cosa seria, se volvieron los ojos y las esperanzas del país hacia el Gobierno. Sin duda que la defensa estaría preparada! "Sotto voce" se hizo corre, para calmar inquietudes,



TOMA DE VELO

CUADRO DE EL RIQUEARDO

que varios agentes recorrían los países europeos comprando armas, cañones que se internarían por la Argentina. Viena Mackenna estaba en Estados Unidos tratando de interesar á ese país en nuestro favor; lo recorría de norte á sur gritando en los meetings y gastando su enorme energía sin colaboración ni estímulo. Logró comprar en medio de dificultades sin número y, lo que es más, sin dinero, algunos buques que de nada sirvieron pues llegaron tarde y habrían sido insuficientes.

Para contestar la nota de Pareja el Gobierno llamó á los generales, almirantes y altos servidores públicos...

"Debemos saber, ante todo, cuáles son los recursos de defensa con que cuenta el país", dijeron éstos.

"Pues, señores", contestó con calma el Presidente, "no hay en realidad nada preparado, pero los combatiremos con la mejor de las armas—digo, con la inercia!"

Bajaron contristados sus blancas cabezas los viejos caudillos de no lejana y heroica epopeya... no conocían esa arma... no era por cierto con la que ellos habían combatido en los sangrientos combates de "La Guerra á Muerte".

Mutios y cabizbajos se alejaron.

Esa noche la tertulia de *viejos*, en casa del general Bulnes, fué más numerosa que nunca!

Don Ramón Rozas Mendiburn y don José Antonio Alemparte se pasaban nerviosos y agitados, tosían estrepitosamente y, contra su costumbre, no hablaban nada.

El general Las Heras, encorvado, parecía la imagen de la tristeza; dos lágrimas surearon su rostro severo. Tenaz tos sacudía los pechos de los concurrentes, que con ella parecían querer ocultar los sollozos que los enmudecían.

Alzóse de su asiento el general Bulnes y tomando entre las suyas las manos de Las Heras:

—Mi general,—le dijo,—hemos vivido demasiado...

Silencio, tos, repenino romadizo... y nada más. Todos estaban anonadados.

Pareja desde Valparaíso trataba de arreglar las rotas relaciones. Quería conferenciar con Blanco, con Bulnes ó con don Joaquín Tocornal; casi rogaba... ¡Todo era inútil!... Un día voló por los aires la noticia de que "La Esmeralda", montada por Williams Rebolledo, había capturado al buque aviso de los españoles "La Virgen de Covadonga", apoderándose del barco con toda su tripulación.

Dos días después llegaban los prisioneros á Santiago, alojándolos en el cuartel de Granaderos, frente á la Moneda.

Este triunfo fué una nota de júbilo y de confianza que ensanchó los corazones y que trajo la seguridad del triunfo definitivo. Al mismo tiempo se supo que Pareja, desesperado, se había suicidado en la rada de Valparaíso abordo del barco "La Resolución" que montaba.

"¡Viva Chile!" se oía por todas partes, sin que nadie pareciera ya dudar de la gloria que iba á cubrir á nuestra bandera. "¡Viva Chile!" repetían las provincias entusiasmadas.

El almirante Topete reemplazó al infortunado Pareja. El bloqueo de las costas se hizo más severo, y en todo se conocía que otro hombre más enérgico y menos benévolo era el que mandaba. Los buques que mantenían el bloqueo era "La Triunfo", "La Resolución", "La Blanca", "La Berenguela", dos ó tres avisos y otros barcos cuyos nombres no recuerdo.

Fué largo el bloqueo; todos los negocios se resintieron, faltaban víveres en las provincias del norte, el malestar aumentaba en todas partes; se interpelaba al Gobierno en el Parlamento, el que

calmaba, por de pronto, la irritación, asegurando que una poderosa escuadra chilena cruzaba ya el Atlántico, que en Montevideo se cambiaría la tripulación extranjera que los traía, por los valientes muchachos chilenos que ahí los esperaban y que, pronto sabrían los españoles "quienes eran aquellos que así, tan imprudentemente, desafiaban".

¡Ah! ¡Por qué no fué verdad tanta mentira!

En Febrero de 1866 los españoles capturaron el transporte "Maipú" que, con bandera inglesa, quiso romper el bloqueo, saliendo de Lota al mando de don Luis Lynch.

Poco tiempo después, se presentaron en la bahía de Valparaíso otros barcos españoles con la poderosa fragata "Numancia" á la cabeza, y notificaron el bombardeo de la plaza.

¡Qué angustia! ¡Qué inútil irritación! ¡Qué desesperación! ¡Si me parece que fué ayer!

Era la Semana Santa de aquel año, las calles se veían repletas de gentes que se agrupaban, gesticulaban y se dispersaban. Los españoles que quedaban en la ciudad se refugiaban en los conventos, en las cárceles, en las casas particulares.

Toda la gente que pudo se alejó de Valparaíso y se echó como un torrente sobre Santiago. Quedaron ahí sólo los bomberos, los soldados de la guarnición y los enfermos. De aquí se fueron todos los bomberos, los cívicos, los jóvenes de Santiago que eran sus oficiales y que todos, sin excepción, fueron abnegados y valientes.

¡Qué noche aquella que precedió á la del bombardeo! Era una noche de luna clarísima, un silencio sepulcral reinaba en todas partes, lúgubres y silenciosas pasaban las mujeres cubiertas con sus mantos, las iglesias abrían sus puertas y se rezaban oraciones en alta voz, interrumpidas por suspiros y llantos. La muchedumbre silenciosa recorría las calles, sitiando las casas donde sabían que se había refugiado algún español, entraban á la fuerza, cuando no se les abrían, derribando las puertas y buscaban al infeliz que más muerto que vivo solían encontrar agazapado en un rincón cubierto por la ropa que alguna persona caritativa había amontonado sobre él. Todo esto se hacía automáticamente, si puedo decirlo, en silencio, á obscuras, pues por haber luz no se habían encendido los faroles de gas; sólo un rugido ronco, como de bestia feroz cuando encuentra una presa en que saciar su hambre, se oía cuando la multitud atacaba una casa.

¡Cuál fué el prodigio que evitó que los desgraciados españoles fueran lynchados por esa turba exasperada?

En los anales de la policía debe existir la causa de ella, pues ni uno solo recibió un rasguño. ¿Se temieron las represalias sobre los prisioneros que guardaban los buques españoles?

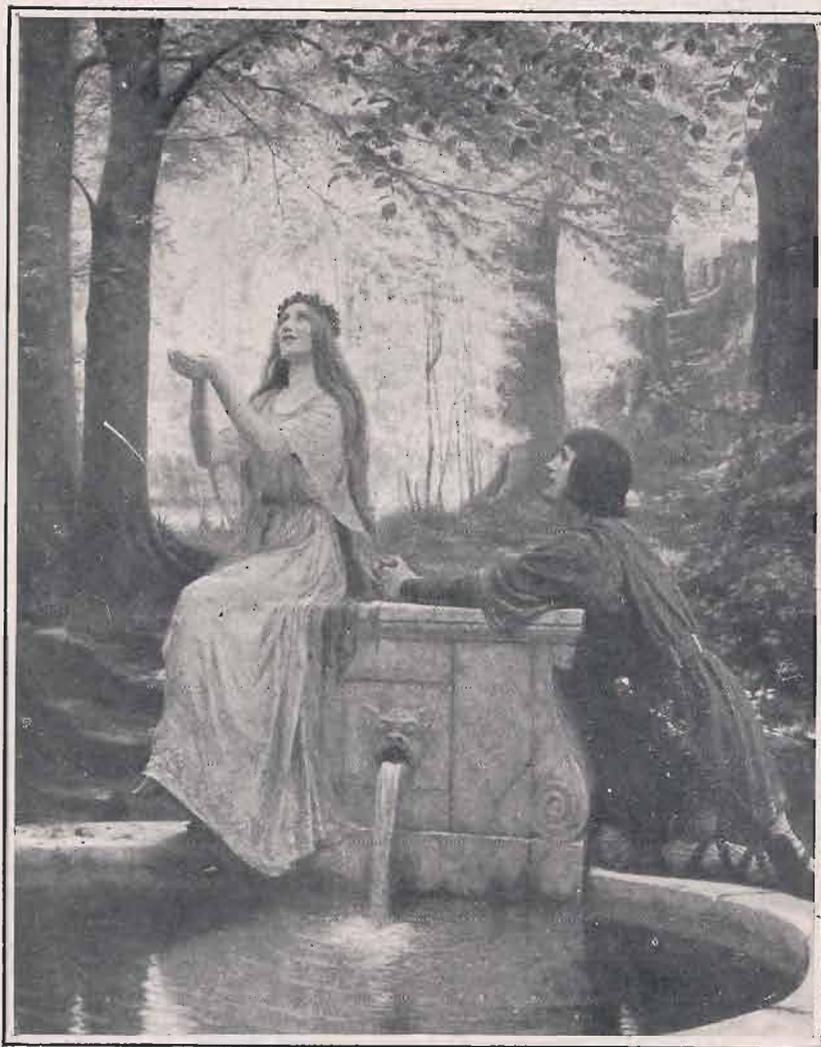
¡Sólo Dios lo sabe!

A las 9 de la mañana anunció el telégrafo que principiaba el bombardeo.

Y se seguían con frecuencia las fúndicas noticias que circulaban con velocidad, por la ciudad.

Se incendiaban los almacenes fiscales; los bomberos nada podían hacer, se coneretaban á salvar las casas, á proteger á los enfermos.

¡Una bomba había caído en el hospital! ¡Qué horror! ¡Y estaba con bandera de señal! Todos los vidrios se rompían con estrépito. ¡Faltaban el agua, los alimentos! Caían las mujeres desmayadas en las calles. Se decía que Lynch y sus compañeros habían sido fusilados. Que el enemigo echaba botes al agua para desembarcar



PELEAS Y MELISANDRO

CUADRO DE E. BLAIR LEIGHTON

tropas. ¡Que no se *corria!*... y todo se comunicaba á Santiago aumentando la zozobra. Los évicos y la tropa ocupaba los muelles y esplanada dispuestos á defenderse hasta morir todos, ¿qué más podían hacer?

Era tal la agitación de Santiago que llegó á temerse por la vida de los prisioneros españoles. Hubo que reforzar las guardias y aumentar la tropa. ¿Cómo estarían ellos viendo al través de las celosías y oyendo los gritos de esa turba desesperada?

A la tarde apagaron sus fuegos los barcos enemigos.

Habían quemado los almacenes fiscales, humillado á los chilenos que, sin haber para qué, los habían provocado.

El mal material que hicieron fué ínfimo en comparación del que pudieron hacer.

El mal moral, inmenso, pero de ese, ellos no tuvieron la culpa...

Hoy nuestras relaciones con España han vuelto á ser mejores que antes. ¡Que Dios las mantenga siempre así!

Que no vuelva á enseñorearse en nuestras costas bandera alguna enemiga y que... si llegara á suceder sepamos defenderlas!...

Que este triste pasado nos enseñe la prudencia cautelosa y sobre todo, á no romper lanzar en favor de la ingrata del Pacífico. ¡Que adquiramos para nuestras relaciones con ella la astucia de la serpiente!

ENAVAN

RACHILDE



ARA juzgar la obra literaria de Rachilde necesitáramos escribir todo un libro; pocas literatas como ella han producido mayor número de obras ni han logrado mayor popularidad. Zola, el prodigioso naturalista, apartándose de este género, nos dió á conocer en "El ensueño" un idilio de misticismo, que, por su moralidad, podía circular en los hogares más austeros. Rachilde, como el ilustre novelista, también ha querido mostrar, alejándose de la índole de su literatura, que es capaz de producir un libro de pureza lírica.

Según su biógrafo, el poeta Ernest Gauber, este libro está escrito con una filosofía alucinada, con un encanto discreto, con preciosa sencillez. Apareció el año 1884, bajo el título de "Les Histoires bêtes pour amuser les enfants d'esprit". Contiene una serie de cuentos encantadores.

El pseudónimo de Rachilde ha llegado á ser tan conocido, que muchos ignoran el verdadero nombre de esta célebre escritora, Marguerite Eymery, hoy esposa de M. Alfred Vallete, el reputado director de "El Mercurio de Francia".

Marguerite Eymery se dedicó á las letras desde muy joven y Víctor Hugo, en medio de los aplausos que le prodigaba, le dijo: "¡Valor, señorita!"

A los diecisiete años ya escribía en los periódicos de Périgor sobre la pintura de Gustave Moreau, "peintre du Schínf". Un

año después apareció su primer libro: "Monsieur de la nouveauté", y desde esa época, Rachilde conquistó, por su talento y el valor literario de sus escritos, la admiración de los más notables escritores. Al mismo tiempo una oposición marcada se levantó contra el género de sus novelas, pues ellas revelaban desde esa época lo que generalmente toda señorita, á esa edad, ignora.

Famé, Verlaine, Alfonso Karr, Arsène Houssaye, Jean Lorrain, Jean Moreás, Laurent Tailhacé, Leo Tregénik y otros, eran, al mismo tiempo que amigos respetuosos, sus admiradores.

Rachilde ha escrito gran número de novelas y algunas piezas de teatro de igual importancia.

Rubén Darío hace algunos años que dió á conocer en España á la Rachilde de ayer, á la de los libros, que difiere de la de hoy, aunque no literariamente. A la niña despreocupada de antes ha sucedido, con el transcurso del tiempo, la madre amante y la esposa incomparable, en antagonismo con la autora de "Monsieur Venus", "La virginité de Diane", "La marquise de Sada", "La princese de Ténébres", "La tour d'amour", "La jongleuse", "La imitation de la mort", "Le meneur de Louves", "Madame la Mort" y otras muchas obras, que si enriquecen las letras de Francia, en cambio no tienen aceptación en las bibliotecas de las familias.

Cuando anunciamos á Rachilde que pensamos dedicarle una crónica: "¡Cuidado!—exclama.—Mis libros deben estar bajo llave", y sus ojos y sus labios ríen alegremente.

EVANGELINA



PARTIDA DE VOLUNTARIOS EN 1791

CUADRO DE E. BOUTINGNY

Don Eusebio Lillo

Era un verdadero poeta, en la antigua acepción de la palabra, es decir, uno de aquellos hombres que reflejan y encierran, en sí, las vibraciones todas del alma popular, las delicadezas de una raza, las modalidades íntimas de un pueblo, el sentimiento oculto y no expresado por otros antes que él lo expresara. La poesía, corresponde á una tendencia íntima, á una exigencia del espíritu humano, que se impone con toda la fuerza de las más imperiosas necesidades, y que ejerce un poder incontrastable en las diversas escalas de la sociedad y de la vida. Según expresaba cierto célebre escritor inglés, dentro de un porvenir que acaso no se encuentre muy remoto, la religión de una parte de la humanidad habrá de expresarse por medio de la poesía, y serán entonces los poetas una especie de sacerdotes, de santos sacerdotes de ideal.

Lillo se reveló poeta casi en los albores de su vida, cuando era casi un niño, al declamar una hermosa poesía en la tumba de don José Miguel Infante, padre de la patria vieja y uno de los apóstoles más fervorosos de la doctrina federalista. Su vida, sin embargo, no debía ser la vida de un político, sino la de un soñador y la de un poeta, pues tan sólo ocasionalmente debía hallarse envuelto en las guerras de partido.

En 1842 lo vemos trabajando con entusiasmo en la primera sociedad literaria establecida en Chile. Años más tarde, en 1846, lo encontramos convertido en periodista, y en corresponsal de dos diarios de Valparaíso, en uno de los cuales sostenía vigorosa polémica con la "Revista Católica" sosteniendo las ideas liberales. Era, en aquel tiempo, simple oficial de número de un Ministerio. En 1849 publicaba su leyenda poética titulada "Loco de Amor". En 1850, vemos al joven poeta convertido en político, abandonando las musas para convertirse en agitado propagandista de ideas democráticas y revolucionarias. Era esa la época en que la juventud se entregaba, con entusiasmo, á las nuevas ideas de reforma y de libertad que se imponían en la política europea desde la revolución del año 1848. Se soñaba en todas partes con el establecimiento del gobierno representativo, en su más amplia extensión, y también con el advenimiento de las masas populares al gobierno, tal y como se había propagado desde la época de los talleres nacionales en Francia. La juventud generosa de aquella época, en la cual figuraban brillantes jóvenes, como Vicuña Mackenna, Manuel Recabarren, Isidoro Errázuriz, Manuel y Guillermo Matta, Francisco

Bilbao, los Gallo, y tantos otros, entre los cuales don Eusebio Lillo, se alistaba bajo de las banderas del movimiento nuevo.

La sociedad de la Igualdad, con su propaganda entre los obreros, fué el arma elegida para empeñar la batalla en servicio de la causa liberal, que tenía como iniciador en el Congreso á don José Vicorino Lastarria. Lillo figuraba entre los principales redactores de "La Barra" y del "Amigo del Pueblo", principales órganos de las nuevas ideas igualitarias. Acaso con el propósito de aludir á las actualidades políticas, Lillo hizo representar, por aquel entonces, su drama "El Capitán San Bruno". El joven poeta era, además, redactor de "La Barra", uno de los órganos del movimiento. Vencido éste, Lillo fué condenado al destierro en la regiones del sur.

"En el verano de 1850, solía decir el poeta, me desterraron á la provincia de Chiloé; aquello más que un destierro fué un alegre veraneo en uno de los parajes más agradables de Chile, y en donde me trataron admirablemente. Hasta pude hacer economías, pues pagaba de alquiler la no muy subida suma de cinco pesos mensuales, como canon de arrendamiento por la casa que habitaba. Y después resultó que me habían robado, pues solo valía doce reales".

Don Eusebio Lillo se había batido, fusil en mano, en el asalto al cuartel de artillería, en la jornada del 20 de Abril de 1851, y como su puñetería no era muy buena, un soldado, junto á él, le pidió el arma para evitar el gasto de municiones. El soldado se colocó en la esquina de la calle de Claras con Alameda; momentos después, el pobre roto, caía muerto

por una bala. Desterrado á Lima, Lillo conoció las amarguras crueles de la pobreza y de la nostalgia, y acaso en ellas encontró esa musa inspiradora de sus mejores cantos, del fragmento del "Canto del Proscrito". No es este el momento de trazar la vida del autor de la Canción Nacional, ni sus diversas facetas de hombre de negocios, de minero, de político, de hombre de acción y de pensamiento, pues, no contento con tener millones de ideas, los tuvo también de manera sólida, en vil metal aún cuando esto no sea muy frecuente en los que se dedican al arte. Cualquiera, con un poco de esfuerzo y de ventura, hace dinero, mas son muy contados los que llegan á las supremas y hermosas cimas de lo bello.

Ha muerto nuestro gran poeta, rodeado de la apoteosis de sus amigos y de sus admiradores, en el homenaje rendido en él á la poesía chilena.

FERNAN RUIZ





(194)

PRIMER ENSAYO DEL HIMNO NACIONAL ARGENTINO EN 1812

Cuadro de Pedro Subercaseaux premiado en el concurso de cuadros históricos de Buenos Aires

ROSINA STORCHIO



ES dón reservado á las grandes artistas líricas impresionar en la escena haciendo revivir los personajes; el auditorio siente las mismas emociones que mueven los resortes del corazón de la intérprete: ríe, llora, ama é implora y de sensación en sensación, la cantatriz sube hasta hasta la cúspide de la admiración y es entonces cuando se la disciernen los pasaportes de celebridad.

Esta y muchas reflexiones análogas me hacía en mi reciente viaje á Buenos Aires oyendo á la Storchio en el Teatro Colón, cantando "La Traviata" de Verdi.

Es una artista joven, graciosa, de rostro simpático y de gran viveza escénica, con dos ojos expresivos por demás que acusan un temperamento artístico fuera de lo vulgar.

Sus medios vocales tienen la suavidad del terciopelo: rozan el oído del público como tenue caricia, produciendo encantos inenarrables... En los "recitativos" es enérgica, según el momento ó la situación; les dá la "énfasis" dramática que la letra expresa, sin exageraciones

ni decaimientos. En los "cantables" su fraseo tiene la pureza del agua de una fuente cristalina y la "melodía" se destaca á la perfección, con inflexiones y matices de gran colorido, que cierran el marco de oro de sus méritos de artista. En las cadencias pone á prueba la finura de su escuela de canto, por lo que los críticos más severos de Milán, Roma, Madrid, Barcelona, Buenos Aires y Montevideo, la clasifican como digna émula de las "virtuosas" que responden á los nombres de la Patti y de la Melba. Gino Monaldi, en su "Nueva Antología", al tratar de los cantantes célebres del siglo XIX y en las auroras del XX, considera á Rosina Storchio como la mejor de las "aves canoras" que pueblan el arte lírico.

Tal es la actriz cantante que el público de Santiago, el verdadero, el culto, el que sabe dar al César y á Dios lo que les corresponde, podrá estimar en Septiembre próximo, como que es "diva" auténtica de bella voz y de talento, en el apogeo de la juventud, con méritos que no admiten discusiones.

KEAN

DESDE MI TIERRA

Deslizándose por la ancha playa arenosa y bordeando los ranchos, va lentamente el Bío-Bío á perderse en el mar, que se ve desde el pueblo, reflejando en su superficie, agujereada por millones de pequeños remolinos, las laderas pintorescas de aquellas tierras heroicas y de grandes proezas.

En la falda de los cerros cercanos, que van á morir con brusca

sada ahora por el lamer constante y lento de la corriente, parece descansar tranquila y satisfecha de las continuas travesías. Meceida en suaves ondulaciones y como acariciada constantemente por las hojas y pétalos caídos que van orillando la tierra amarillenta, muévase con mujerial coquetería cuando la mano fuerte del patrón la requiere para el trabajo. Ella conoce los amores de Floridor;



Aquella figura de formas musculares y tostadas se alejaba sobre la balsa...

ondulación en la ribera, se esconden los pequeños palacios, separados por una calle ancha y polvorienta de la línea de casitas pobres que corre paralela á la vía, la que se pierde á lo lejos en multitud de curvas caprichosas. El pobre caserío, como adormido sobre un último refugio, engalana sus muros de tablas con enredaderas de madreselvas, y sobre el corto terreno que se detiene bruscamente en el brillante acero de los rieles, crecen raquílicas la humilde flor de la cala y la pintoresca yedra. Los trenes pasan dejando atrás largas y negras espirales de humo que van á envolver á los chicos de pechos desnudos y cabellos desgreñados que, en loca algazara, corren en pos de lo que es á los pocos momentos un enorme y lejano remolino de polvo. Vuelven cansados á tenderse en la arena que, tocada levemente por el aire de la costa, vibra con susurro de desierto en la soledad de aquella playa enorme, majestuosamente envuelta en leves espejismos. Del confuso apiñamiento de dismanteladas habitaciones emerge la pequeña iglesia que, desde lejos, se destaca como un manchón oscuro sobre el fondo verde de las colinas ribeñas. Sin campanario, cubierta por una capa de pátina que le da tornos de reliquia antigua y de añosos recuerdos, sencilla y majestuosamente asentada sobre la alta base de piedra, parece dominar con humilde grandeza el vasto estuario que á lo lejos se pierde en cinta de plata cortada de parte á parte por el gran puente de celebridad americana.

Más cerca del río y en la punta de tierra que más se interna en la superficie con tonos acerados del agua estaba la casa de Floridor, el pasador de leña de una á otra ribera. Construida por él mismo con los restos de maderas que le dieron los parroquianos, parece haberse detenido momentáneamente en aquella punta alta que se interna suavemente para ser besada por las aguas que allí semejan estar adormecidas. Como nota de luz en aquella áspera cima crecen unas cuantas flores silvestres las que, como echadas á rodar por la cuesta que guía hacia el río, van á coronar de colores la gran balsa acarreadora. Amarrada á un añoso tronco, último vestigio de la frondosa vegetación de otros tiempos, arra-

ella conoce á la muchacha morena de ojos de fuego, y en los crepúsculos, después de las horas de la ruda labor, ella los ha llevado hasta la ribera opuesta detrás de cuyas montañas parecía caer desfallecido el sol ante la belleza de aquellos ojos que llamaban á la noche.

Para ella no había secretos; para ella eran conocidas todas sus conversaciones, y estremeciéndose de continuo ante el ardor de la sangre moza que, al calor de sus almas apasionadas, hacía vibrar sus cuerpos entumecidos por el atardecer con vibraciones de pasión y de fuego.

Cada vez que Floridor partía con su cargamento, en la empinada cima donde estaba la modesta casita, se divisaba una falta corta que, mecida, por el aire, semejaba despedir con adiños tristes al que se alejaba singlando con bríos para ganar una sonrisa y un poco de pan. Aquella figura de formas musculosas y tostadas, con el color de bronce y la fuerza del acero, se alejaba sobre la balsa que debía traerla por la tarde cargada con el peso de sus pensamientos. Porque Floridor pensaba; pensaba con ruda inteligencia y sus ideas eran dentro de sus cerebro como fogatas enormes cuya luz lo deslumbraba. Tenía ideas trágicas, llenas de hiel, desesperadas como amor sin esperanza, su alma buena, tersa como la superficie del gran río, la encontraba él mismo negra y llena de sinuosidades, como cadena de montes impenetrables internados en la sombra. El amor, que todo lo transforma y lo cambia, llegó á convertir su vida antes tranquila en una zozobra amarga que lo devoraba en silencio. Pero nunca ante los ojos de la lugareña dejó de sonreír y parecía avergonzarse ante ella en su interior de aquel dolor oculto que, como herida abierta bajo la carne é invisible para los ojos extraños, él se empeñaba en ocultar á la muchacha con sonrisas que mentían tanto cuanto su falsa felicidad. Desde el día en que empezó á construir su casita sobre aquella eminencia que se internaba en las aguas; desde que la vio acercarse para interrumpir su trabajo con una sonrisa donde leyó él toda una historia de vehemencias ocultas y de amores irrealizados, sintió transformarse su calma interior en

una constante agitación que era preludio de tormenta, como en el mar empieza la tempestad por encespar las olas. Por ella supo que iba á ser su vecina, que vivía á la orilla de la línea con su madre ya anciana, que tenían un despachito con cuyo producto vivían desahogadamente porque los parroquianos abundaban y eran asiduos visitantes de "La Cantina del Ferrocarril", todos los camineros, trabajadores de las fábricas y barracas cercanas á la vía.

—Mi vecino,—le había dicho,—ya sabe, pues; aquí á la media cuadra tiene una servidora, Floridor...

Y los ojos de mirar profundo, negros como el carboncillo de las locomotoras con que sus manos se teñían de continuo, fueron á despertar en el pasador de leña emociones desconocidas para el muchacho que empezaba, á lo que con tanta razón llaman, á luchar por la vida. La vió alejarse y al andar parecían sus caderas de curvas pronunciadas con tintes de tentación, mecerse en ondulaciones que incitaban á acariarlas. La falda roja, de lanilla delgada, apenas podía resistir aquel desborde de juventud exuberante, y apretada á la carne dura, pero con flexibilidades de serpiente, semejava á la distancia la piel delgadísima donde se transparentaba la sangre.

Desde entonces frecuentó la compañía de la lugareña y de su madre en "La Cantina del Ferrocarril". Por la noche, á la luz de la lámpara de parafina, en el despacho lleno de humo y de rumores de voces gruesas y duras, fué aprendiendo, entre copa y copa, la dura lección de la vida de la taberna. Los ojos de Juana, como ascuas encendidas, brillaban en un rincón con resplandores raros, profundos y magnetizadores, y ya tarde, cuando Floridor se dirigía á su casita de solitario que, como un fantasma, se destacaba sobre el florido picacho en un fondo de cielo estrellado, le parecía ver á cada paso, en cada resplandor nocturno, aquellas sombras que iluminaban más que la luz y que él llamaba "los ojos de mi Nana". Entonces, desde la línea por donde caminaba con paso tardo, dirigía la vista adusta y sañuda á los pequeños palacios en cuyas ventanas brillaba la luz y á través de cuyos vidrios empañados se adivinaba el calor que conforta la carne. Y sus pies parecían arañar la tierra y oprimirla con fiereza á través de la ojota delgada que silenciaba sus pasos.

—¿Qué tienes, Floridor?

—Nada, Juana; ¿no ves que estoy contento?

—Nó; yo hacía rato que te estaba mirando desde allá arriba mientras arreglabas la balsa, y te veía muy triste, y suspirabas también.

—Nó, si no tengo nada.

Y sus ojos fueron á clavarse con brillo inusitado en el gran puente que cortaba el horizonte y donde una pequeñísima línea movable avanzaba el tren que á la distancia parecía un juguete. Al impulso de sus brazos nervudos la balsa se alejó de la cuesta florida y tomó la corriente. El sol tocaba casi los boldos y coligües que coronaban la colina opuesta y la tarde con su adormecimiento de crepúsculo de verano empapó las almas de los enamorados, en la melancolía que precede á la muerte de la luz. Entonces él empezó á hablar rudamente, á ocultar aquel escondido dolor del alma que la mujer amada adivina siempre.

—Si no es nada; sería un tonto si estuviera triste estando contigo. Suspiraba porque hoy me cansó el trabajo: ¡había tantísima leña! ¡unos palos enormes! Y ya sabes, yo solo, y tenía que estar aquí á esta hora... A ver: ¿qué habrías dicho si no hubiera venido?

La miró tiernamente con sus ojos pardos, de mirar sencillo y bueno, pero en cuyo fondo parecían brillar destellos de inquietud.

—¿Qué habrías dicho?

—Que trabajabas demasiado. Entonces te habría esperado, te habría arreglado tu pieza. Pero, mira: entra mucho viento por las rendijas; tiens el cuarto vacío, ni ropa casi... ¿Qué haces la plata que ganas?... Podías arreglar tu cuartito. Yo me encargo de dejártelo como un chiche.

¿Qué hacía él la plata! ¡Oh! aquel un golpe dado en plena alma; aquello era el bien hecho desconocidamente, era el sacrificio anónimo bajo los andrajos y la carne friolenta. ¿Qué hacía él la plata! Y en la noche ella no lo había visto arrojar el fruto de su esfuerzo sobre la mesa grasienta par pagar las copas de él, de todos. Y ella no lo había visto tirar *chaucha* tras *chaucha* contra los vasos gruesos que sonaban como una risa... Si todo era "pa ella": ¡qué le importaba á él no tener ropa para cubrirse, ni un trozo de madera seca que tapara las rendijas para encadenar el aire tibio en la casuchita que parecía querer emprender el vuelo desde la eminencia florida!

—Soy muy pobre, Juana, es cierto.

—¿Entonces no te pagan por tu trabajo?

—Sí, un poco... cuando algo, y lo demás, lo demás para comer...

Ella pareció arrepentirse de algo que iba á decir. Bajó la vista y se quedó en actitud pensativa mientras una de sus manos caía lánguidamente para hundirse en el agua turbia.

—...¿Qué?

—Nada, ya nó, si no es nada.

—Díme ¿quieres? díme.

—Es que la Peta va á estrenar un vestido para la Pascua; se lo regaló Pancho. ¡Vieras si está orgullosa! Ese negro tontón que va todas las noches me ofreció uno también y yo le dije que nó, que tú me ibas á regalar uno y que se dejara para siempre de sus leseras... ¡Pero, tú no vas á tener cómo!

—Si tengo, Juana, si tengo. Verás... Hiciste bien en decirle eso. Para tí tengo de todo, de todo...

La miró como no la había mirado nunca. Aquel mirar era un arma y ella sonrió, que es la manera que tienen las mujeres de desarmar á los hombres. Pero, aquella mirada continuó imperturbable clavada allí sobre lo que él llamaba amorosamente "los ojos de mi Nana", queriendo leer con su ruda perspicacia de hombre ignorante ese hondo misterio que se oculta tras los ojos de la mujer y que nadie ha podido descifrar. Y por aquellas transformaciones rápidas de los momentos de bruscas exaltaciones del espíritu se tornó repentinamente cariñoso y llenó á la lugareña de halagos de niño.

—Tendrás tu vestido, mi Juanita. ¿De qué color te gusta: laere, azul, rosado?... Rosado ¿no es cierto? Te vas á ver tan dije. La Peta se va á condenar de rabia... Me quieres mucho ¿no es cierto?

Pasó el brazo alrededor del cuello moreno de la moza y hundió la cabeza ardiente en los cabellos negros. La balsa se mecía quietamente sobre el agua que reflejaba las primeras estrellas.

—No se te dé nada. Esta otra semana te lo traigo. Si me parece verte... Para año nuevo salimos juntos, ¿no?

—Bueno, Floridor. ¡Qué bueno eres! ¡Te quiero bien harto! Pero, ya es tarde; volvamos...

—Nó, si no es tarde. No importa, un ratito más. Tu madre no te dice nada: ¡y aunque te dijera!

Y como el golpe repentino del ánimo transforma el espíritu y lo mece en una especie de ebriedad moral, la muchacha se asustó al ver á Floridor cambiado de pronto en un ebrio que no había bebido.

—Vamos, Floridor, ¿quieres?

—Todavía no, mi hijita. Oye, el vestido lo quieres rosado, ¿no es cierto?... ¡Ah! sí, rosado, sí y... ¿de dónde lo saco? ¿De...? ¡Ah! sí, ya sé. ¿Me quieres harto?

—Sí, Floridor.

—El vestido para la Pascua... Esta otra semana ya. ¡No importa! Pero, si él te lo trae no se lo recibas ¿no?

—¡Por Dios! claro.

—¡Ah! ¡Conmigo se las viera!

De una última brazada dada con una fuerza enorme por la tensión de los acerados nervios, la balsa se estrelló contra la subida. Entonces pareció volver á sus ojos la calma perdida y juntos subieron hasta el cuartito del pasador de leña donde se despidieron con un beso.

El verano principiaba ya á teñir las riberas del color de la esperanza. El río iba á perderse en una lejanía azul, sin brumas y sin fondo, como un claro y luminoso abismo donde morían sus aguas. Los cerros riberaños cortaban el cielo con sus tonos verdes en líneas marcadas sobre el azul con reflejos del cercano mar. Todo revivía al soplo de los primeros colores y el blancor de los pequeños palacios nacía del fondo de la espesa ramazón de pinos, álamos y zarzas como una pincelada brillante en aquel cuadro de la hermosa tierra.

El alma de Floridor era un punto negro en aquel resurgimiento de todas las energías naturales y humanas. Ya no podía alegrarse al cruzar la dulce corriente del Bío-Bío porque la promesa hecha á la lugareña ocupaba toda su alma. Había ido hasta el pueblo, había recorrido las tiendas, y el comercio bullicioso y el movimiento de la ciudad habían llevado un sacudimiento de cataclismo hasta sus nervios excitados. ¡Había ido tan pocas veces á Concepción! ¡Había dejado tan rara vez la orilla de las aguas amantes y tranquilas!...

Preguntó por un vestido de pereal y le dijeron un precio que lo asustó. ¡Todo estaba muy caro; el cambio muy bajo!... Y él no entendía nada de esto y sólo estaba cierto de que no le alcanzaba el dinero para comprar el vestido rosado prometido á su Juana. Huyó de aquel ruido que lo atardía y al llegar á la casuchita, que desde la altura dominaba el estuario, se tendió sobre el suelo que verdeaba ya con los primeros pastos. ¿De dónde sacaría él el prometido obsequio? ¿Cómo cumpliría su promesa?... Entonces, en su frente se hizo la primera arruga honda, como la primera cuchillada del destino que lo impulsaba á la maldad. ¡Si él penetrara por la noche en una de aquellas casas hermosas y obtuviera dinero, mucho ó poco dinero para comprar la dicha!... Ella no lo sabría; ella sería feliz y tendría para la Pascua el ambicionado vestido. Sería una vez, una sola vez, y después... después seguiría siendo bueno como lo había sido hasta entonces. Y la duda de todas las almas tocó también la suya y pensó si ella no sería merecedora de semejante sacrificio. Le había parecido ver una nueva manera de ser entre ella y el tontón aquel que le había ofrecido el vestido. Nó; no lo haría; esperaría y se vencería de su cariño en caso que ella se conformara. ¡Le había dicho que lo quería tanto!... En aquella lucha, á la que no estaba

acostumbrado porque nunca le asaltó la idea de tomar lo ajeno, se sentía desfallecer y al mirar la corriente apacible y acariciadora que ocultaba en su aparente mansedumbre su traidora profundidad, el sentimiento de hundirse en aquellas aguas invadió su cerebro como la última esperanza. Por eso se levantó repentinamente, y, como queriendo arrancar de su cabeza aquella idea de morir á que tan á menudo recurrimos en la vida, se pasó las manos por los ojos húmedos y se extasió mirando el tardío crepúsculo que teñía el cielo y las aguas lejanas con color de sangre. ¡Ah! si él no hubiese arrojado su dinero por la noche para beneficio de la mujer querida talvez ahora tendría con que hacerla feliz! El día siguiente era ya el día de Pascua, el día prometido por él para el regocijo y para la ofrenda. ¿Por qué estaba tranquilo? La calma de la naturaleza había dominado su alma apacible y aquella noche no fué á "La Cantina del Ferrocarril" á dejar sobre la mesa grasienta el fruto de su esfuerzo, ni á tirar sus *chauchas* contra los vasos gruesos que sonaban como una risa...

❖ ❖

El día de Pascua llegó lujurioso de luz y de colores. El aire tibio empezó desde la mañana á mecer coquetamente las banderillas y guirnaldas de avellanos que adornaban la entrada de la humilde iglesia de Lourdes. De la salida de misa, y entre el polvillo que se elevaba desde el camino seco, brillaban los vestidos claros y tiesos bajo la negrura de los mantos recogidos místicamente bajo los rostros donde los ojos irradiaban luz.

Desde medio día la alegría llenaba ya todas las casitas riberanas

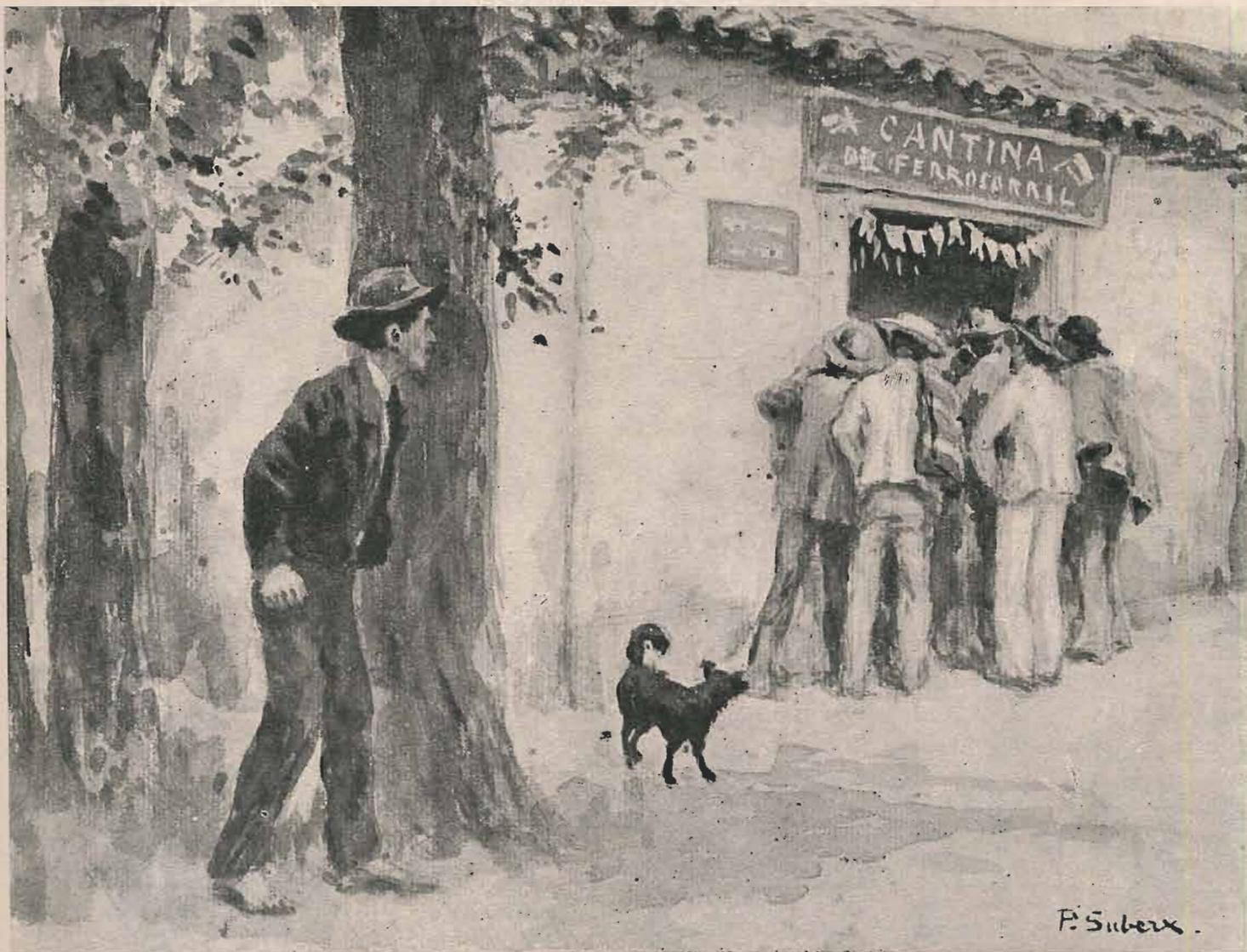
fuerte... Escondido tras los árboles que orillaban el río veía con una honda mirada de tristeza cómo á través del hueco de la puerta y sobre el fondo negro se veían volar los pañuelos con ondulaciones de caricias. Algo lo atraía y sin notarlo él mismo fué á quedar muy cerca de la puerta donde se agrupaban los hombres. Una vez allí se asustó de su osadía, pero se reanimó instintivamente cuando adentro resonaron las guitarras y las arpas en un concierto de tentadora alegría...

¿Lo adivinó? ¡Talvez! Asomó la cabeza por entre los hombros de los que se agrupaban en la entrada palmoteando y sintió un golpe de maza en el cerebro. ¡No supo de sí! Sólo oyó el grito de "aro" y vislumbró dos figuras que abrazadas bebían en el mismo vaso. ¡Una de ellas parecía una rosa de primavera con su traje rosado que oprimía las carnes duramente!... Saltó con fiereza de león herido por sobre las guitarras, los vasos y las mujeres que con voces chillonas huyeron despavoridas, y, arrancando á tirones la falda que parecía retener las queridas formas, la arrojó con una lluvia de golpes terribles sobre el rostro del usurpador de su único cariño.

Un manojo de flores pisoteadas besadas por un rayo de sol quedaron en la pieza cuando Floridor se alejó respetado por el silencio de los hombres y seguido por las sonrisas de las mujeres que afuera comentaban lo sucedido.

❖ ❖

Ya la casita de Floridor emprendió el vuelo desde la eminencia florida y ya no van las flores silvestres á coronar de colores la gran



Sin notarlo, él mismo fué á quedar muy cerca de la puerta donde se agrupaban los hombres...

y desde adentro salían, para perderse en el aire ardiente, el eco de las guitarras y los palmoteos incitantes y los animosos gritos. "La Cantina del Ferrocarril" desbordaba entusiasmos y ataviadas su paredes exteriores con ramas de arrayanes y flores de copihue, atraía los pasos de cuanto mozo pasaba cerca de ella. Floridor vagaba por allí cerca temeroso de acercarse con las manos vacías y el alma triste hasta el despachito donde tantas veces soñó sueños tan hermosos que debían durar lo que el humo de los cigarros y la luz del candil que á cada instante se apagaba con el viento

balsa acarreadora. El pasador de leña la dirigió una tarde hasta la ribera opuesta y lo único que resta como un lejano recuerdo de su vivir de pobre son unos trozos de madera seca que han rodado por la áspera cuesta como buscando las tranquilas aguas para seguir á su dueño.

El paisaje de la tierra hermosa sigue todavía tranquilo y puro dominando las almas con las lejanías azules del mar, el tinte verde de los álamos y pinos, y el color plomizo del río que se aduerme bajo las caricias del más limpio de los cielos.



FABRICANTE DE ENCAJES
CUADRO DE C. A. LENOIR



Alberto Delle Roche

La casualidad que es maliciosa, quiso en días pasados, después de haber contemplado las litografías de Alberto Belle Roche, leyera á Diderot, en cuya lectura, lo confieso con vergüenza, encontre infinito

circunstancias relativas á la materia, á los instrumentos, y la acción, que sólo puede enseñar el uso. Corresponde á la práctica presentar las dificultades, señalar los fenómenos, y es á la especulación á quien corresponde explicar los fenómenos y dilucidar las dificultades”.

Más he aquí, que desde hace una quince-
na de años, algunos artistas se han puesto á esperar en favor del arte desdeñado, ó con un celo por el cual no podríamos alabarlos suficientemente. Se han consagrado á investigar cuáles podrían ser las causas de semejante desdén, y por medio de qué armas convendría combatirlo, han llegado á la consecuencia de que la práctica por sí sola, continuaría el estado de cosas que se les presentaba en toda su indigencia estética. Han tenido el valor de volver á la unión de la teoría con la práctica. Han imaginado efectos tales que ningún otro medio hubiera podido reproducirlos con fortuna sino la litografía; han resucitado lo que había muerto, han dado vida y esplendor á lo que no era sino ruina. Han probado que si la litografía había sufrido por tanto tiempo la injuria del olvido y la angustia de la indiferencia, era porque los pontífices encargados de asegurar su culto, no eran sino apáticos inhábiles, que ignoraban los recursos infinitos de su arte y que medían sus esfuerzos con la inercia de sus deseos.

Será de creer, que este raciocinio, nacido en un cerebro que sabía ver netamente las cosas, y explicarlas en fórmulas de una extraordinaria precisión, se aplicara no solamente á los esfuerzos de Alberto Belle Roche sino aún, y muy especialmente, al arte tan interesante y tan vivo, tan delicioso de la litografía, poniéndonos en la mano el secreto de los avatares que ha sufrido desde su invención.

Y esos artistas, esos valientes, para demostrar con más brillo su fe en el arte al cual se consagraban, han renunciado al ar-

Al principio, los artistas que la imaginaron, concibieron la especulación y la práctica según el concepto de Diderot, y su obra se impuso á los aficionados á piezas raras, á los fervorosos de lo bello que encuentran la múltiple satisfacción de piezas raras en su expresión misma.

Belle Roche ha renovado los lazos que le unen á la tradición de sus antecesores, como lo demostraremos más adelante.

Andando el tiempo, la especulación se puso perezosa, no nos quedó sino una práctica sin arte, sin esfuerzo, vencedora de las dificultades mediante subterfugios, sin darse el trabajo de poner en movimiento á la imaginación, ni de elevarse al propósito de una representación inteligente, dándose por satisfechos con copiar los aspectos flojos y vulgares, sin acento ni emoción, maquinalmente.

Esa fué la hora, no de la vulgarización, sino de la vulgaridad. La litografía pasó á manos de la industria obligada á producir en grandes cantidades; la calidad se alejó más y más de las exigencias del arte, y el desercito no tardó en venir, aún en el gusto mismo de la burguesía, en contra de la piedra inhábil para retener una palpitación de arte y de infinito.



Bocetos de Litografías

placer. Allí encontré estas líneas que ahora reproduzo, y que parecen haber sido hechas expresamente para servir de epigrafe á un estudio sobre el artista del cual voy á tratar ahora.

“Todo arte, escribe, tiene su especulación y su práctica: su especulación, que no es otra cosa que el conocimiento imperativo de las reglas del arte; y su práctica que no es otra cosa que el uso habitual y no reflexivo de las mismas reglas. Es muy difícil, por no decir imposible, llevar muy lejos la práctica sin el auxilio de la especulación, y recíprocamente, poseer bien la especulación sin el auxilio de la práctica. Hay en todo arte un gran número de



Bocetos de Litografías

te de fotografías de reproducción; han creado obras rigurosamente originales, llevando á ellas sus condiciones de pintores y mezclándoles el estremecimiento de una idea todavía inaudita.

Alberto Belle Roche pertenece á ese gé-



Bocetos de Litografías

nero de artistas; no figuró en su número al principio, y con fundado motivo: es joven y no pensaba, hace quince años, en hacerse grabador. Pero desde hace cuatro años ha tomado pasión por la litografía, y se puede afirmar que ha dado pasos de gigante; á la hora actual no conozco maestro cuya obra sea más atrayente que la suya.

Pero queréis, sin duda, algunos detalles biográficos de su persona: quedad satisfechos.

Nació en Eswansa, en el país de Gales, recibiendo en Francia toda su educación artística; estudió pintura en el taller de Carolus Durán. Y de 1890 á 1900 es ya el pintor conocido con el nombre de Belle Roche; recuerdo haber admirado, durante esos años, obras tales como el Fastidio, tela muy admirada en 1900, el retrato de Santiago Tigo, y la Taza de café, del salón de 1907, la señorita Lili, del salón de 1897, así como un curiosísimo retrato hecho en Londres de Enrique Rochefort. Belle Roche no expone ya cuadros desde 1900, más no por eso ha renunciado á la pintura. Busca, trabaja, se esfuerza, en busca de un estilo en el cual su personalidad de pintor se revele más todavía, y ha logrado conseguirlo, como podrán juzgar los lectores en vista de sus telas más recientes, con obras de un sabor particular.

Podría escribir muy detenidamente sobre la pintura de Belle Roche, habré de hacer-

lo, sin duda, más tarde, más por ahora tan sólo me preocupan sus litografías y tengo prisa de hojear las estampas que ha creado, y que le valieron un grandísimo éxito en el salón, en la Exposición del Centenario de Isabeyi de Rafet, en exposiciones en el extranjero y en presencia de conocedores que no tienen la costumbre de dejarse seducir fácilmente, y que se disputan los menores croquis borroncados por él sobre la piedra.

En el espacio de cuatro años ha producido gran número de páginas, de las cuales muchas son obras maestras; parece como que ese alto personaje, de aspecto frío, en el cual la frialdad solo es efecto de una excesiva timidez, no deba darse punto de reposo. A cualquiera hora que se le sorprenda en su taller de la calle de Varennes, se le encuentra atareado. Es menester verle en una continua fiebre activa. Con una piedra delante del caballete, confía á su grano fino, del cual saca todo el partido posible, sea la imagen del modelo que tiene ante la vista, sea los sueños que le pasan por el cerebro, y cuya expresión se apoya siempre en algo visto, cuya señal ha conservado en la memoria; luego, de súbito, si la inspiración no viene como el viento, arranca la piedra del caballete, y toma otra de un casillero en el cual se encuentra en orden, colocadas como libros en estante.

Cuando ha terminado una obra pasa él mismo á la imprenta, y saca personalmente sus pruebas; la cosa no anda sin un grande esfuerzo de arte, porque comprenderéis, que si maniobra personalmente la prensa de mano es porque quiere obtener ciertos efectos especiales sobre el papel escogido cuidadosamente, y en un tono de tinta pacientemente buscado, para conseguir todo cuanto un esfuerzo hábil puede conseguir. Y



Bocetos de Litografías

cuando la prueba sale húmeda Belle Roche tiene alegrías infantiles. Solamente, como ama su arte, y que no teme nada como la vulgarización que desnaturaliza su valor, no saca sino escasísimo número de pruebas en cada caso, lo que más tarde será ventaja para los coleccionistas.



Bocetos de Litografías

No creais que al poner títulos de cada imagen el pretenda encerrar ideas en cada una de sus figuras, ni revelar filosofías; deja este cuidado á los que estudian su obra.

Estudio, tal es el nombre que da á sus obras Belle Roche, ó más bien lo fórmula que para su inspiración ha encontrado: es un artista que expresa por medio del arte cosas que esencialmente quedan en el dominio del arte. Y, todo, por modesta que sea esta palabra estudio, para los que no se dan este trabajo de penetrar completamente este sentido, no existe una sola litografía de Belle Roche en la cual un espíritu reflexivo no encuentre amplia materia para satisfacer su pensamiento. Porque en sus estampas, Belle Roche pinta á la mujer, la mujer moderna, toda la mujer, y es sabido todo lo que hay de misterio atrayente en aquel ser movable, fugitivo, cuyo pecado más grato es el querer despistar de la verdad á quien lo observa, para dejar de adivinar tan sólo con exceso de astucia y habilidad. Contemplad bien sus perfiles y los rostros que Belle Roche ha trazado sobre la piedra.

Aquí encontraremos una joven, casi una niña, deliciosa en sus nerviosidades, aparece grave pero todo sonrío en ella... ¿medita acaso? La vida le parece buena, la miran, la encuentran bella, la tratan con las consideraciones debidas á una mujer, lo cual la envejece, pero qué importa! Su rostro dice la verdad por que es la flor del ensueño y el artista la ha presentado, en su

anotación sumaria como la flor de la verdad.

Esa otra ha pasado la hora de primavera; está en pleno verano, es el fruto maduro, tiene la boca abierta á los suspiros que no se lanzan en vano; su mirada ya no evoca el país de las quimeras y os penetra como un dardo acerado. Sus cabellos tienen el desorden propio á las manos acariciadoras que se placen en desenredar sus trenzas; su espalda misma, cansada de verse aprisionada, emerge redonda y gordiflona, de los tejidos perezosos, y silenciosa es la belleza que se abandona á las curiosidades plásticas, toda palpitante de vida y de emoción intensa.

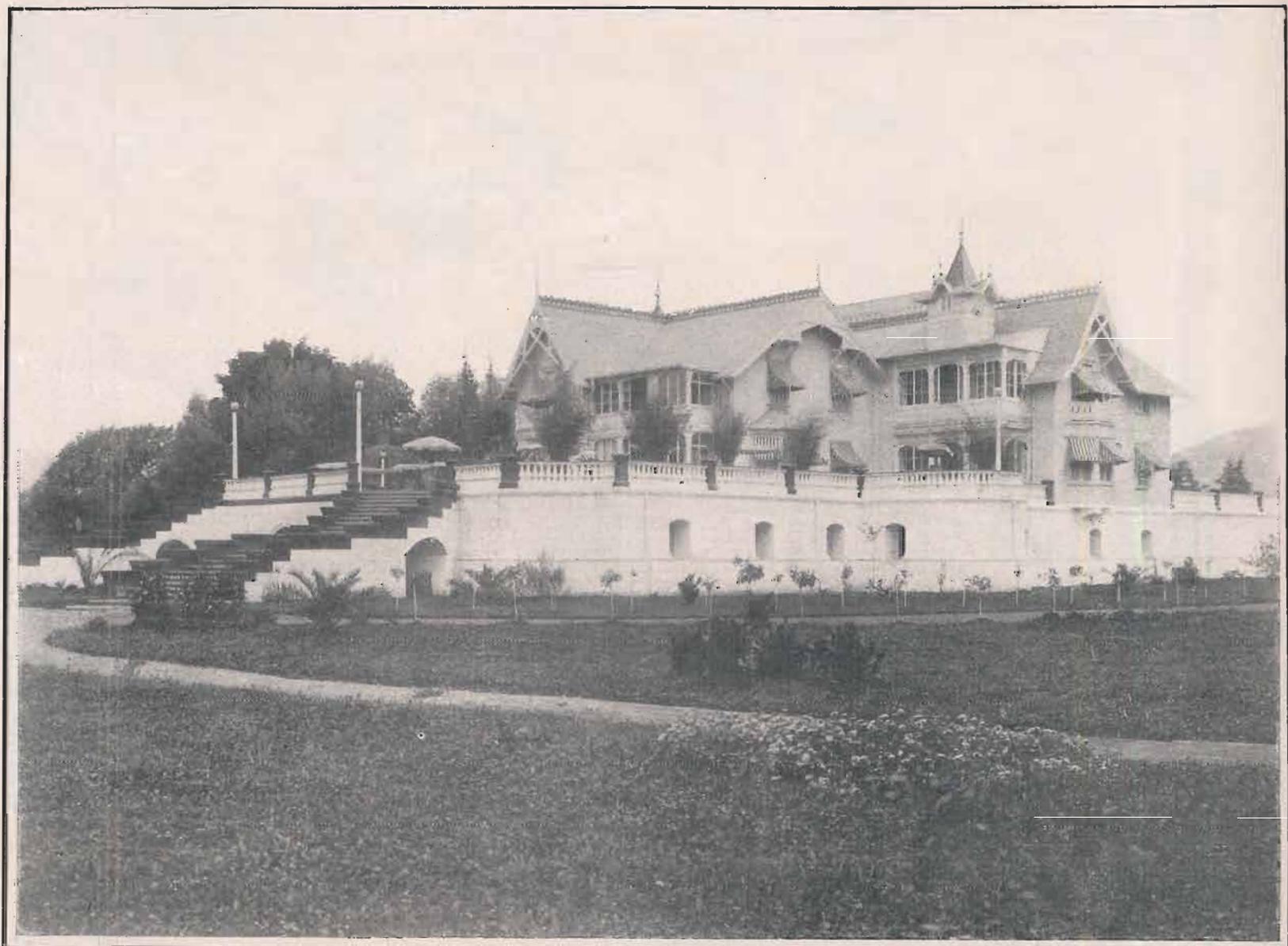
Podríamos así analizarlas una a una, las alegres para quienes la hora vuelan agitadas y fugaces; y las melancólicas que escuchan el parpitar de las horas, con los

latidos de un corazón apretado por angustia indefinible; las rubias de muelles ductilidades, en busca de un afecto protector; las morenas de resistentes viriles, de testarudés caprichosa, que prefieren el terror delicioso de las tempestades sentimentales; las que tienen el escepticismo de las ilusiones perdidas, y las que sufren, sin sospecharlo, las ilusiones de conciencia, reconquistadas de un escepticismo puramente imaginario. Las altas, las flacas, las gruesas, las pequeñas, todo el teclado encantador y múltiple de las líneas que se diversifican, sin cesar de ser excesivas en su gracia, en su elegancia, en su coquetería natural de belleza.

Y para traducir cuanto la vida hace palpar ante su vista, Belle Roche se ha creado un arte especial; un formulario que no

es formulario, de tal manera existe la espontaneidad en la expresión y en la manera como escribe su rasgo, como anota el acento, como expresa el carácter. No trataré de compararle con tal ó cual artista de hoy ó de ayer; es el mismo, no mira su modelo al través de una síntesis creada por otro, precedentemente; se siente demasiado sobrecogido por su trabajo y por el placer de producir para preocuparse en imitar á alguno.

Por consiguiente, según la manera como adelanta, no puede dejar de llegarle el éxito, duradero y poderoso. No pasará mucho tiempo sin que nuestras lindas parisien-ses y las americanas consideren del mejor tono procurarse un dibujo de Belle Roche. Será ese el momento en que deba cerrar su puerta en la hora del peligro.



Hacienda "Los Nogales", de don Eduardo Salas Undurruga

JUAN DE DIOS PEZA



Autógrafos de una poesía inédita de Juan de Dios Peza

Cómo expresar entonces lo que siento, cuando es una vibración sorda que habla al corazón y en un idioma tan propio de él que parece rechazar las palabras, rechazar el idioma y hasta huir al fondo de mí ser, como escapando de todo contacto humano.

Pero yo quiero y debo hablar del poeta. No intentaré una biografía; los poetas no la tienen. Dejemos a la historia la tarea de recoger la fecha de su nacimiento, los actos de su vida; dejemos a los que tuvieron la fortuna de estrechar su mano hablar de esas intimidades de vida, de esos rasgos salientes de su carácter, para limitarnos a decir de él lo que no sabría cómo llamar, pero que corresponde a un sentimiento que me ha arrancado lágrimas.

Todos sabemos lo que significan para los marinos esos altos faros de las rompientes de la costa, pero cuando los temporales los abaten, sólo esos pobres veleros saben lo que pierden. Juan de Dios Peza era para la vida de mi espíritu una luz muy alta y muy querida.

Los poetas son almas con un fondo inmenso de amor, que al contacto de la vida se torna en sufrimiento hondo y secreto: sólo el que puede amar intensamente puede sufrir con intensidad, y la poesía es la facultad de sentir.

Los poetas llevan su historia en el corazón, tienen su dolor que es la antítesis de lo que cantan.

Juan de Dios Peza, proscrito, fué el cantor de la patria; herido en las fibras más delicadas de su corazón, el cantor del hogar. Su obra es un vaso de lágrimas que recogió los ideales no realizados de su vida.

Cada poeta ha llegado a mí trayéndome algo.

¿Cuándo conocí a Peza?

Era en esos días en que los sentidos se desplazan a la vida dándonos la sensación de alas, en que vuela la imaginación con el encanto de mariposa recién salida del capullo, y todo lo ve más alegre, más nítido, más luminoso, porque lo mira al través de un cristal aún no usado, aún no empañado por la vida; era en esos días, que después llamamos de la edad feliz, en los bancos de la escuela, en el libro de primeras letras, donde por vez primera conocí al poeta.

“Yo tengo en el hogar un soberano único a quien venera el alma mía; es su corona de cabello cano, la honra su ley y la virtud su guía.

La amarga proscrición y la tristeza en su alma abrieron incurable herida; es un anciano y lleva en su cabeza el polvo del camino de la vida.

Era la poesía enseñada, la tarea del día, la que había que aprender en horas robadas a los juegos y distracciones del colegio; pero—á pesar de lo prosaico que resulta un verso dado de lección—todos lo aprendíamos con gusto y ereo que todos lo recordaremos al través de la vida como la primera página del libro de nuestro saber.

Instintivamente busqué las obras del poeta. Como los cristales vibran á un sonido que les es común, así las almas vibran á impresiones determinadas, y la mía se abrió entonces á los encantos tristes del corazón.

“Juan y Margot” cuántas lágrimas cuajaron en mis ojos. Aquel “Cuento interrumpido” era para mí una lectura interrumpida por el llanto.

El poeta de los niños, el poeta del hogar, sólo él podía penetrar en mi alma de niño y penetraba poblándola de ensueños tristes.

Los años me alejaron del poeta. Mi corazón buscaba fuego en Espronceda, tristeza en Núñez de Arce, ensueño en Lamartine, sonrisas picarescas en Campoamor; sediento de arte devoraba las obras de los genios, recorría las edades, vivía en tanta y tan alta compañía que al amigo de la infancia casi lo había olvidado.

Pero en una tarde de melancolías y de recuerdos, en una de esas tardes en que se mira hacia atrás por no tender la vista al presente, busqué una hoja en las armonías del poeta y leí “Reir llorando”.

“Nadie en lo alegre de la risa ffe porque en las almas que el dolor devora el alma llora cuando el rostro ríe.

El carnaval del mundo engaña tanto que las vidas son breves mascaradas; aquí aprendemos á reír con llanto y también á llorar con carcajadas.

Y leí y releí el viejo y ajado libro de los años infantiles; el buen amigo, el paterfamilie de la infancia, se me presentaba como un hombre que me abría su corazón sangrando.

¡Dichosos tiempos aquellos en que para mí valía más la corona de un poeta que la renta de un millonario; en que esa luz del arte me fascinaba al extremo de sacrificarlo todo por seguir tras ella, en que mis primeros versos, recopilados en un volumen formaban mi único bagaje de veinte años! Y esos versos fueron los que me acercaron al gran poeta.

¡Con cuánta timidez envié el libro y con qué satisfacción recibí la respuesta!

No era la primera ni la única carta que me trajera autógrafos de mérito, pero era sí la firma de un poeta que había estado muy cerca de mí, á quien había llegado á querer y que me abría su corazón para estrecharme con entusiasmo. Era al primera carta que me trafa una hoja de laurel.

Desde ese día, Juan de Dios Peza ocupa un lugar privilegiado en mi corazón.

Hoy Méjico está de luto. La gran nación que sabe honrar á sus hombres de letras y que ha tenido cantores para sus héroes, glorificadores de la patria, lamenta la muerte de su más gran poeta, y yo, á tanta distancia, recibí la noticia por un paquete de diarios enlutados, que traen, orlado en negro, el retrato del maestro querido, del amigo de la infancia.

El que no ha tenido grandes ilusiones de niño, el que no las ha vinculado á una esperanza de gloria y no ha sentido una mano cariñosa que baja de lo alto á estrecharle la suya con la efusión de hermano á hermano para entregarle una hoja de laurel, ese no podrá saber lo que he sentido ni comprender por qué he llorado como te llorado á Peza.

Hasta ayer era un alma grande que se comunicaba con la mía, un apoyo moral de mi musa y un atento oidor de mis cantos. Cuando se siente hielo en derredor, ¡cómo calientan los soles distantes! Cuando se vuela, ¡qué vacías se miran las alturas!

El laurel no se cría en nuestra tierra, el olivo es planta extraña, sólo tenemos arrañes y copigües. Llénvenle estas líneas á la tierra donde duerme el aroma de esas flores que erian nuestras laderas de montaña, blancas las unas y apretadas como vellones de ovejas, rojas las otras, y tristes y lánguidas como esa raza vigorosa y fuerte que nos legó su sangre y su infortunio.

ANTONIO ORREGO BARROS

EN VISPERAS DE LA BODA

Monólogo para el beneficio del actor Sánchez Pozo. Estrenado la noche del 17 de Agosto en el Gran Teatro Nacional de Méjico.

Personaje: Juan

La escena representa la alcoba de un joven elegante y habrá en ella todas las prendas á que se refieren los versos.

(Mirando su reloj)

¡Pero si no puede ser!

Mi reloj va adelantado...

¡Las cuatro! estoy engañado

¿tan pronto va á amanecer?

¡Aquí está mi frac! ¡flamante!

el chaleco, sin pasión;

muy bien... y este pantalón:

correcto... ¡muy elegante!

Los choclos... ¡qué buen charol!

el clac... ¡de forma severa!

y aquí para la pechera

¡un diamante como un sol!

Qué ¿nada me falta ya?

Un pañuelo... le pondremos

esencia y lo guardaremos...

¿Y mi corbata? Aquí está.

Ahora sí; todo está listo;

dentro de un breve momento

cumplo con un sacramento

que instituyó Jesucristo.

Si lo pienso, me confundo,

esto no se ha de pensar:

¿por qué me voy á casar?

Porque lo hace todo el mundo.

Tengo una novia muy bella

y muy joven y muy rica...

Siendo así, ¿quién no se explica

por qué me caso con ella?

A las cinco vendrá el coche

y en él vendrá mi padrino...

Mas suena el reloj vecino...

Cinco... seis... es media noche.

Y yo que no fuí al teatro

ni á visitas... me dormí,

y al ver el reloj creí

que estábamos en las cuatro.

¡La media noche! es decir

que bien me puedo acostar:

pero al que se va á casar,

¿le será fácil dormir?

¡Ah! ¡se me ocurre una idea!

y cuidado que no es mala

Tengo una caja en la sala

que en su exterior es muy fea,

pero que guarda escondida

una historia de placeres;

¡las cartas de las mujeres

que me han amado en la vida!

Es depositaria fiel

de prendas de amor eterno

en el cual, por ser moderno,

abunda mucho el papel.

Y ya que al hogar me entrego,

y á sus ternuras dichosas,

daré todas estas cosas

á la basura y al fuego.

¡Venga la caja... tendré
para abrirla, gran valor...
Me siendo un inquisidor!...
capaz de un auto de fe!...

(Se va y vuelve con la caja)

Aquí está... me he trastornado
al tomarla, claro, sí,
como que palpita aquí
la historia de mi pasado.
¡Valor, Juan! ¡mucho valor!
La abrí... y el alma me duele,
pero, ¡qué bonito huele!
¡Huele á juventud y amor!
¡Qué cinta! ¡color de cielo!
Esta me la dió María...
¿Y este rizo? es de Lucía...
Este moño de Consuelo...
Esta pulsera de Elena...
¿Trenza rubia? de Belén,
¡Un broche! no sé de quién...
¿Y esta flor?... de Magdalena.
¡Una liga!... ¡Qué demonio!
se cayó... la recogí,
y por esta liga di
palabra de matrimonio.

¿Si será un impedimento
que me causará querellas?
Fué una palabra de aquellas
que pronto se lleva el viento.
¿Y esto?... ¿qué es esto, buen Juan?
Y dice muy claro: Inés.
¡Ah! ya recuerdo, esto es
un pedacito de pan.
Ardiendo en dulce pasión
lo quité de su boquita,
pues le dije: "Palomita,
dale pan á tu pichón".

¿Y este papel tan doblado
y tan pequeño á la par?
Vamos... debe de guardar
algún tesoro sagrado.
¡Jesús! ¡qué barbaridad!
¡Qué cosas hay en la tierra!
Este papelito encierra
las uñas de Soledad.
Una vez se las cortó
estando junto de mí.
"¿Me das los recortes?" — "Sí".
Y vamos... que me los dió.
Y esto lo grave no fué,
que en amores no hay reproche,
lo grave fué que esa noche
estos recortes besé:
les llamé ¡prenda sagrada!
los oprimí sobre el pecho
y al estar solo en mi lecho
los puse bajo la almohada.
¿Cómo se pueden hacer
ciertas cosas? ¡Yo lo ignoro!
¡Quién guarda como tesoro
las uñas de una mujer!

Aquí hay otra prenda ¡horror!
No me atrevo ni á mirarla...
Pero es justo disculparla.
¡Qué historias tiene el amor!
Tuve en mi mejor edad
una novia... y va de cuento...
imbécil de nacimiento
y cursí de calidad.

Para pintarla diré,
que escribió (¡por Belcebú!)
corazón siempre con q
y Juan ¡qué dolor! con g.

De su amor en el afán
teniéndolo por buen uso,
"mi cuerudo Guan", me puso,
por poner: "Querido Juan".

Tenía unos pies la hermosa
tan pequeños á mi ver,
que los podía esconder
en el cáliz de una rosa.

No eran pies, eran jazmines,
y yo, su amante ferviente,
quise darle por presente
un par de ricos botines.

La medida le pedí;
al oírme se asustó,
cien veces dijo que no,
pero al fin dijo que sí.

"Mi cielo, mi amor, mi vida
la dije, yo era un bendito,
escucha, yo necesito
que tú me des la medida".

Y dejándome perplejo
el ángel de mi ilusión,
me arrojó por el balcón
por muestra un zapato viejo!

Juzganlo el presente, grato,
con amor lo levanté
y... ¡qué digo!... hasta besé
aquel maldito zapato.

Ella me lo entregó ya
roto, horrible, desmembrado...

pero es cierto... lo he besado
y fué un crimen... Aquí está.

¡Un guante color marrón!
El hecho no está distante,
es una historia este guante
de cierta equivocación.

Lola, una fresca amapola,
que del mundo en los horrores
nunca quiso ser Dolores
y gozaba con ser Lola,

Llena de gracia y dinero
iba en un landó imperial
con su mamá, que era igual
á un rudo carabnero.

Siempre al despuntar la noche
en aquel coche salía
y á su puerta me ponía
para ver salir el coche.

Así esperándola ufano,
al pasar cerca de mí
sacaba la mano... así...
y yo besaba su mano.

La madre al fin lo notó
causándole gran disgusto;
se propuso darme un susto
y los lugares cambió.

"Ahora aquí te has de sentar",
"No, mamá, voy de este lado".
"¡No, niña, te lo he mandado!
¡Qué no! cambia de lugar".

Y cuádrele ó no le cuadre
la niña el lugar cambió,
y sin chistar ocupó
el asiento de la madre.

Esta, ¡proceder villano!
abusó de mi inocencia
y sacó con indolencia
al verme su antigua mano.

Yo, juzgando regla fija
lo que estuve obedeciendo,
besé la mano creyendo,
la verdad... que era la hija.

Mas la beso—y ¡oh dolor!
esa mano perfumada
me larga una bofetada
con tal fuerza y tal rencor
que yo que amante y sencillo
busqué un placer, no un agravio,
sentí desgarrado un labio
y fracturado un colmillo.
"¿Con que así me pagas ya
el amor que te ofrecí?"

Y me dijo: "Yo no fui,
pregúntalo á mi mamá".
Después perdonó el amante
la ofensa que recibió;
y ella turbada me dió
como recuerdo, este guante.
El mirarlo no me alegra.
¡Es una memoria impura!
¡Como que fué la armadura
de la mano de mi suegra!

¿Y este clavel? fué Raquel
una Raquel casquivana
la que me dió una mañana
este precioso clavel.

Ya está seco y sin perfume
como el alma de esa ingrata;
¡el tiempo todo lo mata,
lo deshace y lo consume!
Pero el recuerdo está impreso;
muy cara esta flor pagué,
cada pétalo cambié...

no lo digáis... ¡por un beso!
Ella que casada está,
cuando me encuentra en la vida
se hace la desentendida
y no me conoce ya.

Y yo le digo: Raquel,
todo muere en el olvido...
¡Si supiera su marido
la historia de este clavel!

Aquí hay violetas, poetas;
¡quién su símbolo no explica!
¡Al fuego?... no; á la botica,
para infusión de violetas.

Esta cruz me la dió Luz
cuando yo en amor deshecho
la dije: quiero en tu pecho
besar devoto esa cruz.

Y con gran franqueza os hablo,
mientras mi amor se mantuvo,
os lo juro: siempre estuvo
detrás de esa cruz el diablo.

Luz era joven y bella,
mucho la quise y me amó,
ella al diablo se entregó
y otro ¡se casó con ella!

¿Y esto?... duérme corazón
sobre tan frescos laureles,
prendas, cabellos, papeles,
¡yo soy vuestro Salomón!

Hay mil cartas y á fe mía

lo juro sobre mi honor,
que todas sienten amor
y ninguna ortografía.

En mi edad ardiente y loca
ávida de mil placeres,
yo buscaba en las mujeres
ojos, mejillas y boca.

Cada novia era un Edén
y un encanto celestial;
todas me escribieron mal
pero me besaron bien.

Y yo las amé por eso,
talvez cometi un dislate,
pero cada disparate
lo castigué con un beso.

La ignorancia así se premia
y así se alcanza un placer...
¡Al cabo nunca he de ser
un miembro de la Academia!

Pero no hay que pensar ciego
en tal cosa á tales horas;
prendas y cartas traidoras
no hay remedio ¡al fuego! ¡al fuego!

Ya el alma no diviniza
vuestra extinguida pasión,
seréis como la ilusión;
¡nada más humo y ceniza!
Fué ayer vuestro santuario
mi pecho, bien lo sabéis,
mas no importa, hoy arderéis
¡en honor del Diccionario!

Cariño escrito con q
ni me vences ni me matas;
¡no conozco á las ingratas
que ayer me hablaban de tú!

Todo lo debo olvidar,
por nada debo sufrir
y ya me voy á vestir,
pues ya me voy á casar.

La mujer que yo he elegido
no tiene tacha, á mi ver;
he buscado una mujer...
digna de tan buen marido.

Es muy chiquitina... así...
con un rostro encantador,
y con un nombre ¡Leonor!
y con una alma ¡ay de mí!

Me ha pescado en duras redes,
á mí que huí á más de cuatro...
A veces viene al teatro...
¿No la conocen ustedes?

He oído cierta expresión
como quien mete un embrollo...
Fué... no me engaño... aquel pollo
de abajo de aquel balcón.

A ver qué cosa le achaca
á mi hechicera presea...
¿Qué dicen en la platea?
¡Ah! ¡por aquella butaca!

Pues señor, es buena fiesta,
que me pone en gran temor...
¡Si le habrán hecho el amor
los señores de la orquesta!

¡Qué dicen! ¡qué! ¡voto al cielo.
Saben algo... á ver... en fin...
¡Me mira el primer violín!
¡Se me esconde el violoncelo!

¿Quién habla? ¡por vida mía!
Padezco tormentos feros
¿hay risas en los terceros?
¡Ah, no! ¡fué en la galería!

Y crece mi pena fiera;
Yo no me caso ¡ay de mí!
si ya murmuran aquí...
después ¿qué será por fuera?

Ya dí palabra y no es vana;
faltar será una locura:
¿Y qué va á decir el cura
cuando me espere mañana?

Pues que esperando se quede,
su oficio á esperar le obliga;
¿y qué va á decir? ¡que diga
misa cantada si puede!

¿Me caso ó ya no me caso?
A todo estoy decidido,
el caso es comprometido;
diga Usted... ¿daré este paso?

¿Usted es casado?... Amén;
¿y le va á usted bien? Me alegro.
¿Y tiene usted suegra ó suegro?
Pues señor, está muy bien.

La empresa es muy arriesgada
y á vuestra opinión la dejo.
Señores dadme un consejo
envuelto en una palmada.

Si harlo aplaudís, sabré yo
lo que debo hacer aquí;
mil aplausos dirán sí...
y otros mil más dirán no.

Aplaudid hasta de vicio
que así las fuerzas recobro
y por aplaudir no cobro
en noche de beneficio.

EL LLANTO



UE hermosa era la princesita! Robadle á la primavera los matices de sus rosas pálidas, y tendréis su cutis; al mar meridional su azur líquido, y tendréis sus pupilas; á la seda nativa su áureo y fino tusón, y tendréis la mata de su pelo. Y tomad, (si sabéis dónde encontrarlas), las virtudes dulces y frescas de un alma de flor; la piedad, la ternura, la generosidad, el amor ideal hacia todos los humanos—y tendréis el espíritu celeste de la princesita hermosa.

Esta perfección era justamente lo que traía muy inquieto al rey su padre. No tenía otra hija sino aquella, y habíala conseguido tarde ya, cuando llegaba al límite que separa la madurez de la vejez; por lo cual hubiese anhelado resguardar con un fanel á la princesita, elevar alrededor suyo paredes de acero, y sobre todo, recubrir su corazón tierno, palpitante de presentimientos y de emociones sagradas, con la triple coraza del cuero batido del egoísmo, la indiferencia y la soberbia.

—Padre y señor—dijo un día la princesita, colgándose del cuello del Rey.—Si es verdad que me quieres, que deseas complacerme y hacerme la vida dichosa, permíteme que la dedique á consolar tanta desgracia como debe existir en el mundo. No las he visto, porque tú me rodeas de esplendor y alegría y á mi alrededor se alza el bullicio de las risas y las canciones, pero yo adivino que lo habitual por ahí fuera será la desgracia, y que yo podría mitigarla quizás acercándome á ella.

—Ni lo imagines—gritó el rey con violencia amante.—Nada remediarías, y sufrirías en cambio infinito dolor. Cree en mi experiencia, y vive por encima de la muchedumbre miserable; vive alta, vive lejos; ni la mires ni la oigas. ¿No tienes fe en tu padre? Pues ahora mismo van á venir los sabios para que les consultes; ¡ya verás si su consejo está de acuerdo con el mío!

Llegaron, en efecto, los sabios, y se formaron en semicírculo ante la princesita, que contemplaba con cierto asombro sus caras marchitas por el estudio, sus barbas desaliñadas y grises, sus ojos hundidos, de párpados abolsados protegidos por las gafas de plata, y sus frentes rugosas, que la calvicie hacía vastas y claras como lunas.

—El hombre—opinó el profesor de Antropología—no merece que nadie se moleste por él. Al hombre le quedan múltiples rastros y estigmas de su primitiva animalidad; el hombre es un lobo para el hombre, y su instinto y ley es la guerra de todos contra todos por la existencia. El hombre natural y verdadero es el salvaje, una fiera criminal.

—El hombre—opinó el profesor de Sociología—se encuentra aún en los comienzos de su evolución, lenta y trabajosísima, hacia un estado menos imperfecto que el actual. Lo que se hace por mejorar su condición, equivale á soltar un chorrillo de agua dulce en las olas del Océano para desamargarlas. Transformaciones incalculables, la acción de siglos sin cuento, requerirá la obra de remediar en parte las deficiencias de nuestra organización social presente. Y ¿quién sabe si muchas de estas deficiencias son irremediables? La ciencia verdadera teme afirmar demasiado.

—El hombre—opinó el profesor de Psicología y Moral—paga con ingratitud y á veces hasta con odio el bien que se intenta hacerle. Su instinto, en este particular muchas veces acertado, le dicta que es rarísimo el interés, y que la beneficencia se ejerce, por lo general, con algún fin útil al mismo bienhechor. Y á los bienhechores del todo altruistas, les desprecia en el fondo de su alma, porque la razón le grita: "No serías tú tan inocente".

—El hombre—opinó el profesor de Higiene—es una cloaca y una sentina. Para guardar la salud, nuestra época adelantada no ha sabido discurrir cosa mejor que lo discurrió por nuestros abuelos: el aislamiento. Feliz el que puede, como nuestra encantadora princesita, habitar lejos de toda infección y de todo contagio, respirando aire á torrentes embalsamado y puro, bebiendo agua de roca que conducen cañerías de cristal. Donde se reúne gente pobre, acecha el germen maléfico, el mortal bacilo.

—El hombre—opinó el profesor de Estética—es la cosa más repulsiva que imaginarse puede, si le faltan condiciones para hermostear y robustecer su organismo desde la niñez. La educación griega era la única racional. La muchedumbre menesterosa causaría horror á la divina princesa si á ella tuviese el mal gusto de aproximarse. Que se recree en el arte, en la belleza eterna, noble y pura de los cuadros y los estatuas, en la armonía de los

instrumentos, en la cadencia de los versos que se enlazan y se huyen como parejas de diestros danzadores... Que no profane sus ojos posándolos en la ruindad y degradación de las formas, en la fealdad, en la desproporción, en la chusma.

—¿Has oído?—advirtió el Rey á su hija, la cual, con los ojos bajos, las manos oprimiendo el agitado seno, los labios cerrados, escuchaba la sentencia silenciosamente.

Aquella misma noche, la anciana nodriza de la princesita, al acercarse á su cama para arreglarle la ropa, advirtió que por las mejillas tersas de la virgen corrían lágrimas abundantes, un río de llanto.

—¿Quién te ha hecho mal, niña?—preguntó la vejezuela cariñosamente.

—Nadie... Nadie ha querido hacerme mal...

—Pues tú lloras... Es la primera vez que te veo llorar así.

—Es que estoy infinitamente triste, ama...—contestó la princesita.—Y lloro por los malos, por los feos, por los sucios, por los que no tienen qué comer.

Y sin reprimir las lágrimas, añadió:

—También lloro por los sabios... Y todas las noches, ama, he de llorar así. No puedo hacer otra cosa; no me dejan asociarme de otro modo al dolor... Nadie puede impedirme que lllore.

Y la Princesita, en efecto, lloró sin tregua, ya apoyada en el bandal de su balcón cuando salía la luna, ya escondiendo el rostro en la almohada de encajes, ya arrodillada en su reclinatorio para la plegaria nocturna. Nadie pudo explicarse en la corte del Rey la enfermedad misteriosa que consumió en un año á la princesita, demacrando su cuerpo y secando su sangre. Los sabios, consultados diariamente, amontonaron remedios sobre remedios, sin ningún fruto. La vida de la Princesita se fundió, se derritió en el hilo de sus lágrimas de amor ideal y de piedad suprema, y hoy enseñan en los reales jardines una fuente que dicen formada con ese llanto precioso. Los que beben de ella contraen la locura de hacer el bien.

EMILIA PARDO BAZAN



Mozo??

Una BENEDICTINE

CASA MOZARD

Muebles

DECORACIONES Y TAPICES

*Mandamos presupuestos
por instalaciones com-
pletas de casa*

CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

*Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior
à todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.*

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN À LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: J. SIMON - PARIS.

Los Perfumes Concentrados

"STILLI FLORE"

de la **Perfumería Oriza**

Son los más exquisitos y los más persistentes.

Una sola gota basta para
pefumarse durante var os días

*Probarlos es
adoptarlos*

Se encuentran en venta
en las siguientes casas
del centro:

Sauveur Brun
Moutier y Cía.
Peluquería Jardel
Houssaye
Arm. Dumas



SEDLITZ

Charles CHANTEAUD
de PARIS

El Mejor de los Purgantes

Depósito en todas las Buenas Boticas



